

LOS MISTERIOS

DE

LONDRES

7296

FOR INSTANT

DE

1880

LOS MISTERIOS

de

LONDRES.

Novela escrita en inglés,

por Sir Francis Trollope,

y trasladada al español de la version francesa

por D. I. M. de A.

TOMO SEPTIMO.

CADIZ.

Imprenta, libreria y litografia
DE LA REVISTA MEDICA,

plaza de la Constitucion núm. 11.

1844.

LOS MISTERIOS

LOS MISTERIOS

Novela en inglés

por Sir Francis Croft

y traducida al español de la señora Frances

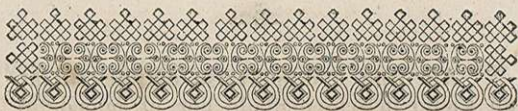
por D. J. M. de A.

TOMO PRIMERO

LOS MISTERIOS

Imprenta, litografía y librería
DE LA REVISTA MEXICA

1844



CAPITULO PRIMERO.



Las tinieblas.

A hacia cinco días que Clary MacFarlane habia caído entre las manos de Bob-Lantern, que la *cedió* á Bishop el asesino, y este se la habia llevado al doctor Moore.

El doctor Moore la tenia desde entonces encerrada en su casa de Wimpole-Street.

Allí vino á despertarse despues del largo sueño ficticio incitado por el agua de M. Bishop, de la que la agraciada y benigna mistress Gruff habia echado una dósis suficiente en el famoso *scotch-ale* de la posada del rey Georges.

Su despertar no se habia hecho esperar mucho tiempo. Apenas hacia un cuarto de hora que el practicante Rowley habia cerrado la puerta de la habitacion preparada para recibirla, cuando abrió los ojos.

No pudo en un principio darse cuenta ninguna de su situacion. Creyó que aun dormia con ese sueño pesado, por que una oscuridad compacta, entera, é impenetrable habia á su alrededor. El recuerdo fué el que acabó de despertarla.

—Padre mio! murmuró: he visto á mi padre.....

La escena del Támesis se presentó al momento á su imaginacion, pero vaga, y confusa, lo mismo en fin que Clary lo habia distinguido durante la corta tregua en que su alma habia recobrado sus facultades entre su sueño letárgico y su desvanecimiento.

Una sola cosa resaltaba sobre el fondo tenebroso de su memoria, esta era el pálido semblante de Angus Mac-Farlane iluminado por los rayos de la luna.

Mas vivo y aun mas completo fué el recuerdo de los hechos anteriores. Se acordó de

la vasta habitacion de la posada del rey Jorge, de su hermana adormecida, y de la angustia de su propia lucha contra su sueño.

Este pensamiento la anonadó.

—Mi pobre Ana! dijo dejando caer su cabeza sobre su pecho, la habrán matado... ¿Pero por qué no habrán hecho lo mismo conmigo?.....

Se interrumpió bruscamente. Una sombra de esperanza acababa de bajar á su corazón.

—Ana! pronunció muy bajo estendiendo sus brazos á derecha é izquierda, si estuviese aquí!..... Ana!

Sus brazos encontraban por todas partes el vacío, y nadie respondió.

—Oh! decia, Ana está muerta..... y yo?..... Esta noche profunda y este silencio..... Y yo tambien..... estoy muerta..... Por qué no me habrán matado?

Al principio, esta idea vaga, fué mas bien una esperanza que un temor: en seguida se fijó completamente en su imaginacion. Se creyó transformada sino anonadada. Le pareció no reconocerse ya.

=La muerte!.... si, eso es! añadió, una noche eterna.... una noche profunda, sin estrellas!..... Oh! me acuerdo he, blasfemado en aquella casa maldita..... ¿Qué hemos hecho á Dios, he dicho, para merecer este cruel martirio!.... Lo he dicho..... Y Dios se venga!

Permaneció un instante silenciosa y abatida. Al cabo de algunos segundos se hubiera podido oírla decir con voz consolada:

—Ana, mi querida Ana debe estar en el cielo.

Clary cruzó sus brazos sobre su pecho, y el contacto de su propia carne la hizo estremecer.

—Pero no, no estoy muerta, dijo, me han puesto viva en una tumba. La noche! esta noche abrasa mis ojos..... Cuanto tiempo se sufre así antes de morir!.....

Es que esta noche en nada se parece á lo que se tiene costumbre de ver en la vida comun. Allí no hay oscuridad tan profunda que logre entreveer de mucho tiempo, y la vista no puede acostumbrarse á ella al cabo, algun objeto en la sombra, algun reflejo perdido, alguna luz. Nuestra noche dá paso siempre á algun rayo consolador. Si falta la luna en el cielo, si la niebla ó la tempestad ponen una venda celosa sobre la mirada diamantina de las estrellas, queda en el aire un misterioso brillo. La neblina luce; la tempestad tiene su antorcha en el rayo, y parece que la naturaleza tiene horror de la noche lo mismo que de el vacío.

Cualquier doctor de Cambridge podrá respondernos, afirmando su dicho bajo juramento, que la naturaleza no tiene horror del vacío, y que solo la pesadéz de la columna atmosférica.....

Pero todo es hermoso! guardémosnos de burlarnos de los doctores de Cambridge que son terribles campeones. Dícese que uno de ellos . el reverendo Lewis Drake, sostiene comunmente sus tesis á puñadas y con una peligrosa superioridad.

La obscuridad completa no puede ser mas que ficticia; por esta causa gravita con peso de plomo sobre toda criatura viviente, y el hombre la teme. Su continuacion basta para doblegar las naturalezas mas robustas. Como todas las cosas desconocidas ó contra naturales, lleva consigo los terrores instintivos, inevitables, sin límites.

Los mas fantásticos peligros pueden ocultarse en ella desapercibidos, quizá tambien se oculte la muerte, y no hay defensa posible.....

Los desgraciados á quien la mano de Dios hiere repentinamente , y que llegan á estar ciegos sin pasar por las miserias lentas y preparativas de alguna opfalgia , experimentan casi siempre una reaccion moral que pone en peligro sus facultades intelectuales. Y sin embargo , aun aquellos están unidos á la vida comun por signos sensibles: oyen el ruido de las gentes; su mano encuentra algunas veces la mano de un amigo; su corazon se consuela por palabras de interés ó de tierna compasion.

Pero que se representen á un hombre

que se pone á la vez sordo, ciego, y desprovisto de los medios de ejercitar los otros tres sentidos. ¿Qué es lo que le queda de lo que constituye la vida? ¿El pensamiento?

Ay! el pensamiento!

El pensamiento de un hombre, imposibilitado en la actualidad de sentir, no se limita únicamente á dos ejercicios que abrazan el pasado y el porvenir? Queda en él alguna otra cosa posible mas que pesares y terrores infinitos.

Para algunos queda la esperanza en Dios, que es una tabla de salvacion en todo naufragio. Oh! seguramente que no somos nosotros los que podemos poner en duda la eficacia de este refugio supremo; pero el primer efecto del sufrimiento es rendir el corazón ó agriarlo. Es necesario ser un santo para formarse de la resignada prece un escudo contra la repentina herida de la desesperacion. Es necesario ser mas que un santo. Job se revolcó mucho tiempo en el polvo llorando y blasfemando, antes de entonar, desde el seno de su miseria, su sublime hosanna.

Clary Mac-Farlane no era mas que una pobre niña, que poseia, es verdad, toda la fuerza y valor que puede tener su edad y su sexo; pero sin defensa contra aquella terrible opresion de la soledad absoluta, multiplicada por el silencio, y las tinieblas. Cre-

yó habia vivido. Y efectivamente no es una gran parte de la muerte aquella completa ausencia de toda sensacion? No ver, no oir, y estender en la oscuridad los brazos para no coger mas que el vacío!

Pero esta creencia que prolongada hubiera sido un beneficio verdadero, pues que hubiera traído con ella el reposo ó cuando menos la apatia, no podia menos que ser fugitiva. La desgraciada niña se habia sentido vivir muy pronto en su mismo dolor, y de su pecho lleno de pena salió un profundo suspiro.

Fué un segundo despertar, y su amargura sobrepasaba la angustia del primero. Clary hizo un movimiento y sintió vacilar su sillón. Sus cansados miembros tuvieron dolorosos impulsos, y un frio mortal corrió por sus venas.

Mas valia la muerte.

Su cabeza pesada se inclinó sobre su pecho. Un sordo entorpecimiento se apoderó de su corazón, vaciló en su escabel, y estuvo á punto de caer inerte al suelo.

Pero tenia bastante fuerza para sostener algun tiempo la horrorosa lucha, y su martirio debia durar muchas horas.

En vez de doblegarse así de pronto, se levantó al soplo interior de su energia nativa. Su corazón latió: se levantó, queriendo sondear hasta lo último su angustia, y

hacer, mientras que le fuese posible, una inspeccion de su tumba.

Despues de haber dado tres ó cuatro pasos, su mano estendida encontró un obstáculo. Era una barrera de una especie singular, que cedia á la presion de su mano, pero solamente hasta cierto punto, pues despues encontraba un muro impenetrable. Se hubiera dicho que eran una pared rellena y acolchada desde el suelo hasta el techo.

Clary cambió de direccion, pero un obstáculo absolutamente semejante le interceptó muy pronto el paso.

A derecha é izquierda, por todas partes le sucedió lo mismo.

Se hallaba en una especie de enorme caja rellena por todos lados. ¿Con qué objeto? Clary no lo adivinó; pero cuando al fin aumentándose su terror arrancó de su pecho un grito agudo, se ahogó este, por decirlo así, á su alrededor; no tuvo eco, y murió como un murmullo.

Esas paredes acolchadas eran una precaucion contra los ruidos de adentro; una muralla contra los de afuera. Gracias á ellas, en aquel reducto terrible, el silencio era tan completo como la oscuridad. Gracias á ellas, los gritos de la cautiva debian morir tambien prisioneros.

Caminaba, tentando siempre, y encontrando sin cesar la muelle uniformidad de

la elástica pared. No sabia donde habia principiado á tentar, y continuaba su tarea , esperando encontrar una solucion de continuidad, una hendidura, alguna cosa que no fuese aquel acolchado encierro.

De este modo dió muchas veces la vuelta á su celdilla, hasta que al fin se detuvo perdida, y creyendo haber recorrido un inmenso espacio.

El tiempo que pasaba no tenia para ella mas medida que la estension, y las horas tan lentas en pasar para la agonía, las contaba como si fuesen dias muy largos.

Su alma se llenó de una cólera fogosa: se sublevó contra su mortal horror; desafió á aquella sepulcral oscuridad que la rodeaba como un sudario: quiso vencer aquel silencio enemigo, llamó socorro, y gritó hasta no poder producir mas que roncós sonidos. El primer estampido de su voz salió poderoso de su pecho para caer en cierto modo apagado á sus pies. Aquellas paredes preparadas absorbían tan eficazmente sus clamores, que su garganta vencida, perdió despues de algunos esfuerzos el poder de vibrar.

Se calló á la fuerza y á su pesar. Su cólera se aumentó: tomó carrera, y en un movimiento de delirio, se precipitó con violencia hácia adelante.

Quizá era una de esas irreflecsivas y repentinas tentativas de suicidio cuyo pensa-

miento, es terrible en la soledad que es la peor consejera que puede tener la desesperacion.

Pero la cabeza de Clary rebotó sin herirse, en la espesa lana de que se hallaba cubierta la pared opuesta. Ni aun siquiera se podia morir de pronto en aquella estraña prision. Era necesario esperar y seguir sin apresurarla la perezosa marcha de la agonía, era preciso consumirse lentamente y beber gota á gota, desde los bordes hasta el fin, el profundo cáliz de la muerte.

Sin embargo, atolondrada Clary por el choque, habia caido al suelo, donde se extendia en forma de alfombra, una buena litera de paja. Permaneció un instante sin conocimiento: esto fué una tregua. Cuando se disiparon lentamente las nubes de su imaginacion, se sintió mas tranquila y capaz de orar.

Entonces, durante algunos minutos, su ardiente devocion reanimó su pobre corazon dolorido y helado. Era el momento de el *Hosanna de Job!* La tierna martir alabó á Dios, y entregó su alma tranquilizada á las austeras esperanzas de la religion.

Ay! por mas que el viajero quiera prolongar su estancia bajo las altas palmeras del oasis parages verdes, frescos, risueños, entre las abrasadoras inmensidades del desierto, es necesario continuar su camino. La sombra es tan buena! la yerba tan dulce! la fuente tie-

ne unos murmullos tan gratos al oído del hombre que poco antes se moría de sed bajo un sol asesino! Pero es necesario partir.

Es necesario dejar el oasis amado para volver á sumirse en la odiosa atmósfera del sahara, quitar de la húmeda yerba sus pies refrescados un instante para ponerlos de nuevo en aquella arena que abrasa, despedirse de la benéfica fuente y arrostrar de nuevo los vientos disecantes cuyo soplo enerva como el aliento rojizo de un horno inflamado.

Clary quería arrimarse á los consoladores pensamientos del cielo. La desesperacion rodeaba su alma como las arenas al rededor de el oasis. Y la imaginacion del hombre es como el viajero: no puede permanecer inmóvil.

Clary volvió á caer muy pronto en sus despedazadoras angustias. Pasó y repasó veinte veces por las mismas alternativas de cólera, de abatimiento, de esperanza. Oró, maldijo, lloró.....

Pasaron las veinte y cuatro horas de un día.

Ni un rumor por velado que fuese, ni una luz por débil que se pudiese suponer habian llegado hasta la pobre reclusa. Las tinieblas que la rodeaban, no eran á las que se acostumbraba la vista. Siempre la misma oscuridad, opaca, lúgubre, pesada!

Acababa de orar. Su tormento daba tre-

guas por un instante para volver á comenzar sin duda, cuando la primera ansiedad del hambre se dejó sentir de pronto. Hacia cerca de dos días que Clary no habia comido.

Llevó la mano á su seno. Si la sonrisa de un ángel hubiera podido iluminar aquella oscuridad absoluta, Clary hubiera visto las paredes de su prision, pues se sonrió dulcemente con el nuevo sufrimiento que experimentaba.

Después de este síntoma se hallaba la muerte. Clary la saludó de lejos como á una generosa amiga cuyos brazos abiertos son un supremo asilo.

A medida que la inanimacion hacia en ella progresos, cambiaban sus ideas: mil pensamientos confusos llegaron á moverse á la vez en su cérebro ocupado: pensamientos punzantes y alegres, aparecian confundidos con una deslumbradora rapidéz.

Al mismo tiempo su cuerpo debilitado, tomó una sensibilidad ecsagerada. Tuvo estremecimientos sin causa, grandes deseos de correr, de moverse, de bailar.....

Se agitaba en todos sentidos, y mas de una vez, convulsivas y repentinas carcajadas, turbaron por un contraste funesto, el silencio mortal de aquella tumba.

La pobre niña estaba *decentada* siguiendo la horrorosa espresion del doctor Moore.

Su sistema nervioso comenzaba á ceder á los sordos ataques de el hambre, de la

obscuridad, del silencio..... De pronto impulsos de indecible terror la fijaban tiesa , y medio muerta, á su cama; un instante despues, un dulce canto salia de sus labios; en seguida se callabá horrorizada por su propia voz.

Luego su oscuridad se iluminaba por un momento; fantásticas luces corrian en todas direcciones, como las chispas de fuego de los cohetes artificiales; mas lejos pasaban estrafños semblantes, formas lívidas, y espectros envueltos en mortajas blancas.

Entonces gritaba debilmente. La escena cambiaba. Era un baile. Sus ojos se cerraban heridos por el brillo de las bugias. El baile giraba con rapidéz á su alrededor. Eran hermosos caballeros, mugeres medio desnudas , perfumes , flores , diamantes , sonrisas.....

Ella tambien se sonreia, aspiraba los perfumes, bebia la armonia, hasta que un estremecimiento repentino de sus nervios agitados , venia á sumirla en su oscuridad ; y el dolor físico, haciendo entonces una irrupcion, la obligaba á apretar su estómago contraido entre sus dos manos, y gemia como un niño que sufre durante su sueño.....

Oh! la ciencia tiene medios poderosos para perder, aun mas que para salvar. Si Dios os ha condenado, la ciencia no sabrá retardar el instante fatal, y sus esfuerzos no ser-

virán sino para atormentar vuestra última hora. Pero cuan fuerte es si se trata de perjudicar! Puede elegir entre todos los males que afligen á la humanidad; puede copiarlos, reproducirlos, hacerlos nacer.....

En la edad media los grandes lisongeaban á sus barberos. Conocemos algunos lores que obsequian mucho á sus médicos, lores de talento, seguramente!

Otro dia se pasó del mismo modo. Clary estaba tan débil que no podia moverse en su cama. La idea de Dios habia desaparecido de ella, y mil pensamientos imposibles se sucedian en su debilitado cerebro.

Su hermana, su padre, Stephen, pasaban ante su vista, y pasaban sin verla. Querria llamarlos; pero su voz se pegaba á su garganta seca é hinchada.

En seguida otra nueva imágen se presentaba en lontananza.

Entonces Clary ponía sus dos manos en sus ojos cansados de llorar: abundantes lágrimas corrian por entre sus dedos, y su moribunda voz murmuraba:

—Edward!..... Edward!.....



CAPITULO SEGUNDO.



Alucinaciones.

RA una horrorosa agonía! Nada se puede comparar á aquel lento y mortal suplicio. Solamente la idea de este tormento desapiadado oprime el corazón y ocasiona el estremecimiento.

No se puede decir que antes de esto ignorase el sufrimiento Clary Mac-Farlane. Hacia seis meses que sufría, porque un amor poderoso, irresistible se había apodera-

do de su corazón á su pesar, y resfriaba los escrúpulos devotos de su conciencia: sufría también porque aquel amor, oculto para todos, rompía la confianza sin límites que había ecsistido hasta entonces entre ella y su hermana: en fin, sufría, por que ese amor, tanto mas ardiente cuanto mas procuraba sofocarlo, ardía como llama silenciosa y solitaria, sin mas alimento que vagas esperanzas, un deseo ignorante pero inmenso, y, de vez en cuando, algunas horas de muda contemplación en presencia del hombre amado.

Pero ese sufrimiento era de aquellos que se quieren lo mismo que á la felicidad. Era lo que los poetas llaman el *dulce martirio*. Es cierto que ocasiona muchas lágrimas, á las jóvenes; pero cuando mas adelante se miran dichas, y se acuerdan de aquellas lágrimas, su mirada se vela, su seno se levanta, y un soplo pasa por entre sus labios dilatados por una melancólica sonrisa. Ese soplo es un suspiro, por que echan de menos alguna cosa.

Y en vez de ese dulce mal de amor que trae consigo su consuelo, y sus alegrías, Clary se encontró de pronto sumida en la atroz realidad de una inaudita angustia, sin ejemplo, y que no hubiera podido temer sin locura dos dias antes.

Ecsistia en Lóndres una débil y desgraciada niña que se moría de un mal desconocido, y habian escogido á Clary, fuerte, ro-

busta, radiante de hermosura, la habian escogido para cambiar á su placer su fuerza en desfallecimiento, su robustéz en atonia. Habian arrojado la oscuridad de una tumba como un velo impenetrable sobre las perfecciones de su cuerpo; comprimian su alma entre la soledad y el silencio; la minaban en lo físico al mismo tiempo que en lo moral: empobrecian de intento su valiente naturaleza: arruinaban científicamente su temperamento y su imaginacion.

Todo esto, para experimentarla en seguida, para tratarla como cadáver dedicado á los estudios médicos.

Regularmente los miembros del real colegio ensayan sus remedios en los perros: pero el doctor Moore habia desesperado sin duda de volver histérica á una perra, y ademas este práctico ilustre no temia asesinar á una muger á su paso.

Ya le hemos oido esplicar muy detenidamente su sistema al marqués de Rio-Santo.

Atacaba á Clary por la dieta, y la secuestracion absoluta en la oscuridad.

Seguramente esto era todo. Como arreglan todos las cosas esos términos de medicina! la dieta y la secuestracion. Esto no es muy terrible ¿no es verdad? Dios mio, no: pues la dieta es el hambre, y la secuestracion un calabozo.

Estos medios son absolutamente infalibles para llegar al punto en que queria ve-

nir á parar el doctor. Cualquiera muger jóven, y en la edad de la pubertad, sometida al *tratamiento* observado con Clary MacFarlane, hubiera sido destrozada como ella. Aqui la fuerza no salva, perjudica ; y los temperamentos mas ricos son los que se postran mas facilmente.

Solo el vigor del alma es el que puede resistir algun tiempo; pero el alma es vendida á su vez; concluye por seguir, domada, la aberracion de los sentidos. La inteligencia sufre el histérico, se debilita, se adormece en la apatia, ó muere, á par que el cuerpo le sobrevive miserablemente en el idiotismo ó la locura.

Después de los dos primeros dias de la *dieta y de la secuestacion*, Clary MacFarlane experimentaba ya todos los síntomas de una afeccion nerviosa adelantada. No se podia esplicar su estado sino en los intervalos lucidos, llegando á ser estos cada vez mas raros. El hambre que era ahora el principio mas activo de su sufrimiento, no se limitaba ya á atormentar su estómago con intolerables angustias, sino que invadia el cuerpo entero. Sus miembros estaban sin accion sus riñones estropeados, su cabeza se trastornaba, y ante sus ardientes ojos pasaban dolorosos y rápidos desvanecimientos.

Algunas veces juzgaba que iba á morir otras pensaba con amarga desesperacion que podria

vivir así mucho tiempo. No se atrevía á orar. Entre ella y Dios, que se le representaba terrible, incesorable, según las ideas de la devoción escocesa, una imagen humana se colocaba obstinadamente: en su labio se hallaba sin cesar un nombre, que mezclado á la oración, la hubiera vuelto sacrilega.

Era Edward, Edward á quien amaba, que era todo para ella, que la ocupaba del todo y dominaba tan enérgicamente las últimas y fugitivas luces de su pensamiento, que su alma piadosa perdía la memoria de Dios....

¿Pero la justicia divina puede imputar á crimen la funesta turbación de las horas de la agonía? ¿El alma que vacila en los límites de la vida puede aun pecar?

Además que la pobre Clary había procurado desechar aquella imagen que se apoderaba de ella, para dedicarse enteramente al cielo; pero no lo había podido conseguir. Edward estaba allí, continuamente allí, adornado con su hermosura casi sobrehumana, y con los mil prestigios de la ausencia y de los pesares. Estaba allí, presentando su pensativa frente á la religiosa luz de las lámparas como en Temple-Church, ó muellemente acostado en una poltrona, iluminado por un rayo de sol naciente, y dirigiendo por entre la calle populosa aquel único beso, cuyo benéfico y fresco aliento creía sentir Clary sobre sus labios ardientes.

Cuando se velaba aquella imagen, entonces Clary, insensible ó dominada por el dolor, no podia pensar mas. Pero el recuerdo adorado volvía muy pronto: volvía, bien trayendo consigo despedazadores pesares, ó bien acompañado de inefables estasis.....

Esas enfermedades, en que se hallaban atacados, el sistema nervioso y el cerebro presentan una série siempre nueva é inesperada de estraños fenómenos. Son sufrimientos inauditos, pero tambien deleites incomparables, sueños como los que el opio inspira á los iluminados del oriente. Se está en el infierno por mitad, y por mitad en el paraíso: y este contraste mata.

Tendida Clary sobre su cama de paja, tuvo durante su terrible noche muchas visiones horrorosas: tambien las tuvo encantadoras: y tambien las tuvo en que el dolor y la alegría se mezclaban estrañamente.

Una vez se apoderó de ella la sonrisa, una sonrisa dichosa y tranquila en medio de una convulsion. Pero tambien mas de una vez las lágrimas brotaron en medio de una sonrisa. No habia allí transicion entre el bien y el mal, se disputaban reciprocamente, en locas luchas, un resto de vida, que precipitan de vez en cuando hácia un desenlace mortal los duros ataques del sufrimiento, y las misteriosas caricias de un deleite asesino.

Esta vez de que hablamos, Clary se ha-

bia visto de pronto en los brazos d' Edward que atravesaba al galope en un magnífico caballo las ostruidas calles de Lóndres. A la derecha, por delante, y á la izquierda, la multitud se apartaba horrorizada. El caballo volaba. Edward firme y tranquilo en su silla redondeaba su brazo al rededor del debilitado talle de Clary. Sentia la dulce presión de aquel brazo cuya mano se detenía precisamente sobre su corazón.

Inclinada hácia atrás, miraba á Edward, como se mira cuando casi se tocan los ojos, y que las pupilas se chocan en un magnético contacto. Su aliento subía hasta la boca de Edward, ella lo sentía con todo su cuerpo, y desfallecía de alegría.

Edward también la miraba, y se sonreía. Clary veía un mundo en aquella sonrisa. Era á la vez la de un amo que desciende hasta amar, y la de un caballero que adora y que sirve. Era imperioso, real, pero tierno y sumiso.

El hermoso caballo continuaba corriendo. Sus cuatro herraduras saltaban elásticas sobre el sonoro empedrado. Las nebulosas casas de Lóndres hacían como llevadas por un torbellino.....

De vez en cuando se extendía el brazo de Edward para poner á Clary en la silla: entonces se sentía mas próxima y mejor. Sus humedecidos ojos se lo agradecían, mientras

que Edward se inclinaba sonriéndose, y besaba el extremo de sus cabellos.

Esta quimera de felicidad obraba tan poderosamente sobre sus alucinados sentidos, que gruesas gotas de sudor inundaban sus sienes, y su sofocado pecho jadeaba con esfuerzo.....

Londres desaparecía en lontananza. Ahora pasaban las hermosas campiñas que se reían al sol, y desplegaban hasta perderse de vista las vastas riquezas de sus luminosos horizontes. Que bien se está para amar en el espacio libre! Como el ambiente de las soledades levanta silenciosamente un seno oprimido de ternura! Cuan hermoso es el amor en presencia de los amplios esplendores de la naturaleza, y como se embellece esta naturaleza bajo la mirada encantada del amor!

Clary se dejaba ir muellemente, ò se sumía con ardor en aquella felicidad que por todas partes la rodeaba. Débil contra aquellas mortales delicias, les daba el último aliento de un corazón pródigo. Su mirada se dirigía del noble semblante d' Edward á las magnificencias del paisaje, y volvía, fascinada, á perderse en la mirada de su amante.

El precipitaba con infatigable brazo la rápida carrera del hermoso caballo. Los horizontes huían como anteriormente las casas de Londres. Los aspectos cambiaban. Eran sucesivamente montes, lagos, florestas, mieses

guardadas bajo algunos techos de paja. Eran á lo lejos el sombrío perfil de una ciudad, las torres ennegrecidas de un antiguo castillo, la línea azulada de un río que paseaba su sinuoso curso por las praderas. Y sobre todo esto derramaba el sol rayos de oro.

El amor y el sol, las dos antorchas del mundo! No se muere de alegría en la vida real; pero Clary estaba fuera de las realidades. Su angustia así como sus alegrías sobrepasaban los límites humanos. Iba á morir de felicidad.....

De pronto se concluyó la carrera. El hermoso caballo se detuvo: Clary lo buscó, y no lo vió mas. El sol bajaba lentamente su enrojecido disco, y se ocultaba tras una montaña.

Clary estaba sentada en el césped, y le parecía reconocer el paisaje. Miró mejor, y era efectivamente la sombría naturaleza de la Escocia meridional. Era su país, y todos los objetos que había amado en su infancia se agrupaban á su alrededor: la casa que vivía su padre antes de comprar el castillo de Crewe, la quinta de Leed, los bosques de Santa Maria, en cuyo centro se levantaba solitaria la pequeña casa de Randal Graham, el torrente de Blackflood, y las ruinas llenas de musgo del antiguo convento.

A su lado, sentado también en el césped, estaba Edward mudo como ella, y hablando solamente con sus encantados ojos.

Reclinó su cabeza sobre el hombro d' Edward: habia á su alrededor un reposo tan suave, una calma tan infinita! La brisa de las noches pasaba en silencio, llena de los frescos perfumes que ecalaban los campos al ponerse el sol. La campiña se callaba, recogida.

Los deleites del dia habian pasado. Mas vale la indecisa claridad de las tardes, que los deslumbradores rayos del mediodia: mas vale el vapor que la carrera. El amor necesita, para alcanzar el apogeo de sus sensuales dulzuras, la pereza y la sombra.

Amaba ardientemente, y mas de lo que la palabra sabe pintar. Era pura, y no podia soñar mas que puras ternuras; pero qué fuego desconocido introducía el delirio en sus virginales pensamientos! Amaba, amaba.....

Un estremecimiento doloroso vino á agitar sus miembros: aquella vez no eran sus nervios enfermizos los que la agitaban así. Aun era producido por el sueño aquel accidente. Acababa de ver sentada como ella sobre el césped, del otro lado d' Edward, á una muger.

Su corazon se heló, y manó sangre.

No distinguía las facciones de aquella muger, y solamente veía su talle como una forma indecisa en la oscuridad creciente de la noche. Se estrechó contra Edward que no contestó á su abrazo.

Clary, celosa, herida en su amor sin límites, miró de nuevo á aquella muger, á aquella sombra, á su rival.

Reconoció á su hermana , y pronunció su nombre con desesperacion.

Ana se volvió sonriéndose.

Edward miró á una , despues á otra, como si hubiese dudado ; en seguida rechazando á Clary con frio ademan, se puso de rodillas á los pies de Ana.

Clary dió un quejido desesperado, y cayó, tiesa, sobre la paja de su prision.

Entonces en el calabozo el silencio fué tan completo como la oscuridad, ni auu siquiera se oia la respiracion de la desgraciada cautiva.

No era probable que su sueño pudiese realizarse nunca con sus dulces principios, y su deplorable fin, pues el porvenir de Clary parecia no poder estenderse mas allá de algunas horas; pero sin embargo, contenia alguna cosa de verdadero, y aquella misteriosa facultad de la adivinacion que precede, segun dicen, á la muerte, acababa de revelar á Clary el amor d' Edward por su hermana.

El mas completo silencio reinaba en su celda hacia cerca de media hora. Al cabo de este tiempo, se hubiera podido oir un débil ruido que salia del techo. Al mismo tiempo un rayo de forma cónica atravesó las tinieblas, aclarando los átomos suspendidos en la espesa atmósfera de la prision.

El rayo proyectó al principio sobre la

paja del suelo un círculo de luz, en seguida comenzó á moverse como para aclarar sucesivamente toda la superficie del piso. Despues de algunos momentos se encontró Clary de pronto iluminada.

Yacia sobre la paja privada de conocimiento. Aquellos dos dias de tormento la habian puesto casi desconocida. Su noble semblante, adelgazado por el sufrimiento y el hambre, conservaba las señales de la convulsion que la habia agitado recientemente.

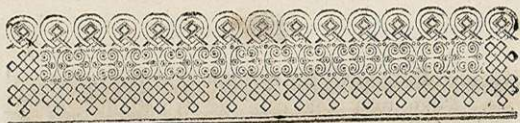
Un verdugo no hubiera podido contemplar sin compasion los efectos de aquel bárbaro suplicio, ejercido en una criatura tan hermosa, y tan admirable en su miseria. Un verdugo se hubiera compadecido de aquellas pobres manos blancas, que oprimia con un ademan de muda desesperacion, aquel armonioso seno que no latia ya, aquellas mejillas pálidas y ahuecadas por el sufrimiento, aquellos ojos grandes abiertos y deslumbrados, aquellas arrugas dolorosas, que se formaban al rededor de su infantil boca tan bien formada para la sonrisa.

Pero el hombre que desde lo alto dirigia la linterna, no tuvo compasion. No era un verdugo, era maese Rowley, el practicante al servicio del doctor Moore.

Paseò con cuidado la luz de la linterna por todas las partes del semblante de miss Mac-Farlane, y dijo asi que concluyó el ecsamen.

— Bal.... al fin esto no vale cien guineas!
..... Pero una vez que están pagadas, es necesario no perderlas.... y creo que la niña tiene ganas de morir, sin pedirnos permiso Bal.... ya hemos resucitado á un ahorcado; por consiguiente podemos impedir que la niña se nos largue..... Ta, ta, ta, hija mia, nos habeis costado cien guineas, y aun vivireis un poquito mas para desquitar nuestro dinero.....





CAPITULO TERCERO.



El practicante.

Maese Rowley cerró cuidadosamente el postigo por donde habia introducido la luz de su linterna, en seguida se puso de pié y dejó caer un paño del tapiz que ocultaba enteramente el agujero.

Maese Rowley estaba en su habitacion en el segundo piso de la casa del doctor

Moore. Su habitacion, lo mismo que su persona era horrorosamente fea. Una multitud innumerable de botellitas de todos tamaños, la mayor parte cubiertas de polvo, le daban un aspecto particular, pero muy poco seductor. Además, escalzaba un olor de farmacopea sumamente acre y embargador, que cualquier hombre se hubiera envenenado aspirándolo.

No se puede decir que maese Rowley embarnecía positivamente en aquella pestilencial atmósfera. Estaba delgado y mudo como una cepa de viña en invierno; pero á lo menos, lo pasaba maravillosamente. Aquel infame olor de drogas y de diabolicas preparaciones afectaba muy agradablemente las ventanillas de su nariz delgada y corba: la vista de todas aquellas botellas empolvadas recogijaba su ojo gris oculto tras unas antiparras redondas. Allí tenia su arsenal y su biblioteca: era tambien su bodega; pues maese Rowley ponía su gin en las botellas de medicina y no bebia nunca mas airosamente sino cuando metía en su boca el cuello entero de un frasco cuyo rótulo decia *Laudano accido hydro cyanico* ó algun otro título infernal.

No tenia mas que un solo libro, era los *toxicological Amusements* del doctor Venom. Este tomo, del que quizá habrán oído hablar nuestros lectores con el lindo título de *Recreaciones toxicologicas* enseña á envenenar á

los gatos, á los canarios, á los topos, á las anguilas, y algunas veces á los hombres.

Maese Rowley leía un capítulo todas las noches antes de acostarse. Esto le adormecía mas dulcemente, como hubiera podido hacerlo una oda en honor de Wellington ó un discurso impreso de lord Stanley.

Este delgado y amarillo tuno era la farmacia hecha hombre, el veneno encarnado. Se hallaba disgustado al aire libre, y no respiraba con deleite sino en una atmósfera viciosa. Segun dicen hay personas incombustibles: creemos que maese Rowley estaba hecho á prueba de veneno, y que hubiera tragado impunemente un beefsteack sazonado con arsénico como si fuese pimienta.

Moore le habia encargado especialmente la custodia de Clary Mac-Farlane. El mismo doctor habia fijado dos dias por término á la dieta absoluta de la cautiva. Los dos dias habian pasado, y Rowley habia querido ver como se hallaba.

El aspecto de Clary, que yacia desvanecida sobre la paja de la prision no hizo ninguna especie de impresion en él. Era la cosa mas sencilla del mundo. Ni aun siquiera se admiró, por que segun sus previsiones esto debia suceder así.

Escogió en su arsenal media docena de botellitas y bajó con ellas al gabinete del doctor. Este estaba ausente. Por mil motivos, no dejaba entrar nunca á alma viviente, du-

rante su ausencia, en el santuario de sus sabios y tenebrosos trabajos; pero Rowley era una especie de cuerpo sin alma y no rezaba esto con él. Además, pertenecía completamente á Moore, á quien amaba en razon á su veneno, como hubiera amado á una serpiente de cascabel.

—Es un asunto bastante delicado, murmuró entrando en el gabinete á su satisfaccion. Perder de este modo una cosa que ha costado cien guineas!..... Pero tambien, ¿por qué dar cien guineas? La hubiera tenido por cincuenta..... Y que buenas cosas hubiera podido comprar con las cincuenta restantes!

Maese Rowley sintió que la boca se le hacia agua como un gloton que habla de golosinas. *Buenas cosas* para él significaba naturalmente drogas y veneno.

Atravesó el gabinete del doctor, y abrió una puerta que giró suavemente sobre sus goznes dados de aceite. Aquella puerta estaba rehenchida por detras, y casi tocaba á una segunda pared, cubierta tambien de lana, que daba entrada á la prision de Clary.

Maese Rowley continuaba con la linterna en la mano. Sacó de ella la bugia; y la celda se encontró repentinamente iluminada.

Esta era una pieza muy pequeña, colocada sobre la habitacion particular del doctor, y preparada evidentemente para el uso á que

hacia tres dias la habian destinado. Los capítulos que preceden casi son suficientes para dar una idea de ella al lector. Segun hemos ya dicho, sus paredes estaban cuidadosamente acolchadas, y por todo mueblage tenia un estrecho escabel.

Lo único que debemos añadir, es que el lienzo de la lana de las paredes era negro, sin duda con el objeto de evitar todos los rayos exteriores.

Era enteramente una tumba. La luz de la bugia, ahogada por todas partes por el negro tinte, parecia que no tenia la facultad de iluminar. Solamente lo consiguió en la blanca fisonomia de Clary Mac-Farlane que se revolcaba en el suelo entre las enmarañadas madejas de su hermosa cabellera.

Maese Rowley puso la bugia sobre el escabel que acercó á Clary.

—Buenos dias, niña mia, buenos dias, dijo: estos son unos cabellos muy hermosos, á fé mia..... unos dientes magníficos!..... Pero cien guineas!.... Al fin esto no me concierne..... Lo que hay de seguro es que este diantre de agujero no es un lugar de regocijo.

Dirigió por cima de sus antiparras sus miradas al rededor de la habitacion.

—Pero! murmuré, esta es una buena tela negra, á fé mia, de la que se hubiera podido hacer casaca, chupa y calzon!.....

Y con la lana que hay dentro lo suficiente para rehenchir media docena de cogines.... Ta, ta, ta!..... Todo esto es dinero!

—Vamos, niña, mia, añadió despues de hacer estas reflexiones económicas; estamos sumidos en algun desmayo Hé, hé..... nuestro pequeño corazon no late ya..... Nuestro aliento no haria dar vueltas á un molino, no!..... Vamos , niña mia , respiremos alguna cosa buena para reponernos.

Olió una despues de otra con evidente satisfaccion todas sus botellitas , y concluyó por abrir una y aplicarla á la nariz de Clary.

Sin duda, era alguna preparacion bien poderosa , pues Clary dió al momento un gemido débil , y torció convulsivamente las pajas de su lecho que se habian enredado en sus dedos.

—Bien, bien, niña mia, murmuró mae-se Rowley que habia tenido la precaucion de cerrarle los ojos , ¿quereis comer un bocado?

Clary habia vuelto á caer en su inmovilidad..

—El que calla otorga, añadió el practicante con una especie de buen humor; y lo cierto es, hija mia , que debeis tener apetito..... Esperadme un corto momento.

Colocó de nuevo la bugia en la linterna y salió para volver al instante con un pedazo de pan.

—Como nos vamos á saborear con él, hija mia! dijo de nuevo á Clary que no le oia absolutamente.....

Puso el pedazo de pan en la mano de Clary.

En seguida aplicò de nuevo la botellita á sus narices.

—Al despertarse vá á perder su comida, esto es seguro! dijo para si, pero la buscará..... Vamos, niña mia.

Clary se agitó en débiles estremecimientos, y en seguida abrió los ojos.

Rowley apagó de pronto su bugia.

—Oh! Dios mio! murmuró la reclusa, crei que veia!.....

Oyó el ruido de una puerta que se cerrò, y despues todo quedó en el mayor silencio.

Galvanizada por aquel sonido, el primero que habia oido en el espacio de tres dias, tuvo fuerzas para avalanzarse hácia el sitio de donde habia salido, pero solo encontró el uniforme acolchado que por todas partes cubria la pared.

—Tambien es este un sueño! dijo para si volviendo á caer anonadada.

Maese Rowley habia subido á su habitacion y abrió con suavidad el postigo.

—Habrà perdido su comida, es muy seguro! decia, siguiendo su anterior idea, y sin embargo, es necesario que coma!... Aseguro que me hallo muy embarazado.

Maese Rowley se rascó la oreja por un instante. No necesitan mas los grandes talentos para concebir un plan.

Asi que se rascó la oreja, dijo con mucha dulzura y con la suave voz que debia tomar el *compadre lobo* antes de devorar al cordero de la fábula.

=Buscad, hija mia, buscad!..... Dios que dá el alimento á los pájaros ha puesto á vuestros pies un pedazo de pan.... Clary levantó con prontitud la cabeza, y vió sobre ella una luz indecisa que desapareció al momento. Era el postigo que se cerró.

Maese Rowley no habia calculado el efecto de este golpe teatral.

Piadosa hasta la exaltacion, criada en las misticas creencias de la devocion escocesa, Clary Mac-Farlane tomó al pié de la letra la palabras de aquella voz desconocida que descendia desde lo alto. Su devocion ardiente, adormecida un instante por la desanimacion, se despertó repentinamente. Arrepintiéndose con amargura de haber desesperado: rogó á Dios de lo intimo de su corazon, con amor y confianza.

En seguida tentó el suelo á su alrededor, á fin de encontrar aquel pan del milagro.

Lo encontró y se arrodilló para dar gracias á la mano divina que la socorria. Su fé reanimada, mucho mas que el insignificante alimento que devoró con avidéz despues de un ayuno tan largo, le volvió á dar tranquilidad y casi fuerza.

Ya no habia visiones terribles ó locas, y casi diriamos que ya no habia terror. El pensamiento del cielo iluminaba la oscuridad, en que se veia y Dios poblaba su soledad. Si el rayo de la linterna sorda de maese Bowley hubiera penetrado en aquel momento en la prision de Clary, el envenenador se hubiera quedado seguramente muy admirado del efecto producido por su pequeño pedazo de pan.

Clary Mac-Farlane se habia sentado en el suelo, y apoyaba sus espaldas en la rehenchida pared de su celda como en el respaldo de un sillón. Aun estaba muy pálida, pero una sublime tranquilidad aparecia en su semblante. Sus ojos levantados hácia el cielo, reflectaban una religiosa y pura esperanza, y, no entendemos por esperanza ese sentimiento cuyas aspiraciones vulgares tienen su objeto en este mundo. Clary sabia ó se creia condenada á morir. Su esperanza era superior á las cosas de la vida. Era como una anticipada fruicion de esa quietud santa y sin límites que sigue seguramente á las angustias de la última hora.

En su boca, á cuyos labios habia vuelto á asomar un poco de sangre, palidecia el brillo acostumbrado de su coral para tomar una tinta suavemente rosada, y se veia vagar una angélica sonrisa.

Tambien estaba así hermosa, hermosa hasta el esplendor; estaba hermosa y con-

movedora. Dios á quien imploraba debia dirigir una mirada de paternal amor á aquella criatura perfecta, su obra esquisita, que entre las pruebas de una lenta agonía entregaba su alma virginal á la oracion.

Los hombres la hubieran adorado; los ángeles la esperaban.

Aquel reposo duró muchas horas, todo el tiempo que Clary pudo orar. Al cabo de este intervalo un murmullo sordo se levantó en su pecho, turbando con profanas interrupciones la santa voz de la oracion.

Clary sentia la próxima vuelta de aquella lucha terrible en que se habia visto precisada á sucumbir. Se levantó valiente, en presencia del suplicio, y se preparó para el combate.

Efectivamente volvió la tentacion, fuerte con las debilidades que oprimian fatalmente el alma de la pobre reclusa, fuerte con el silencio, las tinieblas, la soledad. Clary volvió á ver á Edvard, siempre hermoso, dominante, ¡ay! siempre amado! Apartó la cabeza, pero á cualquiera parte que se dirigiesen sus fascinadas miradas, Edvard se hallaba presente, la suspendia á la atraccion de su sonrisa, aun la volvía loca, y se ponía obstinadamente entre ella y Dios.

Fué una lucha aniquiladora cuyos pormenores no se pueden contar. Todos los tormentos se agolpaban al rededor de aquel pobre corazon que iba á cesar de latir. Se a-

cordaba de su sueño, y aun veía algunas veces la sombra de su hermana entre ella y aquel hombre que ocupaba tanto su pensamiento, que en vano invocaba al cielo para que la librase de él,

Oh! cuan hermoso y digno era de amor! como su cabeza orgullosa sobrepasaba soberbiamente el vulgar nivel de la multitud! Como embriagaba su mirada! Como su sonrisa brillaba de seducción á su alrededor!

Clary resistía en vano: habia sido vencida. Solamente que su derrota habia cambiado de aspecto. No corría hacia su vencedor con aquel arrastramiento febril de poco antes: no lo llamaba con todas las voces de su alma, dichosa de pecar si él era el cómplice, y dichosa de perderse con él. Su pena era ahora grave y austera. Cediendo se arrepentía, amando, sentía amar. Entre su fatal éstasis habia enérgicos ímpetus hacia su Dios. La lucha se prolongaba despues de la derrota, y aquella vez Clary no se reconciliaba con su debilidad.

Y del mismo modo que no tenía ya alegrías delirantes, tampoco tenía desesperaciones. Su hermana Ana era siempre su hermana querida. La angustia de los celos meditados era impotente para violentar su ternura.

Ana! este nombre amado hubiera sido, como el nombre de Dios, una égida contra el atormentador ataque del amor, si el amor

no hubiese adquirido en el corazon de Clary proporciones estraordinarias. Pero la pobre niña amaba tan apasionadamente y con tanta vehemencia, que todo se borraba ante su ternura.

El hambre volvía, el hambre y el desfallecimiento, y con ellos tornaban á aparecer los principales síntomas de su fiebre nerviosa. Pero el abatimiento dominaba, y Clary, en un momento de tregua, cerró los ojos, y se durmió con ese sueño penoso que no deja descansar y que prolonga los fastidios de la vela....

El doctor Moore tardaba mucho! ¿Quién sabe si Clary debía desesperarse de aquel doloroso y mórbido sueño? Pero el doctor Moore pasaba una parte de sus dias en Irish-House, donde hacia laboriosamente el inventario del gabinete secreto del marqués de Rio-Santo.

Rowley habia inventado una preparacion, enteramente nueva, que mataba á un perro de cuatro meses en tres segundos, cinco tercios y una fraccion inapreciable; é inferia que aquella pocion mataba á un hombre en la cuarta parte de un minuto. Era un resultado muy lindo, y con él perdía Rowley la cabeza.

Sin embargo, Clary se despertó, y al despertarse se encontró acostada en una cama sobre la que se cruzaban cortinas de damasco oscuro, en una habitacion desconocida que iluminaba debilmente una lámpara

con pantalla, puesta sobre un velador muy separado de la cama. Frente de esta habia una ventana cuyos cristales dejaban pasar un oblicuo rayo de luna que combatiendo victoriosamente la luz de la lámpara trazaba una línea blanquecina sobre la alfombra.

Un hombre estaba sentado junto al velador, volvía la espalda á Clary, y hojeaba con lentitud las páginas de un libro en cuarto.

Este hombre tenia una gran calva, donde reflectaba la luz, y por los lados caían sobre sus sienes dos mechones de cabellos largos, y poblados, del mismo modo que se vé la senda trillada en las campiñas bordearse de cada lado con un seto vivo.

Desde la cama no se podia distinguir mas que el perfil: de la mejilla plana salía la punta aguda de una nariz como el pico de una ibis, un extremo de la ceja, y la cuarta parte de un par de antiparras.

Clary no pudo ver bien todas esas cosas. El hambre era la que la habia despertado: puso sus dos manos sobre su abrasado pecho, diciendo.

—Dios mío! cuanto sufro.

El hombre del in cuarto, puso una señal á su libro, que era el tomo primero de los *toxicological amusements* y se volvió hácia la cama, enseñando completamente el semblante patibulario de maese Rowley el practicante.

—Ah! diantre! respondió; ah! diantre! niña mia!..... sufrimos, hemos dicho?.... Pues bien!.... paloma mia, vamos á ver á un médico..... y á un médico famoso.

—Dadme pan! murmuró Clary; en nombre del cielo, señor, dadme un poco de pan!

—Ta, ta, ta! dijo Rowley; pan, hija mia!..... No damos así pan á nuestros enfermos.....

Las ideas de Clary se coordinaron un poco en aquel momento: queria preguntar donde estaba, informarse; pero no tuvo aliento.

Rowley puso bajo su brazo el tomo de las *recreaciones toxicologicas*, y se acercó á la cama con la linterna en la mano.

Clary cerró sus ojos acostumbrados á la oscuridad, y Rowley la contempló un instante.

—Es muy fuerte esta jóven! dijo al fin con conviccion. es escesivamente fuerte..... Estoy seguro que una simple dosis de laudano tendria dificultad....

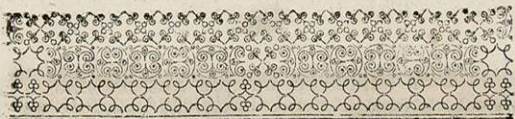
Se interrumpió por una sonrisa.

—Ta, ta, ta! añadió encogiéndose de hombros: el laudano tambien es una tonteria..... ¿Dónde voy yo á buscarlo?..... Ah! bien quisiera ensayar mi hallazgo en alguno..... Tres segundos, cinco tercios y una fraccion.....

Los labios de Clary se pusieron blancos, y sus párpados temblaban.

—Oh! oh! exclamó maese Rowley volviendo á colocar en su faltriquera, un pequeño frasco que habia cogido, y que hacia algunos instantes acariciaba con amor: mirad á la niña que va á tener una crisis..... Este negocio corresponde al doctor.





CAPITULO CUARTO.



Despertar.

HAY cosas que la pluma se resiste á describir. Ya hemos dicho bastante para que el lector comprenda ó adivine cual debió ser la conducta del doctor Moore junto á la cama de Clary Mac-Farlane. No habia venido para prestar á la agonía los socorros de su ciencia; venia para experimentar á riesgo de matarla.

Y la espresion de que nos servimos aquí es bastante dulce, pues no acusa lo suficiente. Con efecto, para el doctor, la muerte de Clary no era una probabilidad, sino una certeza. Esto es tan cierto que se presentó ante su cama con la cara descubierta. Y el doctor era un hombre prudente: para obrar así en presencia de su víctima, era preciso que estuviese muy seguro de su silencio.

Hemos visto representar en Lóndres la traducción de un drama famoso del otro lado del estrecho, donde una reina de Francia, una reina apócrifa, desata su máscara en presencia del hombre que acaba de poseerla. Pero detrás de este hombre habia un puñal levantado. Con una mano la reina se descubre el semblante, y con la otra hace una señal y el puñal mata.

Este drama aun no se habia hecho, y no se puede acusar al doctor Moore de plagiarlo: pero en todos tiempos el crimen tiene los mismos procedimientos, y su máscara al caer sirve siempre de fúnebre señal.

El doctor habia condenado á Clary, y aquella sentencia no tenia apelacion. Debía arrastrar su vida de tormentos todo el tiempo necesario para las experiencias de Moore; despues.....

No entraremos en los pormenores de estas experiencias. Apesar del repugnante horror

de esta pintura, que nos aterra, no podríamos hacernos comprender del lector, sino acudiendo á una formidable ostentacion de notas, espli- cando línea por línea, el language técnico que nos veríamos precisados á emplear.

Nuestras eucantadoras ladies quizá en- contrarán la excusa desagradable. Es cierto que no creeríamos deber detenernos por tan poca cosa si escribiesemos exclusivamente pa- ra los *sporting-gentle-women* y las patronas d' Almack, que seguramente son la flor de los tres reinos. ¿No hemos visto en 1827, cuando el famoso proceso del doctor Cootes- Campbell, acusado de haber inoculado á una jóven de doce años, con una lanceta, un vi- rus de la mas terrible esencia, espresamen- te para combatir el mal y formarse una *especialidad*; no hemos visto al auditorio lle- no de vestidos de musolina, y blancos toca- dos! Se vendian los billetes de entrada has- ta á diez guineas, y no se despachó ninguno por menos de cinco.

Oh! seguramente hermosas ladies, no es por vosotras por lo que se deliene nuestra pluma. Sois mugeres fuertes; y si el tormen- to ordinario y estraordinario aun ecsistiese, os arruinariais, señoras, por conseguir vues- tros sitios junto al atormentador. Seria una gran lástima para las empresas dramáticas. Queen's-Theatre se arruinaría, pero qué fa-

bulosa fortuna no haria el verdugo de Londres!

Si retrocedemos ante este horroroso cuadro, es por que estas líneas pasarán el estrecho antes que se haya leído en Londres. Pretenden que las ladies de Francia no aman apasionadamente las felicidades del anfiteatro, y dejan á las comadres que son las mismas en todos los paises., el esclusivo goce de la concurrencia á la guillotina.

Esto es increíble, y estamos prontos á convenir en ello. Pero, que quereis? miladies. Es necesario manifestarnos clementes para con esas débiles parisiensas que no saben hallar su placer, donde vosotras encontrareis el vuestro. Quizá vendrán aqui. Ya nos han contado que las damas que fuman, comienzan á comer tajadas de carne cruda, como vuestras señorias. Un poco de paciencia! la anglophilia está muy á la moda en la alta sociedad. Ya vereis como llegamos á introducir algo de nuestras costumbres en esa embobada y fastidiosa francia, que en este momento no vale la suela de nuestro zapato.

Por esta razon, miladies, viva la Inglaterra! y que Dios os bendiga á todas. etc. etc.

Ojalá podais frecuentar por mucho tiempo á Old-Bailey.

Lo que acabamos de decir del doctor Cootes-Campbell, que quedó absuelto hono-

rificamente aun cuando su culpabilidad estuviese mas clara que el dia, podria dispensarnos de apoyar acerca de la realidad del triste episodio, cuyos pormenores tratamos de abreviar en este momento. Pero la cosa es tan atroz por si misma, tan impropia de las costumbres de un pueblo que se sube en los techos para proclamar á son de trompeta su fastuosa filantropia, y es finalmente aunque tengamos que confesarlo con sentimiento, tan peculiar á nuestro desgraciado pais, que podria quizá causar en otras algunas incredulidades. Deseariamos con todo nuestro corazon que fuese permitida la duda; pero los hechos hablan. Los casos de experimentos en los vivos son innumerables, y el nombre de los médicos citados para este hecho ante la justicia inglesa, llenaria una gran página.

Nuestros médicos son hombres muy sabios; y entre ellos conocemos á personas completamente honradas; y quizá quien sabe si entre este número se encontraria un corazon compasivo! Pero hay una cosa terrible, y es que el doctor Moore no es un retrato de fantasia.

Todo Lóndres lo ha conocido bajo otro nombre, y muchos de los que lo han conocido, no han ignorado sus experiencias homicidas. Y sin embargo, es un hombre ilustre; su nombre está inscrito en el panteon británico.

¿Qué tiene esto de admirable? Comer carne humana es una costumbre fea, pero no se trata de imputarsele á crimen á ciertas poblaciones, de las que solamente se dice: son canibales.

El doctor Moore era un *físico*.

¿Quién ignora que el hombre es impelido á dar el hecho por excusa ó por esplicacion? Este es uno de los mil sofismas del sentido comun.

El doctor Moore pasó toda aquella noche á la cabecera de Clary Mac-Farlane. En el momento en que lo llamó Rowley, la pobre niña estaba entregada á un furioso ataque de nervios. El doctor empleó con ella todas las delicadezas de su consumada esperiencia. No se necesitaba tanto para salvarla, pero Moore no queria hacerlo.

A la madrugada, volvió á su gabinete donde escribió con rapidéz algunas palabras.

Clary dormia con un sueño bueno y tranquilo.

—¿Qué es necesario hacer? preguntó Maese Rowley que pensaba en su nueva preparacion.

—Es necesario determinar otros accidentes, contestó el doctor con reflexion. Esta noche ha sido preciosa; estoy contento.. Pero no conozco mas que una parte de la enfermedad de miss Trevor.

Meditó durante algunos minutos, y añadió:

—Haced que lleven su cama á la habitación negra, Rowley..... En lo sucesivo necesitará continuamente de sueño.... De vez en cuando abrireis el agujero y la despertareis bruscamente.

Rowley salió. Desde entonces Clary fué entregada á aquel bárbaro suplicio que los agentes de la republica francesa inflingieron en la prision del Temple, al desgraciado hijo de Luis de Borbon. Sumida en un pesado é irresistible sueño, fué despertada con sobresalto por los estampidos de una voz terrible que tronaba encima de su cabeza.

Y maese Rowley hacia las cosas en conciencia: se habia provisto de una vocina.

Al cabo de tres dias Clary casi habia llegado al estado apetecido para las nuevas experiencias. Su hermosa y robusta naturaleza, completamente desorganizada, no conservaba ninguna fuerza. En cambio, su sensibilidad nerviosa acreció hasta llegar á la epilepsia, aunque se irritaba, y se irritaba sin cesar, á las crueles sospechas de su despertar periódico.

Pero la enfermedad de miss Trevor cambió enteramente de aspecto como lo hemos visto. Ante aquel mal desconocido se detuvo el doctor Moore indeciso. No podia suscitarlo en otra persona, ni combatirlo en miss Trevor. Por un momento cesó el doctor de

ocuparse de Clary que le habia llegado á ser inútil, entregándola á los cuidados de maese Rowley que dividia sus ocios entre ella y los *toxicológicos pasatiempos*.

Tendremos lugar de ver si esta circunstancia fué un alivio para la pobre jóven.

Ahora sabemos lo que habia querido decir el doctor Moore cuando habló al marqués de Rio-Santo de nuevos sintomas y de una crisis terrible experimentada por miss Trevor. Su conversacion y los sucesos que la precedieron tuvieron lugar el dia siguiente al en que Frank Perceval y Mary se encontraron en la casa de lady Stewart.

Ya hacia veinte y cuatro horas que Mary se hallaba atacada de catalepsia.

Durante estas veinte y cuatro horas, Moore habia agotado todos los medios que le proporcionaba su profundo saber, y su consumada experiencia.

Habia tratado de obrar sobre los sentidos por pruebas estra-medicinales, habia organizado un concierto en la habitacion de la enferma, por que ciertos autores pretenden que la música es muyapropósito para esas especies de afecciones. Ay! no quisieramos hacer desesperar á los escritores estimables que hacen operetas; pero la música como medio curativo, no tiene écsito si no en la ópera-cómica.

Alli se cura la locura con un romance;

la fiebre con un solo de flauta; el cólera morbus con un aire con variaciones de trombon.

Esto es muy ingenioso ; pero muchas veces hemos maldecido el harpa de David y la hipocondria de Saül que han producido claramente todas estas pamplinas.

La enfermedad de Mary resistia obstinadamente. Lo mismo que la vimos en el salon delady Stewart, asi habia permanecido con los ojos fijos y relumbrantes como el cristal, sus miembros tiesos , y su posicion de estatua.

Volvió á su lado el doctor Moore cuando se separó del marqués. Ningun cambio se habia operado en el estado de miss Trevor desde su última visita. Diana Stewart y lady Campbell, que no se apartaban de ella, estaban desesperadas. El doctor segun su costumbre, no contestaba á sus preguntas, y se fué mandando un insignificante remedio, del que no esperaba ningun efecto.

Al entrar en su casa de Wimpole-Street. llamó á Rowley, y como la vispera, le pidió noticias de Clary.

—A fé mia contestó Rowley, es necesario golpear el fierro mientras esté caliente, y observar el natural vivo mientras que dure la vida..... La vida se apaga, señor ; y si quereis golpear el fierro, es necesario que os apresureis, pues se enfria.

—¿Hay algun nuevo síntoma?

—Si, si..... seguramente, señor, hay un sintoma nuevo..... y quizá mañana habrá otro ... Estará muerta.

—Vive, ¿no es verdad? dijo.

—Si..... un poco..... Está desmayada... Iba á hacerla volver en si cuando me llamasteis..... Me vuelvo á su lado.

El doctor lo cogió por el brazo en el momento en que se retiraba.

—Déjala, dijo en voz baja, y prepara la pila voltaica..... la grande.

Rowley lo miró admirado. En seguida se fué murmurando:

Ta, ta, ta! que de pareceres! Bien puede decirse que la jóven ha sido tratada con ceremonia!.....
.....

Acababa de dar la hora en que el marqués de Rio-Santo habia mandado que lo despertasen. El caballero Angelo Bembo se encargó de esto, y debió penetrar para hacerlo, en la habitacion del laird, donde se habia dormido Rio-Santo.

Este continuaba en el sillón donde lo dejamos. Al primer toque de Bembo abrió los ojos, pero los volvió á cerrar al momento.

—Ya, murmuró con abatimiento. Ange, este sueño me ha aniquilado.

—Tomad algunas horas de un verdadero reposo, creedme, milord, dijo Bembo que contemplaba con una solicitud filial, las fatigadas facciones del marqués: mañana habrá tiempo para que continueis vuestra mision.

Rio Santo levantó su vista hácia el joven Maltés, y se sonrió con cariño.

—Mi mision! repitió con dulzura: teneis la mirada tan penetrante como una muger celosa, Ange..... Todo lo sabeis, aunque nunca preguntais!.... Cuando es inútil vuestra presencia no se os vé, pero en el momento del peligro apareceis al instante.

—Os aseguro por mi honor don José, interrumpió Bembo, os juro que no entraña ni un átomo de curiosidad indiscreta en el sentimiento que me obligaba á velar por vos.

—Lo sé muy bien! contestó Rio-Santo tendiéndole su mano que Bembo le apretó con timidez; cuando no se tiene en este mundo mas que un solo amigo, Ange, se le conoce y se le juzgan..... Es cierto que en el momento que yo caia bajo el furioso apretón de ese hombre, pensaba en vos. Una vaga esperanza se presentó á mi imaginacion..... Me dije entonces: mi buen Ange quizá vela.....

—Oh! milord! dijo Bembo con tristeza, habia abandonado mi puesto.

==Todo lo oía cuando estaba allí tendido..... Sé que hacia muchas horas, estabais de centinela..... Que noble y hermoso corazón teneis, Ange!..... Cuando pienso en vuestra adhesión creo que Dios me protege y me conserva la victoria.

Bembo estaba encendido de orgullo. Su vista tenía alguna cosa de ese caballeresco entusiasmo que despierta en el alma fiel del soldado la alabanza de un soberano querido.

Dios os ama, Bembo, añadió el marqués cuya sonrisa se llenó de melancolía; entre Dios y vos no hay esos recuerdos que ocultan el cielo..... Yo..... oh! yo, añadió de pronto con ímpetu, bien quisiera á precio de toda mi sangre, tener mi espada de combate con mano pura como la vuestra, mi joven amigo! entonces si que seria yo fuerte!.....

Angelo conservaba un respetuoso silencio; y Rio-Santo añadió, moderando su voz que llegó á ser tranquila y profunda:

==Pero soy fuerte aun cuando!..... Y que importa, al fin si la obra es santa, la mano que la ejecuta!.... Ah! no merezco las grandes alegrías del triunfo, lo sé: Moisés habia pecado: Dios no permitió que pusiese el pié en la tierra de promisión..... pero se la enseñó de lejos el día de su muerte; Moisés murió en la tierra de Moab, pero antes de cerrar sus ojos vió á Canaán.....

Y unió las manos con un ardor apasionado:

—Que yo muera, Dios mío! oh! que yo muera! continuó; pero que sea como Moisés, despues de haber visto y conseguido el objeto... que muera en la victoria!..... que muera en la tierra enemiga, pero que mi última mirada vea lucir á lo lejos la aurora de los hermosos dias de la patria! [Morir! Deseo morir, con tal que el peso de mi cadáver acabe de aplastar á la Inglaterra vencida, y que mi alma, al salir de este mundo, salude con embriaguéz el naciente reinado de la Irlanda!

Bembo dió un grito de sorpresa.

—La Irlanda! dijo, la patria!..... Signore; signore! bien sabia yo que vuestra guerra contra la Inglaterra era una guerra legítima!

Rio-Santo recogió las largas pestañas de sus párpados sobre el entusiasta brillo de sus ojos, y pareció un instante absorto en elevadas meditaciones.

Ange, dijo en seguida tan dulcemente que la inflecion de su voz casi transformaba el verdadero sentido de sus palabras, si cualquiera otro que vos supiese la mitad de lo que sabeis, lo mataria..... Pero entre vos y los otros hay un abismo: y os dejo abierto mi corazon, sin temor que burleis mi confianza. Aun cuando fueseis mi hijo ó

mi hermano, no podría hacer mas, pues mis secretos son de aquellos que revela el écsito ó que sella la muerte bajo la losa de una tumba.

—Gracias! murmurò Angelo, gracias, milord! ignoro vuestra vida pero conozco vuestro gran corazon..... Vuestros secretos os pertenecen. Lo que sé de ellos..... y sé bien poco!..... me llena de admiracion y de respeto..... Ah! sois irlandés! y vencereis! vencereis, milord! Y ojalá me amáseis bastante para darme una parte en el peligro!

—Vuestra parte la teneis ya, signor Angelo Bembo, contestó el marqués con tono grave. Hace mucho tiempo que cuento con vos.

Los ojos del jóven Italiano brillaron. Una pregunta iba á salir de sus labios, y Rio-Santo la contuvo con un ademan.

—Tendreis el primer lugar en el fuego, Ange, añadió sonriéndose; pero aun no ha llegado el momento..... He creido que querais hacerme compañía.

Angelo se inclinó.

—Enviadme á Erech, continuó el marqués. Aun estoy muy débil, pero es necesario reparar el tiempo perdido.

Asi que salió Angelo, el marqués procuró levantarse. Su debilidad era estremada. Lo intentó por tres veces, y volvía á caer siempre pesadamente en su sillón. En fin,

consiguió ponerse de pié, y se adelantó, vacilando, hácia la cama cuyas cortinas ocultaban á Angus Mac-Farlane.

El laird dormia profundamente.

—Desventurado hermano! murmuró Rio-Santo; él tambien sufre por que me ha amado!..... Ah! debo apresurarme á vencer para tener derecho de morir!

Un ruido de pasos anunció la entrada d' Ereb en el inmediato gabinete. Rio-Santo corrió las cortinas de la cama d' Angus, y salió de su habitacion.

Ereb era ese negrito que hemos visto sirviendo de pupitre al hermoso Edward en el salon de la casa cuadrada de Cornhill. Tendria catorce años, y sus admirables formas resaltaban bajo su piel de ébano, sin mas ropas que un chal de cachemira rojo echado como un paño al rededor de su cintura.

Rio-Santo lo encontró de pié inmóvil en medio de su gabinete.

—Dame de beber! dijo el marqués apoyándose en las esculturas de su bufete.

Ereb tomó una llavecita que llevaba colgada á su cuello con un cordon de seda, y abrió una cajita admirablemente incrustada que estaba en la tabla de un armario. Sacó de ella un vaso de cristal y un frasco medio lleno. Echó agua en el vaso y mezcló á ella dos gotas de lo que contenia el frasco.

El agua se cubrió de gorgoritos que se desvanecían, y se puso color de oro.

Rio-Santo tomó una buchada.

—Muy bien; añadió. Haz que mi ayuda de cámara prepare mis vestidos.

Se sentó y bebió el agua. Un minuto después cuando volvió á levantarse, su mirada apagada anteriormente estaba llena de fuego, y bajo la fina piel de su mejilla se veía sangre. Su hermosa estatura se enderezó por sí misma en todo su orgullo, y se dirigió con paso firme á su tocador.

Y cuando después de algunos minutos volvió á salir vestido con aquella noble elegancia de la que su nombre había llegado á ser un sinónimo, no habierais reconocido al hombre de poco antes, al enfermo agoviado bajo la fatiga y la fiebre de siete noches de vela.

Ahora era el soberbio Rio-Santo, rey de aquel brillante ejército que evolucionaba en los dorados salones de West-End; era el caballero hermoso por excelencia, irresistible, sin rival, aun en la prevenida memoria de las mugeres que habían pasado la edad de amar: era el héroe del amor, representando siempre alguna parte en los dulces sueños de todas las ladies, el hombre que no encontraba crueles, el sultán que tiraba el pañuelo en Londres á la ventura, el ídolo cuyas miradas se disputaban, y cuyos *favores* pa-

saban sobre una muger, como en otro tiempo las fantasias reales, sin atraer sobre ella el desprecio del mundo.

Era el semi-dios á cuyos pies la elegancia entera se agrupaba, se pisoteaba, se apretaba, para formar un pedestal vivo de su gloria.

Asi era nuestro Rio-Santo , el hombre tranquilo frente á frente de sus impetuosos odios; el hombre fuerte bajo el peso opresor de sus pensamientos.

Volvía á vivir, su frente brillaba. Bajo el contenido rayo de sus ojos habia un mundo de promesas y amenazas.

El caballero Angelo Bembo le presentó la mano para ayudarle á subir el bajo estrivo de su carruage; en el que piafaban locamente cuatro magnificos caballos.

Rio-Santo lo miró sonriéndose. Bembo que aun no lo habia ecsaminado, retrocedió lleno de una temerosa admiración , al ver tanta fuerza ecsuberante , y tanto indomable poder en aquel cuerpo poco antes estenuado.

—Oh! don José , dijo , lo que abate á los hombres mas robustos , se resbala por vos sin dejar señales..... Os he visto moribundo..... y ya estais dispuesto , alerta, capaz de arrostrar otras fatigas en las que yo me aniquilaria como un niño..... ¿Acaso es vuestra alma la que conserva reservadamente pa-

ra vuestro abatido cuerpo esos tesoros de vigor sobre humano?

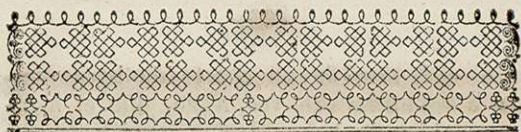
Rio-Santo se sonrió de nuevo , y de un brinco subió al carruage.

Bembo añadió dirigiéndose á si mismo, y con el acento de una supersticiosa convicción.

—Vencereis, milord, vencereis!

El pavimento retumbò llenándose de chispas: despues el noble carruage se deslizó gracioso y ligero, por el suelo , al rededor de los despojados árboles de la plaza para entrar al galope en la ancha calle de Grosvenor-Place.





CAPITULO QUINTO.



Ni Messalina ni Magdalena.

 El carruaje del marqués de Rio-Santo atravesó Green-Park de donde el frío y la niebla había echado ya á los paseantes, siguió por Picadilly, entró en Regent-Street, y se detuvo delante de Barnwood-House.

—Dentro de un cuarto de hora vuelvo á reunirme con vos, Ange, dijo el marqués antes de bajar. Haced que el carruage se pasee por la calle á fin que no lo vean estacionado á la puerta de lady Ophelia.

La condesa de Derby estaba sola y entregada á refleciones muy tristes. Ignoraba el fatal resultado de la entrevista de Frank y de miss Trevor; y la penosa impresion que le habia quedado de su paso de la víspera no fué suficiente para dejar sobre su encantador semblante señal alguna de amarga desanimacion.

Se habia metido en una abrigada poltrona frente á frente de un moribundo fuego, cuyos vacilantes destellos quitaban la sombra de sus facciones, y hacian mentir muchas veces por estraños juegos de luz la desesperada melancolia que era su espresion verdadera.

Algunas veces un repentino rayo de luz se veia en su mirada fija, al mismo tiempo que acusaba con mas energia la sombra de sus cejas, dándole asi el aspecto de una repentina cólera; otras veces bajándose la llama, oscurecia la estremidad de su hermosa boca, trazando en ella vagamente las señales de la sonrisa.

Pero en realidad no habia en aquel semblante uniformemente triste, ni alegria, ni cólera. Lady Ophelia sufria, y causada de

combatir hacia mucho tiempo su padecer, no procuraba resistir.

Se dejaba llevar de sus dolorosos pensamientos. Su alma los seguía dócil por todas partes donde les agradaba conducirla. Pesares y temores acudían alternativamente; pesares y temores eran acogidos por ese corazón cansado de latir, que lloraba su pasado en un presente desprovisto de toda alegría, y que tampoco hallaba consuelos en el porvenir.

El paso que había dado la víspera era juzgado ahora. Había querido poner un obstáculo entre Mary Trevor y Río-Santo, porque Río-Santo le había dicho en cierta ocasión que un desengaño que sufriese con Mary, le volvería dichoso á sus pies.

Había dicho esto: pero ¿podía Río-Santo sufrir un desengaño? ¿había algún obstáculo que no fuese capaz de destruir?

Lady Ophelia era la última persona del mundo que pudiera responder á aquella doble pregunta con la afirmativa. Río-Santo era para ella un Dios.

Pero con todas las inconsecuencias de los sueños del corazón, temía en aquel momento por la seguridad de ese Dios. En presencia de sus temores recobraba repentinamente las proporciones de un hombre, y se maldecía por haber entregado su secreto, y su vida, á merced de un enemigo.

Pues en su insensato extravio, habia ido á elegir por confidente de ese funesto secreto á el rival del marqués, á el hombre cuyo interés era perderle á cualquier precio!

Este hombre era leal. Conocia su corazon franco y sincero como el de un caballero de tiempos antiguos; pero ese hombre amaba. Ella tambien era leal, tambien era sincera! Y sin embargo, ¿no habia hecho traicion á su juramento, tantas veces repetido á Rio-Santo, de callar la fúnebre aventura del caballero de Weber?

El amor es como la ambicion: hace callar la conciencia, y echa un velo de olvido sobre las promesas mas santas.

Y si Frank Perceval olvidase!.....si una indiscrecion!.....

La pobre Ophelia no se atrevia á acabar la espresion mental de aquella terrible hipotesis. No lloraba: pero su grácioso cuerpo recogido en si mismo, en una actitud de mudo terror, parecia querer hundirse y ocultarse en el fondo de su inmenso sitio.

Cuan dolorosamente se arrepentia, y cuan culpable se consideraba!....

Cuando su doncella Joan anunció al marqués de Rio-Santo, todas aquellas sombrías ideas se dispararon como por encanto. Se levantó radiante, consolada, y dió un paso hacia la puerta: pero no dió mas que un paso: el hombre que iba á entrar, el hombre

que amaba apasionadamente, tenía suspendido sobre su cabeza, y por su misma mano, la muerte y el deshonor.

Volvió á caer sin valor en su silla.

Rio-Santo entró, y sintió temblar la mano que llevaba á su labio para besarla.

La emocion de la condesa fué contagiosa. Una turbacion extraordinaria se apoderó de Rio Santo, dejó caer la mano sin llevarla á su boca, y fijó en lady Ophelia una de esas miradas que someten al tormento á los corazones débiles ó subyugados.

Ophelia tenía los ojos bajos, pero por entre sus párpados cerrados, sentia que aquella mirada gravitaba pesadamente sobre ella. Parecia que su conciencia estaba sojuzgada por aquel implacable y mudo ecsamen.

Las cejas de Rio-Santo se fruncieron ligeramente. Vió rodar una lágrima por entre las pestañas de Ophelia.... Sabia lo que queria saber, lo que temia saber.

Volvió á tomar la mano de la condesa, dió en ella un frio beso, y se dirigió hácia la puerta.

—Oh! milord! milord! exclamó Ophelia estallando de pronto sus lágrimas contenidas: no me dejeis así!

Rio-Santo se detuvo. Su mirada estaba llena de ternura y compasion.

—Os arrepentís, ¿no es verdad? le dijo. Oh! ya lo creo, señora; quisierais volver á

comprar á cualquier precio vuestra imprudencia....

—A precio de mi sangre, milord! interrumpió Ophelia que unió sus manos, y dirigió á él una mirada suplicante.

—Bien lo creo, pobre Ophelia, lo creo, repitió Rio-Santo. Sois buena y me amais... Vuestros pesares son sinceros.... pero no se puede recoger una palabra pronunciada....

—Sabeis todo! murmuró la condesa.

—Todo lo temo, milady: yo nada sabia. Vos sois la que acabais de descubriros..... Os causaba tal regocijo en otro tiempo mi venida! Vuestra sonrisa era tan franca y tan dichosa!..... Hoy me recibis con lágrimas.....

Se detuvo, y despues continuó con calma:

—Es una gran desgracia, señora!

—Que! exclamó la condesa desesperada, el peligro está tan próximo, y vuestra vida!.....

—Mi vida! interrumpió Rio-Santo sonriéndose con tristeza; no se trata de mi vida, señora..... ¡Pero no era bastante con M. de Weber.

La condesa sintió secarse sus lágrimas en su abrasada mejilla.

—Oh! milord! murmuró con horror; temo comprenderos.

—Me comprendeis, milady..... vuestra

indiscrecion ha condenado á un hombre; pero no está en vuestro poder, ni en el de nadie condenarme á mi!

Ophelia se levantó, y cayó de rodillas.

—Gracia, don José, gracia para él! dijo.

Rio-Santo la tomó de la mano, y se sentó á su inmediacion.

—Pobre Ophelia! murmuró: cuantas penas os ha causado mi amor!..... Sois la mas noble y la mas hermosa de todas las mugeres de quien he conservado una memoria... Os amo tanto como otras veces, mas que otras veces, señora, y no se dirá que os habeis arrodillado en vano ante mi.... Sentaos en vuestro bufete, y tomad una pluma, Ophelia, á fin de escribir al honorable Frank Perceval.

La condesa obedeció al momento. Rio-Santo se apoyó en el respaldo de su sillón.

—Desearia deciros sencillamente: Perceval no tiene nada que temer de mi, añadió, lo desearia, señora, pues vuestros menores deseos son para mi como las órdenes de un amo..... Pero no me pertenezco, y lo que tal vez os parece voluntad mia, no es mas que mi destino..... ¿No me vi obligado un dia á dejar la dulce vida que tenia á vuestro lado?..... Escribid, os lo suplico.

Lady Ophelia mojó su pluma en el tintero, y el marqués continuó:

—Escribid al honorable Frank Perceval que lo esperais mañana á la noche en vuestro coche , frente al teatro de Saint-James, en la esquina de Duke-Street..... Mañana á la noche á las nueve.

Ophelia escribió.

—¿Y deberé ir frente al teatro de Saint-James? preguntó.

—Vuestro coche si , milady , pero vos no..... Yo seré el que reciba á Frank Perceval.

Ophelia se volvió con prontitud , y fijó en Rio-Santo una mirada inquieta.

—Os doy mi palabra de caballero, continuó el marqués respondiendo á aquella mirada, que será respetada la vida de Perceval.... Poned el sobre, señora, pues nuestras horas están contadas.

Lady Ophelia dudó de nuevo. Se acordaba del caballero de Weber.

Mientras que dudaba , Rio-Santo miró el relox, y tomó de un sillón su sombrero.

—Señora, dijo inclinándose , solamente un deber muy imperioso es lo que me puede obligar á separarme tan pronto..... Parece que quereis reflexionar, hacedlo. Mañana me direis vuestra determinacion..... Ya os he dicho el único medio de salvar la vida del honorable Frank Perceval.

Salió, y Ophelia permaneció pensativa. Seguramente tenia graves motivos de medi-

tacion. Las horas pasaron sin oirlas , y la campana del relox despidió por dos veces sus metálicas vibraciones en torno suyo , sin sacarla de su abstraccion.

¿Pensaba en el peligro de Frank Perceval?

Ay! lady Ophelia era una muger generosa. Todo cuanto un corazon puede encerrar de digno, de sensible , de bueno, se hallaba en el suyo. Pero el amor que sufre no tiene mas pensamientos que para si. Ophelia habia olvidado la carta, y se perdia , conmovida, entre los numerosos recuerdos de un pasado querido.

Esa carta sin concluir fué la que al fin la sacó de su letargo. Sus recuerdos habian defendido sin que ella lo percibiera , y lo mas elocuentemente posible la causa del marqués, pues firmó la carta sin dudar mas, puso el sobre, y la echó en su caja de correo, de donde debia tomarla Joan al dia siguiente.

= Esas dudas injustas y ultrajantes, murmuró, esas dudas son las que lo alejan de mi..... Todos los hombres tienen duelos... y M. de Weber ha muerto con la espada en la mano..... Oh! pero ese duelo fué extraño, Dios mio!.....

Ya hacia mucho tiempo que Rio-Santo habia vuelto á su coche, y Bembo pudo observar una nube sobre su frente en el momento en que se sentaba sobre sus cogines

de seda , y cuando el cochero le preguntó la direccion que debia tomar, el marqués contestò con distraccion.

—No lo sé.

—Seguramente iremos á Irish-House, dijo entonces Angelo.

—No..... no..... pronunció el marqués, á quien una poderosa preocupacion parecia absorber todas sus facultades: la noche deberá estar bien adelantada cuando volvamos á Irish-House.

En seguida dirigiéndose al cochero dijo resueltamente:

—A Cornhill, almacén de Falkstone!

El carruage partiò al punto.

—Ange, añadió Rio-Santo con voz conmovida, hablais de peligro... y este ha llegado.

—Tanto mejor, milord! exclamó Bembo; por los santos ángeles mis patronos , tanto mejor!.....

El marqués movió con lentitud la cabeza.

—Ah! dijo, si no hubiera perdido estos seis dias!..... Pero quizá otros han trabajado por mi. Voy á saberlo. Mi correspondencia secreta me espera en la casa de comercio.. Suceda lo que quiera, ha llegado el instante, Ange. Una palabra pronunciada imprudentemente..... Ah! no confieis nunca vuestro secreto á una muger, Bembo!..... Una pala-

bra va á precipitar el desenlace..... débil ó fuerte, me será necesario combatir.

—Y yo estaré á vuestro lado, milord, dijo Bembo con la ardiente vivacidad de su adhesión.

—Gracias... Sé que vuestra vida me pertenece, Ange.

Le cogió la mano que tuvo mucho tiempo entre las suyas, como si se hubiera olvidado de si mismo entre sus profundas meditaciones.

—La suerte está echada, murmuró al fin: Dios salve á la Irlanda!

==Dios salve á la Irlanda! repitió Bembo casi con alegría.

El marqués se estremeció al oír aquella voz extraña que reproducía su pensamiento, tan embebido hasta entonces en él. Su mirada brilló, y se fijó en Bembo que bajó los ojos por aquel extraordinario brillo.

==Gracias, dijo de nuevo Rio-Santo, cuya voz se llenó de una amargura melancólica; pero me habeis causado miedo, Ange, pues esas palabras pronunciadas en Londres, resuenan como un terrible grito de guerra... y quince años de fatiga, amigo mio, me han hecho adquirir el derecho de dar yo mismo la señal.

El carruaje se detuvo en la esquina de Finch-Lane, y de Cornhill.

Rio-Santo añadió con voz breve y suelta.

—Tambien os veis hecho mi ayuda de campo, caro..... Nada os he dicho, pero os he dejado adivinar; y podeis inferir que hay en esto confianza....

—De ese modo lo he comprendido, milord, y espero que la usareis conmigo siempre.

—No la esperareis mucho tiempo, Bembo..... primeramente os encargo que reunais al instante en la sala de White Chapel á todos los lores de la noche..... Allí me presentaré yo dentro de dos horas, y es necesario que los encuentre reunidos.

—Los encontrareis milord.

—Tambien es necesario que á la misma hora tenga datos ciertos del estado en que se encuentra la mina de Princes's Street.... Pues necesitaremos mucho oro, Bembo.

—Dentro de dos horas tendreis todos los datos necesarios.

—Hasta luego, dijo Rio-Santo que saltó del carruaje, y volvió la esquina de Finch-Lane para tomar la callecita cenagosa donde estaba la entrada de los almacenes Edward and C.^a

El carruaje continuó estacionado delante de la tienda del joyero Falkstone.

Bembo salió por la otra puerta, y subió en un fiacre.

No habia luz en los almacenes d' Ed-

ward et comp. cuyas puertas ventanas estaban cerradas herméticamente; pero Ereb, el negrito, que habia dejado su sitio de la zaga del carruaje al mismo tiempo que Rio-Santo bajaba de él, sacó de su pecho un pica-
porte de ágüero cuadrado, con el que hizo dar vuelta á una mangueta de cobre, que resaltaba en la cerradura de la puerta principal. Varios resortes crugieron en el interior, como si aquel cercado giostro hubiera estado cerrado por medio de esos sistemas de *combinaciones*, entonces bastante nuevos, pero cuyo uso está en práctica hoy dia hasta en las tiendas del comercio al por menor.

Una simple vuelta de otra llave mas pequeña, hizo girar la puerta sobre sus goznes.

—Ve á llamar al gong del salon del centro, dijo Rio-Santo al entrar.

—¿Cuantos golpes?

—Uno solo.

El negrito tomó la delantera. Rio-Santo lo siguió, y entró muy pronto en aquel salon sin ventanas, y con seis puertas, donde lo hemos visto ya anteriormente, bajo el nombre de Edward, en compañía de Mr. Smith, de mistress Bertram, de M. Falkstone, del cambista Walter, y de maese Peter Practice, antiguo agente, y en la actualidad chalan y usurero.

Aun no habia acabado de sonar el gong cuando se abrió una de las puertas y dejó pasar á Fanny Bertram.

Los moralistas y los filosofos que tienen la desapiadada mania de generalizar todas las cosas, guardan este sistema aun en sus débiles observaciones acerca del corazon de la muger. Esos graves charlatanes no saben que el mismo don Juan, apesar de su proverbial experiencia, no hubiera podido fijar reglas ciertas respecto á este objeto y aun cuando don Juan hubiese experimentado á todas las mugeres menos á una, hipotesis que seguramente es ecesorbitante, no hubiera sido mas hábil, pues la última, la desconocida, hubiera bastado para desconcertarlo en aquella ocasion.

Fanny Bertram debió ser, cinco ó seis años antes de la época en que pasaba nuestra historia, una criatura maravillosamente bella. Aun era una de esas mugeres que se sigue mirando por mucho tiempo en la calle, y que vista una sola vez se graba en la memoria su graciosa imágen.

Lo que principalmente la distinguia era una suavidad en su actitud, un melindre en su posicion, cuyas ocultas seducciones no podrian pintarse ni en el lienzo ni en el papel. Su flexible talle balanceado con dercuido llamaba un amoroso apoyo; su cabeza perezosamente inclinada dejaba entre las masas de sus hermosos cabellos negros y su gri-

ñon, el sitio preciso para un beso en su hermosa téz morena y como aterciopelada ; sus ojos volados por grandes cejas arqueadas, lustrosas y sedosas, cuando medio se cerraban, nadan en una húmeda sonrisa. En los armoniosos movimientos de su palabra lenta, dulce y musical, su boca apenas manifestaba una estrecha línea de esmalte blanco y nacarado. Solamente la risa hubiera podido descubrir en sus convulsiones involuntarias las dos filas de perlas que sostenian aquellos labios ligeramente pálidos; pero Fanny Bertram que se sonreía muchas veces con una sonrisa melancólica y distraída, hacia mucho tiempo que no se reía.

Era una criolla de las Antillas inglesas. Su juventud pasada en una vida de aventuras y de placeres, habia dejado en toda su persona señales impotentes para destruir su hermosura, pero perceptibles para la vista mas desprovista de experiencia. Todo cuanto se podia hacer en su favor era engañarse acerca del origen de aquel cansancio del cuerpo y de aquella palidez de su semblante que azulaba los alrededores de los ojos. ¿Y cómo engañarse? En esa muger todo respiraba los fuegos apagados ó adormecidos de la voluptuosidad. Era venus cansada de amorosas batallas.

Al menos esto era en apariencia, pues la pobre Fanny Bertram tenia en realidad

la vida de una reclusa, y pasaba los dias en su esplendido almacen, tan ecsenta de todo negocio de amor, que ningun dandy de elevada, media, ó baja esfera, podia tan solamente lisongearse de haber besado las puntas de sus dedos pálidos y pequeños.

Y he aqui por que hemos tomado precisamente hace poco el partido contra los moralistas y filosofos. Por lo que respecta á los poetas, es notorio que estudian el corazon de la muger yendo á ver salir la aurora.

Todo lo que impele á la pluma á la fatal costumbre de comenzar una multitud de frases por estas palabras. Las mugeres hacen, las mugeres son, las mugeres dicen... etc. no tiene sentido alguno. Filosóficamente hablando, la palabra muger no tiene plural, y aunque se emplee en singular es menester especificar, la edad, la posicion y la hora del dia, pues una misma muger no se parece cuando median seis meses de intervalo. Diré mas, hay algunas que de la mañana á la tarde cambian de tal modo que es imposible raconocerlas.

Y, cuan temerario sois, acabais de hablarnos *de las mugeres* absolutamente como pudierais hablar, si el hambre os hubiese hecho naturalistas, testáceos, mamíferos, ovíparos, ó fósiles! Disertais, alabais, vituperais. de lo que conoceis, ó creéis conocer, de vuestra muger propia, de vuestras queridas y

venis á concluir haciéndolo de lo desconocido, de la muger ajená, del *seco* como se dice, cuando no quiere usarse de ese galante periodo «la mas hermosa mitad del género humano.»

Y lo que es mil veces mas deplorable, formais una historia del corazon femenino: traducis del latin y del griego en lugar de mirar; citais en vez de observar; y citando un verso de Horacio nos decis el carácter de Frasquita.

Horacio no conocia á Frasquita, señores, y Frasquita tampoco conocia á Horacio.

Messalina ha ecsistido, es cierto: hay mugeres muy parecidas á Messalina, esto es una desgracia. ¿Pero que prueba? ¿Con qué derecho haceis del nombre de Messalina una calificacion, un adjetivo? ¿Haciendo esto, estais seguros de no insultar á la emperatriz ó á la que la compareis?

¿Pensais que Magdalena, otro nombre que usais como adjetivo, os agradezca mucho las menciones honorificas que haceis de ella continuamente? Ella se arrepintió: razon seria que la dejaseis en paz.

Pero parece como indispensable que se ha de signar con el nombre de Messalina ó Magdalena á toda muger que peque. No hay término medio, la disolucion, ó el arrepentimiento, ese es vuestro único juicio.

Fanny Bertram no admitia este dicta-
Tomo 7.º

men de ningun modo, pues no era ni Mesalina ni Magdalena. La disolucion le habiera disgustado, y el arrepentimiento no tenia entrada en su indolente natural de criolla. Su tranquilidad provenia de cansancio, y si su alma se reavivaba algunas veces recobrando los fuegos de la juventud, solo se encaminaban á un recuerdo.

Fanny no amaba ya por que habia amado demasiado, y quizá por que el último hombre que habia gozado de su amor, le habia hecho mirar con desprecio á todos los que pudiera haber amado aun.

Dormitaba en su propia apatia, resignada con el olvido de aquella persona que habia pasado en su vida como si fuese un meteoro. Despues de la felicidad de que habia gozado, no queria aspirar á ninguna otra.

Y sin embargo, Fanny habia pecado mucho antes de ser la querida del señor marqués de Rio-Santo, que la habia tomado un dia para dejarla al siguiente.

Ahora no conservaba mas que recuerdos, pero estos recuerdos de un dia llenaban su vida entera. Hacia mucho tiempo que no amaba al marqués con aquel amor que es todo deseos y celos; pero le guardaba su corazon. Ya por apatia, ya por sentimiento, habia roto por su voluntad propia, sin objeto moral, sin necesidad, y sin religion, con todos los goces de su juventud.

Aquel cuerpo en donde todo parecia voluptuosidad, habia adormecido sus sentidos y sensaciones, y dejado su alma en lo pasado.

Direis que esta es una escepcion ; pero es necesario que nos entendamos , por que donde no hay regla , tampoco puede haber escepcion.

Sin embargo, si os empeñais en clasificar como mejor os parezca, pues al fin y al cabo la ocupacion es la mas inocente del mundo.

Cuando entró Fanny Bertram en el salon del centro, traia en la mano una cajita incrustada en donde su cifra se veia enlazada en caprichosos arabescos , á la cifra de Rio-Santo.

—Dadmela, Fanny, dadmela, exclamó este cogiéndola con prontitud. ¿Hay muchas cartas?

—Hay muchas, respondió la criolla que se sentó al lado del marquès.

—¿Y la llave?

—Dejadmela abrir, Edward, vuestra mano tiembla.

La mano de Rio-Santo temblaba efectivamente. En cuanto torció Fanny la cerradura, levantó la tapa, y dirigió una mirada á lo interior.

Habia como unas veinte cartas.

A la primera mirada descubrió Rio-San-

to entre todas ellas una de tosco papel que traia el sello de Irlanda.

Entonces dió un grito de alegría, y rompió el sobre.





CAPITULO SESTO.



Un mueble precioso.

FANNY Bertran permanecía sentada al lado de Rio-Santo, aun cuando la carta de Irlanda tan ardientemente deseada, y abierta ahora, estuviese ante sus ojos.

Rio-Santo por su parte no pensaba en separarla: leía con avidéz y sin desconfianza alguna. El que se privaba de todo apoyo por

no tener ningun confidente, dejaba ahora de manifiesto una parte de sus secretos á una corta distancia de la mirada de una muger!

Y obraba así, que tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, Rio-Santo tenia un golpe de vista penetrante y seguro. La confianza que negaba á las adhesiones inteligentes, á las afecciones apasionadas ó caballerescas, la daba aquella muger, medio muerta, encerrada en su pasado, vegetando con el recuerdo de algunos dias de alegría, indiferente al presente, cautiva aun, y amando siempre; pero tan estrañamente reconciliada con su cadena, que no sentia ya sus anillos: tan acostumbrada al olvido que ya no habia para ella celos; en fin, tan envejecida bajo la voluptuosa cubierta de su belleza de criolla, que su amor de otro tiempo, pasión sensual, violenta, arrebatada, y llena de esos locos ardores que vuelven á encontrar de vez en cuando los corazones sumidos en una vida de muelles goces, se habia transformado hasta el punto de igualar en abnegacion la santa ternura de una madre.

Y todo esto sin saberlo. Fanny Bertram era una criatura graciosa y linda, que no la hubieseis encontrado sin sentirlos atraído hácia ella, pero en su natural indolente no habia un átomo de heroismo. Si habia llegado á este punto que decimos, es por que su pasión primera combatida sin cesar por su apatía no habia conservado sino lo que no la incomoda-

ba; una ternura dulce, sobria, casi austera, en la que se podia dormir y dejarse mecer perezosamente.

Ya no habia angustia celosa, ni aun aquella femenina y pequeña envidia que se apodera caprichosamente del estómago de las coquetas que no tienen ya corazon. Ningunos deseos; solamente ecsistian algunos pesares, porque no hay sin pesares agradables recuerdos.

Rio-Santo era el solo en el mundo para conocer á Fanny Bertram, que no se conocia á si misma.

Esta era la muger que necesitaba para confidenta: en ese sentido representaba maravillosamente el papel de una cajita organizada, de la cual Rio Santo tenia la llave.

Era el centro á donde venian á parar de casi todos los puntos del globo los rayos de su vasta correspondencia. A ella sola iban dirigidas todas esas cartas llenas de sucesos y de elevadas intrigas de las que la mas insignificante hubiera motivado diez acusaciones capitales? Lo sabia? Todo induce á creer que no. Aun cuando lo hubfese sabido, hubiera representado su papel lo mismo y perfectamente bien, pues el valor es una cualidad que no falta nunca á una muger.

¿Pero como lo hubiera sabido? ¿La curiosidad no es una fatiga? La encantadora criolla amontonaba las cartas en su cofrecito, sin mirar siquiera el sobre.....

Verdaderamente que el oficio de don Juan tiene sus peligros sobre todo cuando se le une el de conspirador. Es fecundo en sinsabores, y amontona sobre la cabeza de un hombre terribles tempestades, pero tiene sus beneficios y provechos. Ni vos ni yo hubiésemos encontrado para encerrar nuestras cartas un mueble tan admirablemente discreto como mistress Fanny Bertram.

Ni vos ni yo..... pero quizá habrá un don Juan entre nuestros lectores. El siglo los produce enormemente y muy lindos, principalmente en las clases estimables de los jóvenes primeros papeles del teatro y en los peluqueros.

Sin embargo, Rio-Santo devoraba su carta de Irlanda. A medida que la leía, su vista brillaba cada vez mas, y su frente se iluminaba de alegría.

—Diez mil! exclamò al fin con un estampido de entusiasta voz: diez mil valientes y honrados corazones!

Fanny que lo miraba con admiracion, como se contempla á un cuadro querido, ò á una composicion favorita, se estremeciò á aquella repentina salida.

—¿Quereis hacer la guerra á alguien, milord? preguntó sonriéndose de terror.

Creia estar bien distante de la verdad.

Rio-Santo no contestó. Un nuevo pensamiento acababa de pasar por su cérebro,

y su frente se volvió á oscurecer de pronto.

—Esta carta tiene diez dias de escrita murmuró: esos hombres deben haber llegado..... y yo no estoy listo!

—Esta carta la recibí el mismo dia que os entregué diez mil libras, dijo la criolla.

—Debe haber ahí alguna otra.

Rio-Santo vació enteramente el cofrecito. Dos cartas fijaron al momento su atencion. La una de Lóndres, fecha de aquel mismo dia, y cuyo sobre estaba escrito por la misma mano que la primera carta abierta: la otra tenia el sello de Irlanda. La letra de esta última no despertó ninguna idea de curiosidad en la imaginacion de Rio-Santo, y abrió la de Lóndres.

Aquella carta era como un corolario de la primera, que anunciaba la partida de diez mil irlandeses dirigidos á Lóndres en pequeños grupos, y por diversos caminos: avisaba al marqués la llegada de esta especie de ejército.

En aquella hora tenia Rio-Santo en Lóndres diez mil soldados irlandeses, es decir, intrepidos y ansiosos de gloria, fogosos y prontos á todo.

Se respaldó en su sillón, y Fanny Bertram le oyó murmurar:

—Oh!..... estos seis dias perdidos!.....

—He debido ser muy dichosa mientras que he creído que me amaba! pensó la her-

mosa criolla , cuya mirada no se separaba del semblante de Rio-Santo.

Este se puso derecho y pasó con rapidéz revista á las otras cartas. Las habia de todas clases , y muchas estaban escritas en idiomas que los sabios de la real-sociedad hubieran tenido mucho trabajo para descifrarlas ; pero Rio-Santo no era miembro de ninguna academia.

Leyó de corrido todas aquellas misivas, y en cada una de ellas encontró una buena noticia para sus designios. En este dia todo le salia á su gusto. Cada punto del globo le enviaba un arma contra su poderoso enemigo.

Tambien cuando colocó delante de él todas esas cartas, que como un mudo concierto, parecian prometerle ecsitos y victorias, un inmenso orgullo se apoderò de su corazon. Su altivo semblante se iluminó con un reflejo de gran poder. Se sentia, como el arcangel rebelde, con fuerzas para luchar con el mismo Dios.

Fanny bajó los ojos dando un suspiro.

—Como no he muerto, pensó , el dia en que comprendi que ya no me amaba!..

Rio-Santo se levantó, y puso todas las cartas en un paquete. Sus dedos se estremecian á su contacto con un placer belicoso. Conocia que entre sus manos era como un haz de rayos, cuyo temible choque bastaria para pulverizar un imperio.

—Manos á la obra! dijo sin saber que hablaba.

En el momento en que se dirigia hácia la puerta que conducia á los bufetes d' Edward and C.^a lo detuvo la dulce voz de Fanny.

—Milord, decia, habeis olvidado una carta.

Rio-Santo volvió precipitadamente.

—Es verdad, dijo besando la mano de Fanny que se puso pálida. Sois mi buen genio, Fanny..... Velais noche y dia por mis secretos sin procurar penetrarlos jamas..... No tengo un amigo mejor que vos.

La criolla quiso sonreirse; pero sus ojos se humedecieron. Por mas que se quiera envejecer y poner al rededor de su corazon un muro de yelo, el alma tiene súbitos accesos. Aquel dia Fanny se creia muy desgraciada. Habia mirado demasiado á Rio-Santo, confiada en que hacia muchos meses se hallaba en una perezosa apatia.

Dió la carta á Rio-Santo que la tomó y abrió.

—Olvidar una carta de Irlanda! murmuró sonriéndose.

Sin detenerse en la primera carilla, buscó al momento la firma. Apenas la hubo descifrado, cuando una espresion de grave respeto se esparció por su altiva fisionomia. Se volvió á sentar y leyó dos veces la carta de la cruz á la fecha.

He aquí cual era su contenido:

«Milord.

«Aun cuando nuestras opiniones difieren esencialmente, y aun cuando tengamos ideas diametralmente contrarias acerca de los medios de volver á nuestra querida Irlanda el rango que le corresponde entre las naciones, vuestra noble adhesión, vuestro ardiente amor por la comun patria, no han podido dejar entibiar al hombre que todos los días se dedica á la Irlanda, al hombre cuya única pasión es la felicidad del pueblo irlandés.

«Las diferentes ocasiones en que he tenido que discutir con vuestra señoría, me han llenado de admiración por la profundidad de vuestras miras, por la extraordinaria seguridad de vuestro golpe de vista, y los poderosos recursos de vuestra audáz imaginación.

«Seguramente, milord, si la guerra efectiva que pretendía entonces declarar vuestra señoría a*** pudiese tener un éxito favorable, estaría en poder de vuestra señoría. Teneis genio para preparar, y valentía para ejecutar.

«Pero la lucha es demasiado desigual, milord. Quizá llegará un día en que las probabilidades se balanceen entre los dos países. Y será cuando los vergonzosos agravios de la Inglaterra patente á los ojos de los mismos ingleses, nos den auxiliares hasta en las

filas de nuestros enemigos ; será cuando de todas partes de la Europa se levante un grito de reprobacion, y venga á caer como un peso acusador sobre ese gobierno egoista y miserable , cuyos proconsules concusionarios estienden sus ávidas manos sobre nuestra desgraciada patria.....

«Hasta entonces, milord , es necesario esperar. Si fuéramos vencidos, volveríamos á caer mucho mas bajo; y si quedasemos vencedores, deberíamos contar con los que fueron nuestros tiranos.

»Milord , nunca me habeis confiado vuestros designios, pero conociendo como conozco vuestra alta inteligencia , no puedo creer otra cosa sino que pensais armar al extranjero contra la Inglaterra. ¿Creeriais que fuese esto servir á la Irlanda, milord?.....

»Me lisongeo creer que soy tan ardiente patriota como vuestra señoría ; la única diferencia que hay entre nosotros á este respecto, es, que si tengo mucho amor por mi pais , estoy ecsento de todo odio sistemático. No quiera Dios que yo desee la perdida de la Inglaterra , de ese pueblo grande y fuerte. Milord, no siempre es necesario destruir para fundar.

«Quiero que la Irlanda sea libre, este es todo mi deseo: vos, milord, quereis que la Irlanda reconquistando su libertad , ponga el pié sobre la metropoli y la haga es-

clava á su vez. Vuestra señoría tiene demasiado odio.

»En la carta que me haceis el honor de dirigirme, me ecisigis mi cooperacion, y mis consejos. Mi cooperacion, aunque sea poderosa, como vos la llamais, ó débil, como yo la creo, no puedo otorgárosla milord, sino siguiendo el camino legal y pacífico á que yo mismo me he obligado. La Irlanda ha puesto en mi su confianza; y yo procuro merecerla todo cuanto me sea posible: pero desde el dia en que querais ser de los nuestros, milord, y caminar en las filas de los soldados del levantamiento, yo no seré mas que vuestro ayuda de campo, ó vuestro ministro, por que tengo fé en vuestra capacidad, y por que en un genio como el vuestro está la salvacion de todo un pueblo; su salvacion y su gloria.....

—El levantamiento! murmuró Rio-Santo con impaciencia; esta es una palabra!

«El levantamiento continuaba la carta, como si hubiera tomado á su cargo responder á aquella interrupcion: aguardad cinco años milord, aguardad diez cuando mas, y los ecos del mundo entero os enviarán esa palabra, aumentada, amenazadora, y tan terrible que la Inglaterra se estremecerá hasta sus cimientos solamente al oirle pronunciar.

«Por lo que respecta al consejo que vuestra señoría tiene á bien pedirme, helo aqui:

No dejéis que vuestro odio domine á vuestro patriotismo. Esperad.

»No soy sospechoso de demasiada paciencia, millord. Por todas partes me acusan de violencia, de pasión, de fogosidad, y esas acusaciones son ciertas. Mi sangre hierve en mis venas al solo pensamiento de la esclavitud de la Irlanda ; pero en nuestro siglo, la ley es un arma mas constante que la espada: y quiero vencer segun la ley, con la ley, y por la ley. Mi violencia, mi pasión, mi fogosidad, todo esto puede callarse. Sé esperar.....

Rio-Santo dobló bruscamente la carta, y la arrojó estrujada al fondo del cofrecito.

No nos conviene escribir con todas sus letras en estas páginas frívolas, el nombre ilustre que firmaba estamísima. Ese nombre lo conoce el universo entero; escita á la vez un interés romanesco y grave: está en todas las bocas, y seguramente representa la gloria mas popular de nuestra edad.

El entusiasmo de Rio-Santo se habia helado repentinamente al contacto de aquella fria razon. Permaneció algunos minutos inmóvil, absorto en sus reflexiones.

Fanny, esa pobre muger, se arrepentia de haberlo obligado á leer aquella carta que cambiaba su alegría en tristeza.

—Este hombre es un abogado! dijo al fin el marqués con amargura y cólera.

En seguida, reponiéndose al instante, como si se hubiese echado en cara aquel movimiento.

—Es un talento luminoso, añadió, y un gran ciudadano, pero no conoce absolutamente nada de mis recursos..... No sabe.....

Su triunfal sonrisa volvió á aparecer, mientras que pesaba en su mano abierta el paquete de cartas que poco antes contenia el cofrecito.

—No sabe, continuó de nuevo, que mi ejército dispersa por todos los pueblos aliados ó enemigos de la Inglaterra, sus innumerables batallones. Ignora que ha predicado por todas partes, por todas partes! la cruzada contra la Gran Bretaña!..... Esperar, dice..... Pero he esperado quince años.... Aun no sabe esto!..... Ah! sin embargo, tiene razon sobre un punto..... aborrezco á la Inglaterra tanto como amo á la Irlanda..... Y por esta razon no me satisfacen sus miras legales y pacíficas: y por esta misma razon quiero destruir para edificar; por esto se me hace ya tarde, y mi voluntad es de no esperar!.....

Unos momentos despues, el marqués de Rio-Santo se hacia anunciar en el salon de su gracia el principe Dimitri Tolstoi, embajador de Rusia.

El ruso acababa de concluir su tocador.

Salía para la corte. Su vestido de feld-mariscal, brillaba de oro y diamantes, lo cual hacia resaltar aun mas la salvaje barbarie de sus facciones.

Al ver á Rio-Santo tomó un aire afable y mandó que volviese á entrar su carruage.

—Señor marqués, dijo, el honor de recibir vuestra visita me pone estremadamente contento. Creo que vamos á hablar muy detenidamente.....

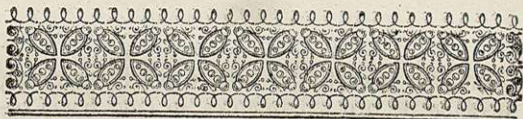
—Vamos á hablar muy despacio, milord, contestó Rio-Santo.

El príncipe se inclinó con mucha gracia, y llevó á su huésped hasta la magnífica poltrona que abria junto á la chimenea sus brazos de terciopelo.

Rio-Santo se sentó, y el príncipe hizo lo mismo.

—Señor marqués, añadió este último, nuestro negocio marcha..... He seguido en todos los puntos las instrucciones de vuestra señoría, y no me admiraria nada que de aqui á dos ó tres meses.....

Príncipe, interrumpió con dulzura Rio-Santo, con la ayuda de vuestra gracia ó sin ella, todo quedará concluido dentro de dos ó tres dias.



CAPITULO SEPTIMO.



El Tártaro.

EL príncipe Dimíttri Tolstoi miró á Rio-Santo con admiracion y con ese aire que parece decir: ¿no estará loco este hombre?

—Seguramente, milord, dijo despues de un momento de silencio, estoy para lo sucesivo muy adherido á vuestra señoria, pero no es posible que ignoreis las inherentes lentitudes de las negociaciones diplomáticas

..... Hace seis días que he comenzado una serie de pasos.....

—Y es necesario continuarlos, milord, interrumpió Rio-Santo, pero yo no tengo tiempo de aguardar sus resultados.... Necesito un anticipo sobre ese resultado que se espresa.. ¿No cree vuestra gracia que una promesa política pueda descontarse como un efecto de comercio?

—Si vuestra gracia se dignára explicar-se con mas claridad.....

—No por eso comprenderiais mejor, príncipe, por que comprendéis perfectamente..... Pero vuestra gracia tendrá tiempo para reflexionar..... Reflexionad, milord.

El ruso conoció que no tenía que hacer cosa mejor sino aprovecharse de aquel permiso. Al cabo de algunos segundos, siguió diciendo con mal humor poco disimulado.

—Seguramente, milord, aun cuando debiera pasar para con vos por un talento obtuso y ciego, es muy cierto que no os comprendo.

—No quiera Dios que ponga en duda la palabra de vuestra gracia! voy á explicar-me.... entre complices, milord, debe haber franqueza.

Tolstoi contuvo un gesto de violenta denegacion.

—Cómplice ó..... colaborador, milord, añadió el marqués, la palabra no hace nada

al caso, y estoy intimamente convencido que no pensais en negar vuestra participacion á una obra que el emperador vuestro amohonra con su alta aprobacion..... He aqui el hecho. Creo haberos dicho ya que el ataque en que vais á ayudarme no es mas que una débil parte de mi sistema de batalla.... lo principal no es realizar el objeto efectiva y completamente, sino llegar á un resultado que, real ó ficticio, se pueda combinar con otras armas, y militar por su parte en la lucha que se vá á entablar..... Mas adelante, cuando llegue el ecsito completo, cuando los estados europeos rodeen á la Inglaterra, á ese gigantesco escritorio, barrera impenetrable para sus productos, no será esto inútil, pues el coloso no caerá de un golpe..... Pero ahora se trata de un fantasma, de una apariencia, de una amenaza... ..¿Comenzais á comprender, milord?

—Mejor comprenderia, señor marqués, si os esplicaseis mas.

—Sea asi... . Quisiera, milord... que esa medida á la cual vuestra gracia piensa poder atraer, dentro de dos ó tres meses, á los señores embajadores de las potencias, fuese el objeto de todas las conversaciones mañana en Royal-Exchange.

—Que, señor! exclamó el príncipe frunciendo las cejas: llevar semejante proyecto á la bolsa!.....

—Lo desearia, milord.

—Pero vuestra señoria no piensa en el peligro de comprometer el nombre del emperador.

—Si tal..... el nombre del emperador debe pronunciarse. El asunto me parece absolutamente indispensable.

—El asunto me parece absolutamente imposible, contestò el príncipe con voz firme y con refleccion.

—No puede ser esta vuestra última determinacion, milord, pues la carta del emperador.....

—Creeis que Nicolás pudiese consentir en el imprudente paso que me proponéis! exclamó Tolstoi.

—No, milord, seguramente que no, contestó el marqués con negligente frialdad; no puedo creer eso. Su magestad imperial es muy excelente politico para.....

El ruso se levantó y rechazó con violencia su asiento.

—Entonces dijo, dando suelta á su furor concentrado de la anterior entrevista, y á su cólera actual; entonces, caballero, vuestra proposicion es un ultrage manifesto.....

—Silencio principe! silencio! pronunció con gravedad Rio Santo. Vuestra fiel adhesion no puede suscitar la sombra de una duda.....Nunca ha tenido S. M. un servidor mas fiel, mas irreprehensible,.....

La cólera de Tolstoi se reconcentró de nuevo, y una especie de terror instintivo se manifestó en su mirada que veló prontamente bajo los leonados pelos de sus espesas cejas.

Milord, dijo volviéndose á sentar, habia creído.....pensaba..... acepto con placer las esplicaciones de vuestra señoría.

—¿Y vuestra gracia conviene conmigo acerca del objeto de mi visita?

Tolstoi interrogó con rápida mirada la fisionomía del marqués. La tranquilidad completa y llevada hasta la indiferencia que descubrió, pareció cambiar de nuevo el curso de sus ideas, y recobró su tono perentorio.

No, milord, no, contestó. La carta de S. M. que está en vuestro poder.....

—Es esplicita, recordadlo, príncipe.

—No lo suficiente para autorizar una traición, milord.....

—Rio Santo asomó como una sonrisa involuntaria al responder.

—Concibo que vuestra gracia se horrorize al pensamiento de una traición?.....

—¿Que quiere decir eso señor? exclamó de nuevo Tolstoi, volviendo á encontrar su posición de espadachín, ya van por dos veces que vuestras palabras tienen un acento de burla.....

—De ningún modo, milord..... Tened á bien volveros á sentar, os lo suplico, nun-

ca he hablado con mas formalidad.....Decia que concibo que Vuestra Gracia se horrorize al solo pensamiento de una traicion, porque la traicion no le ha salido bien otras veces.

Tolstoi se puso pálido de rabia, sus bigotes levantándose por sus estremidades por una risa amarga y convulsiva, dejaron ver la gran fila de sus dientes agudos y blancos, como los de un animal salvaje. Habia en la posicion que tomó de pronto, cierta cosa análoga á la postura amenazadora del tigre pronto á avalanzarse sobre su presa para devorarla.

—¿Quien os ha dicho eso? preguntó con voz ahogada.

—Nadie.....lo he sabido: esto es todo.

¿Y como lo habeis sabido?

—Es una anécdota, milord, contestó Rio Santo oponiendo á la brutal vivacidad de Tolstoi el exceso de una cortesía ceremoniosamente exagerada; tendria un placer en contársela á Vuestra Gracia...Tuvo lugar si bien recuerdo, en 182.; me encontraba en Petersbourg bajo el nombre del conde de Policeni.....

—Policeni! repitió Tolstoi.

—Si..... He tenido, lo mismo que este; otros muchos nombres.... En aquella época habia un caballero bastante bien quisto en

la corte, el conde Dimitri Spraunskow , el que, bien por una causa ú otra, fué acusado de alta traición.....

—Pero fué juzgado, milord; interrumpió Tolstoi con agitacion, juzgado, y absuelto de aquella calumniosa acusacion..... Habcis hecho muy mal en contar con este triste recuerdo.

—El conde Dimitri fué absuelto por falta de pruebas, milord.

—Las pruebas faltan siempre á la calumnia, caballero.... Y por san Nicolas , el conde Spraunskow , hecho príncipe Tolstoi, no lleva menos erguida la cabeza , ois , por haber sido en otro tiempo acusado falsamente.

—Cada uno lleva la cabeza como le parece, milord..... Decia que vuestra gracia fué absuelto por falta de pruebas.

—¿Y qué pretendeis deducir de eso? caballero, preguntó con arrogancia Tolstoi.

—Si vuestra gracia tiene á bien permítmelo, pretendo continuar mi anecdota.... En aquel mismo tiempo, el conde Spraunskow tenia por querida á una italiana muy linda, hermosísima, milord; debo decirlo , y se llamaba la signora Paliani.

—Es verdad, murmuró el ruso.

—Yo no sé como sucedió eso..... Pero aparece que Spraunskow , prisionero , se arrepintió de haber tenido demasiada con-

fianza en su hermosa querida , cuya indiscreccione temió, ó mejor dicho quizá la entrega de cierto depósito..... documentos importantes.... pruebas.....

—Pero, caballero!..... quiso interrumpir el embajador.

—Permitidme, milord, añadió pacíficamente Rio-Santo; decia que pruebas; Dios mio, si..... Parecia cierto que la signora Palianti, fuese ó nó del complot, poseia las escrituras, los estados, los libros en partida doble de la conspiracion..... Pues aun se hallan en Rusia: es la infancia del arte. Oh! milord! apuesto á que no seria el príncipe Dimitri Tolstoi el que cometeria ahora semejante atolondramiento!.....

—Caballero! caballero, me direis!.....

—Permitidme, milord..... El conde Spraunkow, creyendo reparar una tonteria por una torpeza, escribió á Laura.....

—Con que habeis sido su amante, caballero! exclamó Tolstoi espumando de rabia.

—Pardiez! milord, respondió Rio-Santo con una seguridad tan completa de gran señor, que la fatuidad de la palabra pasó casi desapercibida; y esta es la cosa mas insignificante, y vuestra gracia no puede exigir que me acuerde de ella.... Si he tenido esa felicidad, debia ser cuando menos en la época de que hablamos, pues la carta del conde la tuve en mi poder.....

—Infamia! murmuró Tolstoi, mientras que yo estaba cautivo!....

—No creo haber dicho, interrumpió Rio-Santo, que la signora hubiese esperado el arresto de vuestra gracia.

Terminó su frase con un ligero saludo, acompañado de una benévola sonrisa.

El ruso, vanidoso hasta el extremo como todas las personas de su nación, sintió profundamente este último rasgo, que lo hería en una de sus mas queridas pretensiones. Se levantó segunda vez temblando de rabia, y dió un paso hácia el marqués.

Este, sin perder su sonrisa, lo cubrió con su soberana mirada, cuyo choque vencedor volvió á sumir la abrasadora pupila de Tolstoi, bajo el leonado toison de sus fruncidas cejas.

Se detuvo entre su ira y un supersticioso movimiento de temor. La idea de que aquel hombre que estaba á su lado tenia un poder sobrenatural, pasó por su turbada imaginación.

Rio-Santo puso el codo en el brazo de su poltrona.

—Si, milord, continuó. La carta del conde Spraunskow no fué solamente para la signora. De sus manos pasó á las mias...

—¿Y la leisteis, caballero?

—Tuve esa indiscrecion, milord.

Tolstoi dejó escapar una blasfemia, y co-

menzó á recorrer la habitacion con pasos precipitados murmurando sordas imprecaciones. Rio-Santo no parecia cuidarse de aquel furibundo paseo, durante el cual el príncipe se complacia en romper contra el dorado bronce de la chimenea una Taglioni de mármol que habia comprado en cien libras el dia antes.

Esta ejecucion le proporcionó un sensible alivio.

—A fé mia, señor marqués, dijo al cabo de algunos segundos, con un tono que queria aparecer muy despejado: ignoro el juego á que jugamos esta noche; pero al fin ¿que me importa todo eso?.. Supongo que no creéis que aun esté celoso de la signora Pallanti, y por lo que respecta á mi carta, os dá derecho para mirarme como culpable; esto es todo.

—Permitidme, milord, añadió Rio Santo, cuya voz llegó á ser grave, vuestra gracia ha cometido un error; y no es esto todo.... Si lo fuera, estaria mi anécdota desprovista de sal, y me veria precisado á terminarla por alguna mácsima banal, como por ejemplo esta: muy loco es el que confia su secreto á una muger..... Sé algo mas que eso, milord.

—¿Qué mas hay? murmuró el príncipe.

—Que he venido á visitar á vuestra

gracia con un objeto; mi peticion ha sido ya rechazada una vez, y vuelvo á la carga.

—Es inútil, caballero! dijo Tolstoi con impaciencia.

—Perdonadme, milord, no solamente es muy útil, sino absolutamente indispensable..... Es necesario deciros, que desde que tengo uso de razon, he poseido siempre una estraña mania..... Os la recomiendo, milord, pues constantemente me ha ido bien con ella. Esta mania consiste en aprovechar cualquiera ocasion de penetrar en lo íntimo de un secreto, sin saber para que podria servir este adquirido conocimiento..... Mirad, milord, llamo á esto sembrar á la casualidad..... y no conozco campo tan fértil como la casualidad. La recoleccion se hace esperar muchas veces, pero la sementera olvidada germina de pronto un hermoso dia, y el fruto sobrepasa á las mas locas esperanzas.

Tolstoi tenia el corazon oprimido por una vaga inquietud. Conocia que Rio-Santo habia descubierto en él un punto vulnerable, y no sabia como defenderse. Se mantenía de pié con los brazos cruzados delante del marqués, que permanecía sentado des-cuidadamente en su poltrona. Su ansiedad creciente se pintaba sobre su toseco semblante con energia sencilla, terrible, y graciosa á la vez.

Rio-Santo continuó con voz breve:

—No quiero haceros penar mas, milord. Despues de haber leído vuestra carta, se me ocurrió ver esas pruebas confiadas por vos á la signora Paliani.

—Imprudente! imprudente y loco! murmuró el príncipe lleno de cólera contra si mismo.

—No me hubiera determinado á aplicar esta última palabra á vuestra gracia, añadió Rio-Santo. La signora rehusó al principio satisfacer mi curiosidad. Debo añadir que resistió mucho tiempo á mis súplicas, cinco minutos cuando menos, milord. Pero por valiente que fuera, toda defensa tiene un término, y cedió la signora. Tuve en mi poder esas famosas pruebas que me hicieron saber que estabais filiado en las sociedades secretas de Alemania..... Pardiez! milord, en Rusia, jugasteis en todo el rigor de las reglas, á ese terrible juego de las conspiraciones. Nada faltaba en vuestro depósito. Se hubiera dicho que era el legajo de Catilina..... Arengas, juramentos escritos con sangre, y hasta clásica la lista de los conjurados!.....

Rio-Santo comenzó á reirse. Tolstoi tascaba su freno en silencio.

—La lista estaba allí, os lo aseguro! continuó el marqués, lista grande y bien llena de nombres nobles, entre los cuales figuraba honrosamente el vuestro.....

—¿Y qué hizo de todos esos papeles vuestra señoría? preguntó Tolstoi con tanta timidez, que le costaba trabajo respirar.

—Se los volví á la signora, milord.

Una estrepitosa bocanada de viento salió del pecho del príncipe, que levantó en seguida la cabeza.

—Ah! ¿se la volvisteis á la signora? dijo con aquella voz contenida próxima á ser provocativa y amenazadora.

—Dios mio, si, milord.

—¿Todos?.....

—Casi todos,

Tolstoi retrocedió como si hubiera recibido un golpe en el pecho.

—Milord, no he conservado mas que uno, añadió Rio-Santo con su implacable cortesía: uno solo, el mas pequeño de todos; tres líneas escritas y firmadas con sangre.

—El juramento! balbució Tolstoi anodado.

—Precisamente ese, milord.

—El juramento en que juraba.... Dios mio! Dios mio!

—En el que jurabais poner vuestro puñal en el pecho de S. M.... La jóven Alemania no se anda en chicas.

—Dios mio! Dios mio! repitió el pobre Tártaro vuelto mas débil que un niño por este choque mortal é imprevisto.

—Milord, continuó el marques, enton-

ces no podía pensar que el conde Sprauuskow prisionero de estado, y entregando secretos de vida y muerte á una aventurera, llegaría á ser un día la flor de los diplomáticos europeos. La fuerza de la costumbre fué lo que me impelió..... Sembraba á la casualidad..... La cosecha ha venido, como bien lo veis.

Tolstoi no contestó al momento. Se habia dejado caer anonadado en un sillón. Tenia desvanecimientos; mil imágenes amenazadoras y estrañas pasaban ante su vista. Veía los sombríos calabozos de los Casemates, los hielos de la Siberia, el relumbrante acero del verdugo.....

Al cabo de algunos minutos hizo rodar su sillón sobre la alfombra, y se acercó á Rio-Santo.

—Con que, señor marqués, le dijo en voz baja, ¿teneis ese escrito?

—Esas cosas se conservan, milord.

Los ojos de Tolstoi brillando de pronto bajo la profundidad saliente de sus cejas, parecieron medir á Rio-Santo, y las probabilidades de una lucha desesperada. Rio-Santo, que vió perfectamente aquella mirada, no se movió.

—¿Lo teneis? añadió el príncipe; ¿sobre vos?

—No, milord.

Los dientes de Tolstoi se incrustaron en

la espesa carne de su labio. Su mirada se apagó.

—No! añadió Rio-Santo sonriéndose. ¿Vuestra gracia ha podido creer eso?... No sé que haya una cartera bastante grande para contener todos los pequeños talismanes de que me he formado una coleccion durante el curso de mi vida..... Vuestro juramento está en el lugar que le corresponde.

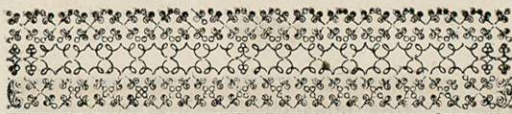
—¿Dónde? preguntó el príncipe sin esperanza de obtener una respuesta.

—En san Petersburgo, milord.

Tolstoi dirigió á Rio-Santo una mirada de envenenado odio.

—Señor marqués, dijo apretándole convulsivamente la mano, Dios os libre de estar alguna vez bajo mi poder como yo estoy ahora en el vuestro!..... mandad: obedeceré.





CAPITULO OCTAVO.



Almacen de Soda-Water (de agua de Soda.)

EL marqués de Rio-Santo dejó su posición perezosa y cambió al momento de tono.

—Muy poco tiempo nos queda para hablar de negocios, milord, dijo consultando el reloj, voy á decirós lo que espero de vuestra benévola cortesía, y lo que resultará.

—Que señor marques, replicó el ruso con pesarosa impaciencia; por lo que respecta al resultado me fio de vuestra señoría... Teneis tan bien *sembrado á la casualidad*, que concluireis por conseguir vuestros fines, apesar de vuestros mismos aliados.

—No tomo nota de ese parecer, milord, dijo severamente Rio-Santo, que me inclinara á creer que debo contar seguramente á vuestra gracia en el número de mis adversarios.....

Tolstoi permaneció callado.

—Milord, continuó el marqués dando profundas vibraciones á las notas graves y sonoras de su voz, los Kutusow están bien quistos en la corte y son vuestros enemigos el que ponga en su poder la carta de que hace poco hemos hablado será perfectamente recibido, ¿qué decis de esto?.....

Las facciones de Tolstoi se contrajeron al oír aquella amenaza.

—Abusais de un vencido, señor marqués, dijo con esfuerzo. Os lo repito de nuevo, hablad; obedeceré.

—Y no os costará ningún trabajo hacerlo, milord. El rumor de la prohibición para todos los productos ingleses se esparcirá por si mismo en la bolsa; yo me encargo de esto. Vuestro papel se limitará á negarlo torpemente cuando alguno de los que trabajan por el alza llegue asustado á vuestro

palacio á pedir os algunas noticias..... Ya sabeis como se hace esto, milord.... respondiendo de tal manera que vuestra negativa pueda equivaler á un asentimiento.

—Basta, dijo el príncipe. Quedareis satisfecho.

—Y vuestra gracia no desea saber el objeto.....

—No, milord.

—Tendria un placer en poner os en mi confianza..... El movimiento de baja será pronto y violento, tanto mas cuanto que otros rumores vendrán á unirse á esta fatal noticia.

—Ah!..... dijo el príncipe que recobraba la curiosidad diplomática.

—Si, milord..... El gobierno ha recibido hoy mismo y en estas últimas semanas una multitud de pliegos desagradables.....

Rio-Santo sacó su paquete de cartas y las revisó continuando.

—Tres establecimientos de la compañía han sido saqueados por los Affghans....

—Bagatelal dijo el príncipe.

—Permitidme.... el Sindhy todo entero ha tomado las armas; instigado por agentes misteriosos que se cree han sido enviados de Europa...

—Ah! dijo de nuevo Tolstoi.

—El Alto Canadá, está en completa revolucion, y las tropas del rey han tenido desventajas en dos encuentros....

—Oh! oh!.... ¿y de dónde viene esa revolucion, milord marqués?

—De los agentes..... de las personas enviadas de Europa.....

—Ah!... dijo por la tercera vez Tolstoi cuya mirada se volvió tímida y respetuosa.

—El celeste emperador, continuó Rio-Santo, acaba de prohibir el comercio del opio en toda sus costas, bajo pena de muerte.

—Bravo! exclamó involuntariamente el ruso; ¿y quién diantre ha dado á ese monote una idea tan excelente?.....

—Oficiosos individuos milord, que se han enviado de Europa.

—Sois un gran político, señor marqués, murmuró Tolstoi.

—Otra cosa. Los Estados-Unidos elevan pretensiones respecto al Oregon; hablan de una guerra, y hablan muy alto.

—¿Y tambien sois vos?

—Milord, vuestra gracia es quien benevolamente me atribuye todo esto. La sola avidéz de los Americanos basta, segun creo, para explicar ese resultado..... Sin embargo, pretenden que personas enviadas de Europa.....

El ruso manifestó sus grandes dientes en una estremada y franca carcajada.

—Señor marqués, interrumpió, todas esas personas enviadas de Europa, me se figura tienen la apariencia de ser vuestros en-

cargados políticos, enviados allí para sembrar á la casualidad.....

—A lo que parece, milord, os agrada esa palabra, fué lo único que contestó el marqués, no es esto todo..... Se ha formado en Irlanda un numeroso partido que, dejando detras de si, á los celadores de aquella politica de paz, de peticiones inofensivas, y de temporizacion, cuyo apostol es Daniel O' Connell pretende sacudir efectivamente el yugo, y entregar sus desconocidos derechos al esito de una batalla.

—Ya me esperaba este último rasgo, dijo Tolstoi: Vuestra señoría no ha olvidado nada!

—Esas buenas gentes conocen, milord, añadió Rio-Santo, que el gran agitador se fia demasiado en los medios que le dan sus procedimientos: dicen que su alma generosa, cristiana, y leal, tiene quizá demasiada repugnancia en llegar á *la última ratio* de los pueblos oprimidos; creen que Daniel O' Connell, apesar de su poderoso y brillante genio, se forma ilusion esperando reconquistar la libertad de un gran pais con algunas sutilidades legales. La ley inglesa está á favor y en contra suya: tiene testos para cada uno, y mientras que contemporiza así, ¿un jurado corrompido no podria cortar de raiz sus proyectos, cerrando trás él las puertas de una prision?.....

—Esas buenas gentes hablan maravillosamente, señor marqués..... ¿Y no hay alguna otra cosa?

—No, milord. Esto es todo, esceptuando algunos pequeños desastres que pasarán desapercibidos en la angustia del gobierno.

Rio-Santo volvió á poner sus cartas en la faltriquera.

—Sin embargo, olvidaba informar á vuestra gracia, añadió, que el crédito de la compañía está quebrantado notablemente por la fuga simultanea de casi la mitad de sus corresponsales de la India, contaminados por las bancarotas como si fuese una repentina epidemia...

—Oh!..... oh!..... oh!..... gritó el príncipe frotándose las manos, esto ha llegado al colmo!..... Por san Nicolás! milord, si fueseis un agente de S. M. en lugar de trabajar en un objeto desconocido, que no alcanzo y que me inquieta, os serviria como vuestro ayuda de cámara.

—Os doy mil gracias milord. Pero esto no es el colmo..... El colmo es la pequeña operacion de bolsa en que con gusto quereis ayudarme.... Un solo lado quedaba abierto al crédito de la Inglaterra: la Europa ó su comercio, atacado violentamente en las cuatro partes del mundo, hubiera podido intentar de refluir.... En ese lado, colocó á vuestra gracia de centinela..... El golpe que

decis, sin incomodaros demasiado, completa el desastre..... la baja de mañana..... ó de pasado mañana, pues aun me falta una noticia que debe fijar la fecha..... tendrá todas las apariencias de un hundimiento; lo creereis, milord, cuando sepais que tengo en mi favor títulos al portador de quinientas mil libras. Y yo sé que la tesoreria no tiene en caja mas de un millon de libras.....

—Tambien hay la compañía de las Indias dijo el príncipe.

—La compañía de las Indias no puede socorrer en este momento á nadie.

—¿Y el banco?

—El banco?..... milord, en el momento en que os hablo, el banco será nuestro, y no pagará sino por nuestra cuenta.

—¿Cómo es eso? dijo Tolstoi admirado. Rio-Santo se levantò.

—Milord, añadió saludando para despedirse, no está en mi poder contentaros sobre ese punto..... Mañana tendré el honor de daros mis noticias.

—Señor marqués, esperaré vuestras órdenes.

Tolstoi acompañó á su huésped hasta el último paso de su peristilo. Siguió con la vista el carruage llevado á galope por sus soberbios caballos, y en aquella mirada no habia ya odio.

—Es inútil combatir á ese hombre! mur-

muró volviéndose con lentitud al salón; mas vale seguir su carro..... Vamos! voy á ir á la corte..... Por san Nicolás! quizá será mi última visita!

Al volver la calle se paró el carruaje de Rio-Santo. El cochero se bajó de su asiento y siguió á pié el camino d' Irish-House. Ereb ocupó su lugar, y sin preguntar la direccion que debía tomar, lanzó á galope á los cuatro caballos.

En el interin, el caballero Angelo Bembo habia llenado una parte de su comision y convocado á los lores de la noche. Asi que hizo esto, se dirigió hácia Prince's-Street (el banco.)

En el ángulo formado por aquella calle y Poultry, frente por frente de la embocadura de Cornhill, habia una casita baja primorosa, y pintada de nuevo, que ocupaba el lugar que ocupa ahora el hermoso almacén de naranjas y ananas que dá á Poultry y Prince's-Street.

En aquella casita fué donde se paró Bembo.

Todo tenia allí un aspecto decente, serio, plácido. Seguramente era la mansion de un cuakero ó de uno de esos presbiterianos escoceses de antigua alcurnia, que comen un testo del evangelio, y sueñan en la inocencia de su corazón, con cabezas de reyes cortadas y otras frivolidades bíblicas.

Para sostener la carne y no entregar el espíritu á las sugerencias del demonio de la ociosidad, hacían allí un pequeño comercio de soda-water.

Los parroquianos eran muy escasos. La apariencia grave, fría y taciturna del amo de la casa, ó mejor dicho de los amos, pues dos personas se remudaban en el mostrador, alejaba mas bien que llamaba á los marchantes, y si no hubiera sido por el muchacho de la tienda, irlandés largo y delgado de un carácter pasadero, la tiendecita no hubiera tenido compradores.

Pero esto importaba poco al santo Jédédiah Smith, que indiferente á los pequeños negocios de este mundo pasaba su vida, como él decía, en las cosas de el espíritu, mortificando la carne, y llamando el enojo del Dios fuerte sobre la gran prostituta que se acuesta sobre siete colinas.

El estilo apocalíptico le había conquistado como parroquianas á mistress Footes, mistress Bull y las otras cinco mistresses cuyos armoniosos nombres han alagado agradablemente mas de una vez los oídos de los lectores de esta narración. La sexta, mistress Bloomberry, no se abastecía en otra parte; pero es justo decir que iba á casa de Jédédiah Smith, atraída por los seis pies del muchacho de la tienda, que realmente tenía un aire galante con su sombrerito bajo de

copa, su frac azul, sus inespresibles de color de gamuza, y sus poderosos zapatos con hebillas y sin betun.

Ay! el largo muchacho de la tienda tenía su amor en otra parte y la desgraciada mistress Bloomberry en vano había atrocidades de agua gaseosa.

Bembo tenía prisa. Entró precipitadamente en la sala donde M. Smith leía en alto, y con voz nasal, un capítulo de la biblia.

—¿Qué quereis? dijo este último interrumpiendo su lectura, pero sin levantar sus ojos protegidos por una descomunal viscosa de seda verde.

—Mayor, respondió Bembo, me ha enviado M. Edward....

M. Smith cerró con prontitud su biblia.

—Silencio, signor, callaos! dijo. Llamadme Jédédiah Smith.... Ya veis que esta es una casa pública.

—Muy bien! señor Jédédiah Smith, añadió Bembo, he sido enviado para saber positivamente en que estado se hallan los trabajos.....

—Hablad mas bajo signore.... ¿Los trabajos? Dios ha bendecido nuestros esfuerzos, y estamos muy cerca del objeto.

—Milord desea una respuesta mas categorica que eso, dijo Bembo.

—Milord quedará satisfecho, *signore*...
Hacedme el gusto de sentaros un momento.

Jédédiah Smith alargó su biblia en cuarto al caballero Angelo Bembo, como se acostumbra á presentar un folleto ó un diario a los que tienen que esperar. Al mismo tiempo tiró con fuerza del cordon de una campanilla que no la oyeron sonar.

Bembo se habia sentado advirtiendo que tenia prisa.

Al cabo de un minuto se dejó oír un paso pesado golpeando con intervalos dignos y contados las tablas de la escalera de la tienda.

—Vamos *waiter* vamos, gritó M. Jédédiah Smith.

—Trueno del cielo! que diantre, respondió una voz fuerte y vigorosamente timbrada, ya estoy aqui, insoponible comadre, mi querida señora Bloomberry..... pues no hay mas que mistress Bloomberry en el mundo, veinte mil miserias! para venir á esta hora desusada, á buscar un azumbre de *soda-water*.

—Dice el libro. No blasfemarás! pronunció M. Smith con voz sumamente nasal.

—Dios me condene, señor Smith! replicó el buen capitan Paddy O'Chrane, que hizo en aquel momento su entrada y cuyo delgado cuerpo salió tan lentamente de la caja de la escalera, que por un momento se

pudo creer que no saldria nunca. Dios me condene, caballero! si el libro dice eso es un buen libro, al fin, que el rayo me aplaste! Pero no veo á la escelente mistress Bloomberry ese triste embudo de té!

—Mistress Bloomberry no está aqui, Paddy, y desearia que no volviese nunca, pues sospecho que el aguijon de la carne la trae.....

—Diantre! dijo el capitan haciendo una mueca.

—Os he llamado, continuó M. Smith, para que respondais á este caballero.

Paddy se volvió hácia Bembo y le hizo un saludo militar, echando la servilleta sobre la manga izquierda de su frac azul, signo distintivo de su aparente profesion.

—¿Y qué es lo que quiere este honorable caballero? preguntò.

Bembo le repitiò en pocas palabras la pregunta que habia hecho á M. Smith. Paddy se enderezó y cambiò su fisionomia de muchacho de tienda, en el aire conveniente y concienzudo de su propio mérito que ya conocemos.

—De suerte que, por el mismo Satanás! Dios me castigue, que me castigue como á un pagano! dijo arrojando con desden su servilleta, yo puedo informar á ese caballero, á fé mia, pues que habla no á un muchacho de una casa pública, sino al capitan Paddy

O' Chrane, antiguo capitán del buque le Harrang, triple tempestad! de la casa Gwen et Gwen de Carlisle, truenos del cielo!

=No se trata de eso, dijo M. Smith, contestad á este caballero.

=Que le conteste, muerte de mis huesos! que le conteste!.... exclamó el capitán: Muy bien, señor Smith, muy bien! no deseo otra cosa ó que me vea tostado sin misericordia durante toda la eternidad!...

—El libro dice: No blasfemarás, murmuró M. Smith, por la fuerza de la costumbre.

—Sea en buen hora, caballero, que diantre! sea en buen hora! el libro no dice nada: vos sois quien lo hace charlar..... Auguro del infierno! Desearia saber, á fé mia! que Dios me aniquile! á quien puede perjudicar esto, caballero!.... Por lo que respecta á la pregunta de ese caballero, nadie mejor que yo podria responder á ella, lo juro, á no ser esa ignoble masa de carne; de huesos, de cerveza, y de gin, el digno Saunders el elefante..... Y aun..... y aun.... que me ahorquen si Saunders tiene los buenos modales que se necesitan para responder categoricamente á las preguntas de ese caballero.

Bembo dió una patada con impaciencia.

—Tengo prisa, añadió.

—Oh! diantre! caballero!... por que no

me lo dijisteis al principio!..... Pues bien! la cosa va muy despacito: Dublin no fué edificado en un día, por Dios Santo! ¿sabeis lo que hay lejos de aqui en el recinto interior de el banco? Saunders es un pícaro estúpido, pero es un muchacho honrado.... trabaja..... y bebe en conciencia.

—¿Pero al fin donde está la mina?

—¿La mina, caballero?..... creo que querreis hablar del agujero, por el mismo Satanás!.. A fé mia, que esta aqui bajo vuestros pies, y bajo los míos, tempestad!..... y bajo los de M. Smith que aparenta magullar un pedazo del evangelio.... ¡vaya, vaya que el diablo me lleve!

—¿No puedo bajar á él con vos? preguntó Bembo.

—¿Si podeis?..... Creo que si podreis, caballero.... Y sin embargo, nadie mas que yo asoma regularmente la cara á su recinto... ¿Qué decis de esto M. Smith?

—Este caballero viene de parte de su honor, contestó M. Smith.

—Ah! que el demonio se acueste conmigo! exclamó Paddy quitándose respetuosamente el sombrero bajo de copa, soy servidor de este caballero y del que lo envia... seguramente que esto es diferente..... El agujero está casi horadado, del todo caballero, una vez que su honor quiere saberlo: y si la brújula no nos engaña, no nos quedan mas que

tres pies á lo sumo para pasar como buenos chicos á las ruevas de el banco..... Ya era tiempo, pardiez! pues esa pobre y buena criatura de Saunders, estúpido pícaro! no meneaba mas que un ala, y huele á cementerio á una legua... Ah! ya veis caballero, he aqui el noveno mes que trabaja como un toro bajo la tierra, y desde ese tiempo se ha tragado mas polvo de el que se necesitaría para enterrar á diez cristianos..... Ojalá nos condene Dios!.... es decir, que nos salve á vos y á mi caballero..... lo mismo que á M. Smith!..... Pero una vez que venis de parte de su honor, creo que no habla con vos, la consigna y si teneis deseo de ver el agujero!...

Bembo no pudo reprimir el primer movimiento de su escitada curiosidad.

—La respuesta que lleve á milord será de ese modo mas positiva, dijo: acepto vuestro ofrecimiento.

Paddy O' Chrane enderezó su alta estatura, y para despejar su garganta dió un sonoro, Dios me condene! que hizo estremecer á M. Smith: en seguida se dirigió, con su paso ordinario, hácia el agujero, en el cual desaparecieron sus seis pies pulgada á pulgada.

El caballero Angelo Bembo le siguió.

Al fin de aquella primera escalera se encontraba un pequeño almacén de agua gaseosa, en todo igual á los del comercio for-

mal y ordinario. El capitan Paddy atravesó aquella tienda sin detenerse, y en la estre-
midad opuesta, desvió un terrible tonel que
ocultaba una puerta.

Alli comenzaba el agujero horadado por
Saunders el elefante.

—Por el mismo Satanás! caballero, di-
jo el capitan, dispensadme si paso el prime-
ro. Estoy en mi casa.





CAPITULO NOVENO.



Saunders el elefante.

HABIA en el circo de Astley en 183 un payaso llamado Saunder Mars, ó Saunder el elefante, que causaba la admiración de todos los cokneqs de Lóndres por su estraordinario vigor. Ese Saunder era oriundo de Namur, y se llamaba sencillamente Alejandro. Era hombre de una talla colosal,

un gigante linfático, pesado, estúpido, una mala imitación belga de Goliath. Se citaban rasgos suyos de una fuerza tan extraordinaria que estaban fuera de toda posibilidad: ya hemos visto afirmar á Snail que Saunder levantaba un caballo.

No salimos seguramente garantes de esto, temiendo hacer daño á la olímpica memoria de Milon de Crotona, pero encontréis en *The Pipe and Pop*, en la muestra de *Shakpeare*, y aun en las *Armes de la Couronne*, entre los parroquianos de la rogiza mistress Burnett, una multitud de testigos que afirmarán bajo juramento la verdad del hecho.

Sea como quiera, Saunder el elefante era uno de los personajes mas populares de Londres en la primavera de 183, año que precede á la época en que pasa nuestra historia; cuando de pronto los honrados parroquianos del circo se vieron privados de su payaso favorito, Saunder desapareció. Pero desapareció tan bien y tan completamente, que nadie hubiera podido indicar por donde.

Fué un grave motivo de admiración para las personas que tuvieron el placer de ocuparse de aquel repentino eclipse. Se habló de esto en Southwark y en el otro lado del rio. El Támesis corrió durante tres dias entre dos masas de papanatas, que se entretenían hablando de Saunder, y mistress Crosscain fué el eco de la Cité entera, cuando dijo una

noche á mistress Bull estendiendo la manteca sobre su tostada caliente.

=Jamás hubiera creído que un hombre tan grueso como M. Saunder pudiera perderse como un alfiler ó una maraña de hilo.

—O un dedal, añadió ingeniosamente mistress Bull.

El director del circo tuvo una grave enfermedad; y Gibby Gibbon, tabernero de Lambeth, á quien la enorme sed de Saunder hacia vivir, se vió obligado á cerrar su tienda.

Saunder el elefante pasaba su vida muy agradablemente, mientras que se ocupaban de este modo de él, en compañía del capitán Paddy O' Chrane, que hizo un pequeño desarreglo de tres días en aquella ocasión, y cambió sus doce sueldos de *Cold-Without* por grandes vasos de gin puro, á fin de hacer frente «á aquella masa ignoble, el digno y buen muchacho Saunder.»

Esto pasaba en la casa de la esquina de Prince's-Street, que acababan de transformar en tienda de agua gaseosa. Al cabo de tres días, se concluyó el gran festín á que habia sido convidado Saunder el elefante. El capitán le puso en la mano una pinza y diversos instrumentos de acero, propios para cavar la tierra sin producir ninguna alteración, y en la misma tienda, en el sitio en que hemos visto aquel vasto tonel separado por Paddy comenzó Saunder su tarea.

Al principio adelantaba muy poco, pues no tenia la menor nocion de aquella clase de trabajo, y la inteligencia no podia suplir en él á la costumbre. Además, por un exceso de precaucion, y por no correr ningun riesgo de despertar la atencion de los vecinos, le estaba prohibido dar golpes, y ahondar la tierra ó cimientos á palanquetazos como se hace regularmente en toda escavacion. Debia penetrarla á la sordina, como el gusano penetra el fruto en que se introduce; solamente la fuerza de sus brazos de atleta y el peso extraordinario de su cuerpo, debian ayudar á la paciencia y á la continuacion de el trabajo para adelantar su gigantesca obra.

Saunder apoyaba su instrumento bien afilado y de acero puro contra el suelo, en seguida lo introducía gravitando sobre él. Este modo de trabajar era el mas lento, pero el mas seguro. No se oia nada en la parte de afuera, no se oia nada, ni aun en el salon en que M. Smith vino á colocarse muy pronto con su biblia y su visera verde, haciendo cortas ausencias solamente los dias de pago de la casa de comercio de Edward and C.^a

Para comprender mejor la enormidad de la empresa en que empleaban así á un solo hombre, es necesario saber que no se trataba de abrir un simple ramal por donde un ser humano pudiese introducirse rastrean-

do: era una galería que necesitaban los millores de la noche, una galería por donde pudieran andar y correr.

Desde el principio, el capitán Paddy O'Chrane servía de metro viviente. Así que llegaron a la profundidad, de donde debían continuarla paralelamente en la delineación de la calle, la galería debió ahondarse de modo que le permitiese á Paddy andar de pié. Su elevación era de mas de seis pies.

Por lo que respecta al ancho, la enorme corpulencia del mismo gigante le daba naturalmente la medida. Por cualquiera parte por donde él pasara, podían seguirlo dos hombres de frente.

Así que estuvieron taladrados los cimientos de la casa, el trabajo se hacía con mas celeridad. Saunderson había ya adquirido la práctica. Cada vez que su hoz sin mango, y que manejaba con las dos manos, se introducía en el suelo, un gran fragmento de tierra se desunía y venía abajo.

Por la noche, los carros venían á la puerta del almacén de *soda-water* y se llevaban los escombros, encerrados en unos barriles chicos fáciles de cargar, y que el mismo Paddy subía del fondo del agujero.

Esta era la parte mas peligrosa de la empresa, pues los vecinos hubieran podido admirarse de aquel movimiento extraordinario en un pequeño almacén conocido por

la cortedad de su clientela ; pero los almacenes de Poultry cierran muy temprano , y en Prince's-Street las grandes paredes de el banco que daban en frente eran demasiado discretas.

Por lo que respecta á los watchmen que aun entonces formaban la policia de la Cité apenas hay necesidad de decir que veian y pasaban.

Saunder tenia en su bóveda una existencia completamente arreglada. No salia nunca: esta secuestracion necesaria era la que habia hecho elegirle, ó al menos habia sido la principal causa de su eleccion. Efectivamente que la primera condicion de una empresa de esta clase es su inviolable y absoluto secreto ; y ¿qué mejor garantia del secreto que la cautividad del hombre cuya indiscrecion se puede temer? Saunder estaba alli para reemplazar á diez hombres cuyo trabajo hacia él solo y que no los hubieran podido encerrar como á este sino empleando la fuerza.

No se quejaba absolutamente de su suerte. Se podia decir que estaba alli de su motu proprio , pues la fascinacion no se ha mirado nunca como violencia. Saunder estaba encadenado en su agujero casi lo mismo que Renaud en los poeticos bosques d'Armida. Solo que aqui faltaba Armida: pero una enorme cuba de piedra arenisca siem-

pre llena de gin reemplazaba con ventaja á aquella encantadora muger.

Ademas, Paddy O' Chrane con su elocuencia sentenciosa y acrivillada de juramentos artísticamente colocados, habia adquirido sobre el grosero talento de el *elefante*, un escetivo imperio. Saunder tenia una fé ciega en todo lo que decia Paddy, y el buen capitan habia tenido cuidado de no imbuir en su cabeza pensamiento de fuga.

Todo al contrario. Hacia valer en términos que hubiesen vuelto celosos á nuestros mas enérgicos oradores de la cámara baja, la felicidad de que se veia rodeado Saunder. ¿Qué le faltaba? ¿no tenia una buena cama en su agujero? ¿No le daban para sus comidas pedazos de carne y cerveza en abundancia? ¿Entre comida y comida no tenia gin á discrecion, y escelente tabaco de contrabando? Todo esto sin hablar del honor de beber de vez en cuando con un caballero de la importancia del capitan Paddy O' Chrane, antiguo capitan del buque the Hareg, fletado por Gween and Gween de Carlisle?

Sin embargo, habia un punto sobre el cual el *elefante* y el que lo cuidaba, no estaban acordes. El *elefante* queria saber algunas veces que resultado debia tener su tarea.

—Trueno del cielo! respondia entonces Paddy con conviccion, lo que vamos á en-

contrar, hará tu fortuna y la mía, pesado pícaro, que diantre! mi verdadero amigo... Tendrás, ó que Dios nos condene á los dos! una casa de tres pisos en Lambeth, y todas las mandaderas del río, estúpido pícaro, mi camarada querido, te harán la corte; también es cierto que tendrás por valor de mil libras en gin en tu bodega y mil libras de cerbeza, y mil libras de wisky, y mil libras que Satanás te mezca, mil miserias!

Esto era en extremo concluyente. El elefante se llenaba de gozo con la idea de todas aquellas mil libras líquidas, y los tostados semblantes de las mandaderas del río, que la soledad de algunos meses le hacia aparecer mas seductoras: se sonreian y bailaban una giga al rededor de sus grandes y lánguidos ojos.

—Bien!..... bien!..... murmuraba: señor Paddy..... beberemos juntos.

—Seguramente, espeso buitre, seguramente mi digno amigo..... Beberemos juntos..... ó beberás solo..... Vamos! al trabajo, hijo mio, que el infierno te abraze!

Y Saunder clavaba en tierra su instrumento con nuevo y furioso ardor.

Por lo demas no seria necesario creer que trabajaba sin descanso. No lo obligaban, y estaba hecho esto con mucha sabiduria, pues toda la elocuencia de Paddy se hubiera estrellado contra su apática pereza. Tenia

sus horas de trabajo y de descanso, y pocos trabajadores hubieran podido vanagloriarse de ser tan bien tratados como él, bajo este respecto. En fin, no trabajaba mas que ocho horas diarias.

Dormia diez y seis.

Esto nos explica como podia atender Paddy á otras ocupaciones, y aun tener tiempo de hacer un poco la corte á mistress Burnett de las *Armes de la Couronne*.

Saunder dormia regularmente ocho horas seguidas, y despues trabajaba sin hacerse de rogar durante cuatro. Era una costumbre que habia tomado. Para lo sucesivo el gigante estaba arreglado como un reloj. Asi que acababa su tarea, volvia á coger el sueño, ó bien fumaba y bebia.

Seguramente que no era tan laboriosa aquella vida como la que tenia anteriormente en el circo d' Astley, y sin embargo, al cabo de mucho tiempo le fué fatal. Aquel reposo casi constante, interrumpido por un trabajo que ejercitaba y fatigaba solamente ciertos músculos, vino á ayudar á la accion mortifera de la atmósfera húmeda y viciada del subterráneo. El excesivo abuso que hacia Saunder de los licores fuertes, contribuyó por su parte á minar lentamente su atletica constitucion. En fin, ocho meses despues de haber abierto la zanja, el gigante, sirviéndonos de la espresion del capitan Paddy no

volaba mas que con un ala. Seguramente otro que no fuese él, no hubiera resistido tanto tiempo á su terrible regimen.

Saunder tenia de estatura un pié mas que el capitan. De lo ancho se hubiera podido sacar cuando menos de su corpulencia cuatro Paddy. Tenia sobre sus macizos hombros un semblante bastante bueno y desprovisto de todos los inteligentes instintos, pero manifestando una tranquilidad de alma tan completa como era posible. Es de creer que ademas del gin y de las mandaderas del rio, delicias prometidas como recompensas de sus esfuerzos, tenia un tercer elemento de paciencia: esta era la legitima esperanza de adquirir el derecho, asi que hubiese concluido su obra, de dormir las veinte y cuatro horas del dia siempre que se le ocurriese esta idea.

Sin embargo, el trabajo adelantaba no por su rapidéz, sino por su continuidad y nadie en Lóndres habia vislumbrado aquella extraordinaria empresa. El éxito no parecia dudoso. Era necesario sacar aun algunos toneles de tierra, y un ancho camino se abriria desde la esquina de Prince's-Street á las cuevas de el banco.

Era una vasta zanja de forma cilindrica, apuntalada de trecho en trecho por círculos de fierro, y horadada en ciertos sitios á mas de cuarenta pies bajo el pavimento

de la calle. El calculo de los lores de la noche habia sido muy esacto. Apesar de su pereza, el elefante habia acabado lo que no hubieran podido hacer seis hombres; y cuantas dificultades para tener encerrados á seis hombres durante nueve meses!

El dia en que Paddy O' Chrane introdujo al caballero Angelo Bembo en la galeria subterránea, ya estaba esta casi hecha. La brújula habia marcado la esacta direccion que tenian que seguir, y Paddy señalando un plano de el banco interior, habia reconocido, hacia quince dias, la necesidad de que subiese la galeria.

Conjeturaba que solamente algunos metros lo separaban de las cuevas.

Bembo atravesó la galeria bastante bien iluminada por lámparas, con estremada sorpresa. No podia creer que un hombre hubiera hecho todo aquello. Mientras que miraba á la bóveda perfectamente redondeada, el capitan se volvió de pronto.

—A todos le gusta, por mi alma y mi conciencia, dijo, á fê mia! dar á las personas los titulos que les corresponden..... ¿Sois un simple caballero, señor?

—¿Qué importa eso? preguntó Bembo.

—Ah! ah! diantre, bien veis!... yo soy capitan ó que Dios me confunda, trueno del cielo!

—Yo, absolutamente soy nada, respondió Bembo.

—Ah! ah!..... murmuró Paddy tocándose al sombrero, vuestra señoría se hace traicion, Satanás me abrase!..... Y bien! el pobre Saunders verá á un lord antes de morir, el desgraciado picaruelo, esto es todo.

Paddy volvió á andar, añadiendo filosoficamente.

—Dios puede condenarme, por Belcebuth y sus cuernos! pero no hay como un lord para decir: no soy absolutamente nada..... Será necesario que yo me acostumbre, yo tambien..... Pero no, mil toneles de áspides y hechiceros!..... me cogerian la palabra!

—No se oye nada, dijo Bembo; sin duda vuestro hombre duerme ó descansa?.....

—Mi hombre! repitió Paddy: eh! eh! mi hombre no duerme, por mi palabra mas sagrada, no!..... Mi hombre trabaja, si se puede decir que sea un hombre..... Esta no es la hora en que duerme, si no fuese así lo oirias roncar, por mi eterna salvacion!.. Hace mas ruido durmiendo que trabajando... pero Dios me condene, milord! y Dios me condenará, mil proyectiles! debeis comenzar á oir su música.

Bembo prestó atencion, y oyó los sonidos graves y sordos de un ronquido lejano.

—Este es su modo de quejarse, añadió el capitán con un juramento escogido que no nos es permitido escribir; es preciso creer

que esto le divierte, pues no cesa..... Mirad! aquí está su cama y su botella.

Paddy enseñó un hueco abierto en la pared de la galeria, donde habia una verdadera y buena cama. Por lo que respecta á la *botella* era un cántaro de barro que bien podia contener seis pintas.

Despues que dieron algunos pasos, comenzaron á subir una cuesta bastante pendiente, y el capitan, deteniéndose de pronto se arrimó á la pared.

—Si vuestra señoria, por el mismo infierno! quiere tomarse el trabajo de mirar, dijo, verá á Saunder, el elefante, el mas gordo pícaro que hay en los tres reinos, y el mas grande tambien, que Dios nos condene!

Bembo levantó los ojos, y efectivamente vió delante de si una masa colosal que gimiendo y soplando, levantaba y despues bajaba sus brazos á compás. No habia oido los pasos de los reciénvenidos, y continuaba su trabajo sin temer su presencia.

La tierra que separaba por enormes fragmentos á cada esfuerzo que hacia, caia en una caja colocada delante de él, y de rato en rato la vaciaba en uno de esos toneles de que ya hemos hablado. A unos cuantos pasos detras de él, sobre una mesa, habia un relox, una brújula, un nivel, y otros instrumentos de cálculo. Este era el sitio del capitan Paddy O' Chrane.

Bembo contempló algun tiempo con mucha sorpresa aquella máquina humana cuyo extraordinario poder manifestaba cuanto habia á su alrededor. El gigante estaba medio encueros. La luz de la última lámpara caia de lleno sobre sus espaldas bañadas de sudor. Se veian sus músculos salir y ocultarse alternativamente, y las atléticas proporciones de su cuerpo escediendo resaltaban tanto á la medida humana, que Bembo creia soñar. Esperaba con una especie de temerosa curiosidad que se volviera el gigante, pues pensaba ver una terrible energia en aquel semblante correspondiente á tal cuerpo.

Paddy gozaba de la admiracion de su huésped. Saunder le pertenecia, y es necesario confesarlo, era un animal bastante raro para que pudiese experimentar al enseñarlo á las personas, un ligero movimiento de orgullo.

—Y bien, milord?..... dijo al fin con aquella vanidosa modestia del sportman que presenta su mejor caballo á la admiracion de uno que desea verlo; por todos los diablos!..... ¿Qué tal os parece mi pequeño Saunie?

—Esto es inconcebible! murmuró Bembo, sin ruido.... sin choques descantilla el suelo....

—Como si fuese un pudding, condenacion! milord ¿no es verdad? interrumpió el

capitan. Por mas que hagan , no hallarán semejante, os lo juro por mi honor, por el nombre de Dios y por el diablo , pues es necesario jurar por todos estilos, ó que me vea con el cuello torcido por la muger del demonio, tempestades! Han de buscar mucho tiempo antes de encontrar un pícaro de su talla tan bien formado..... yo soy quien lo ha dirigido , milord.

==Tiene la apariencia de estar bien cansado! dijo Bembo.

—Ya llegó la hora en que descansa, milord.

Asi que Paddy acabó de decir estas palabras , el relox chico empezó á dar las once.

El elefante dejó caer al momento su heramienta , y dió un gran suspiro de contento.

—Sea en buen hora, Saunder , sea en buen hora! exclamó Paddy con tono paternal; sabeis contar, gordo desidioso, hijo mio bebed ese vaso de gin, triste criatura pardiez! á la salud de su señoria.

Saunder se volvió á Bembo: casi lanzó un grito de sorpresa al notar la fisonomia apagada, doliente y mansa, que presentó el gigante. Por detras se podia creer que Saunder tenia uno de esos semblantes que hacen temblar á los débiles, y detienen al hombre mas resuelto ; por delante no se veia en él

mas que á un niño de estatura colosal, perdiendo por una absoluta falta de inteligencia y de voluntad, el beneficio de su fuerza física.

Al ver á Bembo, llevó la mano á su frente descubierta, como si hubiera querido levantar una gorra que no tenia. En Inglaterra donde el sombrero de un caballero parece clavado á su cráneo, este ademán es mas significativo que en ninguna otra parte. Al mismo tiempo. Saunders comenzó á sonreirse inocentemente, y bajó los ojos como hubiera podido hacerlo un niño tímido.

=Está enseñado, dijo el capitan con laconico énfasis; enseñado, y educado, que Dios me castigue!..... educado por mi.

Saunders desocupó de un solo trago el enorme vaso de gin que le presentaba Paddy.

Su semblante descolorido é hinchado no se animó. Unicamente murmuró pasándose la lengua por los labios

=Bueno!..... señor Paddy, bueno!

=Bien lo creo, gordo borracho, amigo mio, saco de gin estúpido, añadió con dulzura el capitan; bien lo creo, por el mismo infierno!..... ¿Lo habeis mirado bien, milord.

Bembo hizo un gesto de compasion que Paddy interpretó como una afirmacion.

=Vete á acostar, dijo, miserable espon-

ja, camarada mio.... Duerme bien, y que el diablo te lleve! no tengas malos sueños.

Saunders se deslizó lo mejor que pudo entre Bembo y la pared. Un momento después roncaba como un elefante.

Paddy llevó á Bembo hácia la mesa, y llenó dos vasos de gin.

—Milord, dijo, todo lo habeis visto.... Bebo á la salud de vuestra señoría... ¡que el infierno me espere!..... y que me espere por mucho tiempo, por Dios!

—Esto no me hace ver en que altura está el trabajo, añadió Bembo.

Paddy tomó un aire muy grave y dijo con sentenciosa palabra.

—Trueno del cielo! añadió señalando un papelito grasiento llenos de cifras muy mal colocadas; por lo que hace al cálculo, que diantre! nosotros los marinos no somos mancos..... En el buque le Hareng, ¡triple tempestad! á fé mia! he hecho operaciones mas difíciles que esta..... Estamos bajo las bodegas, milord, á diez pasos del monote.

Como Bembo no tenia ningun medio de comprobar aquella asercion, y el tiempo urgia, volvió atrás, seguido del capitan que lo acompañó cortesmente hasta la calle, y le deseó con toda cordialidad la condenacion eterna.

M. Smith ya habia salido.

Bembo subió á su fiacre, é hizo que lo

llevasen con toda la celeridad del caballo á White Chapel-Road. Asi que llegó á la esquina d' Osborn-Street, pagó al cochero y bajó para continuar su camino á pié hasta Bakers-Row.

Asi que llegó, llamó con fuerza á una gran casa que se abrió al momento. Detrás de la puerta estaban dos hombres, sin armas en la apariencia, pero cuyo vigoroso aspecto decia claramente que aun cuando estuviese la puerta abierta, quedaba una barrera que salvar.

—¿Por quién preguntais caballero? dijo uno de ellos.

—Por el consejo de la familia, contestó Bembo.

—¿Quién sois?

—Lord de la noche.

—Vuestra señoría se ha tardado, dijo el otro portero ó centinela, separándose para dejarle paso. Los milores hace mas de una hora que se han reunido.

Bembo subió con rapidéz una gran escalera muy bien iluminada, y al momento fué introducido en aquel espacioso salon en que lady Jane B..... al salir de la pestilente cueva del purgatorio, habia cambiado las veinte mil libras de su real protector, por el diamante de la corona.

Al rededor de la gran mesa cubierta con un tapete verde, que ocupaba el centro del salon, estaban sentados veinte hombres.

En el centro de la mesa, en un sillón mas elevado, que casi se asemejaba á aquel trono que ocupaba en la casilla del subterráneo de Santa Maria-de-Crewe el fraile con la toga de seda, estaba sentado el señor marqués de Rio-Santo.





CAPITULO DECIMO.



El caballero Angelo Bembo.

NO era solamente el trono el que se parecia al asiento del gefe de los fingidos frailes de Santa-Maria; entre la grave reunion de presente y la asamblea de los bandidos sentados á la mesa para una orgia, habia otros puntos de comparacion.

Introducido de pronto Frank Perceval

en aquel salon brillantemente iluminado, sin duda hubiera reconocido mas de una fisonomia, y entre aquellas voces, mas de una lo hubiera hecho estremecer.

Estaban sentados al rededor de la mesa, como ya hemos dicho, mas de veinte personas. Eran casi sin escepcion, hombres de apariencia distinguida, y poseyendo ese barniz que dá el trato del mundo aristocrático. Es cierto que algunos habian penetrado en este mundo bajo falsos titulos y nombres supuestos, pero la mayor parte tenian su entrada por derecho de nacimiento.

Habian bajado paso á paso la escalera del vicio, á cuyo fin se hallaba el crimen.

La mayor parte eran pícaros de calidad. Los pasaremos con rapidéz en revista, guardando silencio solamente sobre el gefe, el marqués de Rio-Santo, cuya historia no puede encerrarse en un capítulo.

A su derecha estaba el doctor Moore, que generalmente lo miraban como su confidente y amigo. Junto al doctor, á quien conoce el lector bastante, estaba un caballero de altivo talante y de apariencia militar que hablaba alto en la discusion, y pretendia algunas veces, pero en vano, habérselas con el marqués. Este era sir George Montalt, coronel del regimiento *** tan célebre por sus modales, y la fastuosa generosidad de su hospitalidad, como por sus in-

numerables deudas. Además, sir George había derrochado muy galantemente una fortuna de medio millón de libras, y no poseía mas que sus bienes hipotecados, lo que no le impedía que tirase el oro por la ventana, con profusión caballerosa. Aquella profusión necesitaba un alimento; sir George se había hecho ladrón despues de haber sido un majadero.

Esta es una historia bien antigua.

Despues de él estaba el banquero Fauntlery, que debía ocupar á Lóndres entero pocos meses despues, y reunir al rededor de su cadalso las mas hermosas flores de nuestros elegantes salones. Fauntlery era el íntimo amigo de uno de los hermanos del rey; tenía la confianza de todo el West-End y la merecía, pues no hizo perder ni un ochavo á su noble clientela. Solamente el comercio tuvo que quejarse de él; pero no tenían que temer nada de aquel extraño y brillante ladrón, desde que alcanzaban un nombre inscrito en el *Peerage* ó en el *Baronetage* del reino unido.

Era un jóven hermoso con cabellos rubios una sonrisa femenina, un talle elegantemente encerrado en un frac negro de un corte incomparable. Era tan fastuoso como sir George, y su casa de Pimlico dejaba en mantillas al palacio de Saint-James.

El legajo de su proceso contenía catorce mil billetes falsos! El hermano del rey so-

licitó su indulto, y fué á verlo á su prision. Pero catorce mil billetes falsos! El encantador banquero fué ahorcado.

Lector, encontrareis en Lóndres mas de una lady de treinta y tantos años que lleva en un medalloncito como una reliquia santa, una mecha de cabellos rubios colocados en disposicion que figura la fecha 29 mayo 183.. Son los cabellos del hermoso Fauntlery.

Mas allá del elegante banquero, estaba sentado un personage cuadrado, lleno enteramente de tabaco y respirando con la boca abierta el olor sutil y abrasador del rom de las Antillas. Este personage, esceptuando la debilidad que tenia de apropiarse los bienes de otro, era un hombre muy santo. Hacia algunos meses que hablaban de él para ser promovido al beneficiado vacante del difunto dean de Westminster, y sea dicho con el mayor respeto hacia el clero protestante de Inglaterra, no tenia muchos menos derechos á él que otros. Este reverendo se llamaba Peter Boddlesie. Entonces no poseia mas que un corto beneficio de doscientas libras, y sus superiores, con los que alternaba, sacaban al mes millares de guineas.

Era necesario que el reverendo Boddlesie buscase medio de aumentar honradamente su prebenda.

El clero está constituido de este modo entre nosotros. Unos tienen millones, y otros

se mueren de hambre. Hay personas que tienen un gran apetito y esperan, para llegar á ser santos un beneficio mediano.

El reverendo Peter Boddlesie, era uno de los miembros mas útiles de la familia: no tenemos necesidad de decir como.

Nuestra nobleza es lo mismo que nuestro clero. Despues del reverendo encontramos á un honorable John Peaton, hijo menor del marqués de***. En esta clase tambien, todo es para lo uno nada para los otros.

John Peaton era un jóven cuyas enfermizas facciones no manifestaban nada mas que aquella estúpida apatía que los escesos y la embriaguéz, hacen salir tantas veces á la cara de nuestros jóvenes lores. Hacia su gasto algunas veces, cuando la familia necesitaba de un hombre noble para llevar á cabo el papel en una intriga; pero era un actor muy triste. En cambio limpiaba un caballo mejor que un palafrenero, y podia tragar veinte y cuatro docenas de ostras de seguida con tal que las acompañase con seis frascos de Oporto.

Mientras mas inútil era el honorable John, tanto mas indispensable se creia para la sociedad su vecino. Este vecino hombre de cuarenta años, mirando á las personas al soslayo, de hurtadillas, y dotado desde la barba hasta la coronilla, de la fisonomía de un *observador*, no era nada menos que S.

Boyne esq. Superintendente de la metrópoli de policía. Gracias á él y á uno de los comisarios subalternos de la Cité, que estaba sentado un poco mas abajo, la familia vivia en paz, ó cosa equivalente, con la policía. Pero esta paz le costaba muy caro.

S. Boyne esq., era quizá el solo lord de la noche que podia sostener sin peligro un parecer contrario al de Rio Santo. Era una potencia en el consejo, aun cuando en conclusion fuese un hombre de poco mas ó menos. Sin embargo, su oposicion no pasaba nunca ciertos limites, por que S. Boyne, esq., le asistia muy buenas razones para estar persuadido que Rio-Santo, M. Edward, tenia en el gobierno tales relaciones, que con una palabra hubiera podido poner á S. Boyne, esq., en la calle.

Y, S. Boyne, esq., se hacia justicia. Sabia que desde el momento en que perdiera sus funciones de policía, desaparecia toda su influencia.

Sentado al lado del magistrado, se pavoneaba un lord.....

¿Un lord? Dios mio, si. Un verdadero lord con su corona de vizconde encima de su escudo normando, un noble lord que podia hacer remontar sus pruebas mas allá de la conquista, el nieto de un compañero de Guillermo; el gefe de una familia cuya divisa dice: **TEMED LA VERGUENZA**, en-

teramente igual á la de los duques de Portland.

¿Qué quereis? he aqui lo que sucede. Se tiene un nombre caballeresco y una gran fortuna; pero se tiene el espíritu apocado, sino vicioso *á priori*. Se mira al rededor de si; no se vé en cuanto puede alcanzar la vista, sino á lores sumidos hasta el cuello en una orgia sin fin, estúpida, insensata, embrutecida. Pero uno es lord; se tiene derecho de hacer como los lores. Se lanzan á todo trance en su vida, vida de duelos, de deudas y de raptos, intermediada unicamente por algunas sesiones de la cámara gravemente hipócritas.

El oro corre á rios, y despues se agota y falta.

¿Qué hacer?

Caton se hubiera muerto. Otros se detendrian y buscarian en el trabajo la espacion de una vida loca. Pues bien! algunos mueren, no como Caton, sino como Clarence, ahogado en un tonel de Malvasia. Otros se suicidan, no por pudor, sino por cansancio y cobardia. Otros buscan en la politica una vena que explotar, un ajuste que hacer. Se venden, bien ó mal, segun el resto cercenado que les queda de aquel orgulloso manto de consideracion y de honor, en que se envolvian sus padres.

Y cuando no pueden venderse, lo que

sucede algunas veces , pues no siempre tienen en la cámara alta necesidad de un asalariado mas, buscan.....

Se ha visto á algunos ay! vivir del juego que los habia arruinado, de las apuestas que los habian reducido á la necesidad.

Como nobles bohemios, se van por el mundo pescando con el propio anzuelo que los habian cogido anteriormente.

Lord Rupert-Bel..... vizconde Clé..... no habia podido venderse.

A su izquierda un caballero sonrosado y limpio, teniendo sobre su blanca y delgada nariz unas hermosas antiparras de oro, apenas tocaba á su sillón y se erguia en toda la rigidez de la etiqueta británica. Este caballero era el personage importante de la reunion, por que su calidad de cajero central del banco le ponía en disposicion de proveer á todos los pormenores necesarios para el gran acto de espoliación que meditaba la familia. Se llamaba William Marlew, y no daba su predilección sino á los que le nombraban sir William.

Despues de él seguian muchos empleados del gobierno, y un juez.

Al otro lado de la mesa, estaba la parte verdaderamente militar del consejo de familia. Los que acabamos de nombrar, esceptuando al doctor Moore, pagaban mas bien con su posicion que con sus actos: los otros eran

verdaderos bandidos, obrando, combinando, y sirviendo de cabeza á los cien mil brazos de la asociacion.

Aqui volvemos á encontrar al pobre ciego sir Edmond Makensie, M. Smith, despojado de su visera verde, y de su aire gazono, que no hubiera cuadrado bien con su título belicoso de mayor Borougham: sir Paulus Waterfield, el doctor Muller, en cuya persona habrán reconocido nuestros lectores al joyero Falkstone, y otros dos ó tres audaces é inteligentes picaros que como M. Fédediah Smith, y el doctor Muller, venian en línea recta de Botany-Bay.

Cada cual en aquella estraña asamblea discutia gravemente, y con tanta propiedad, que hubiera causado vergüenza á nuestras reuniones parlamentarias.

Cuando Bembo entró en la sala, tenia la palabra William Marlew cajero central del banco.

—Aseguro, declamaba con una afectacion de gravedad pedantesca, y me atrevo á decirlo, pretendo que el instante ha sido muy juiciosamente elegido para operar la sustraccion de que es ca..... Creo estar por mi posicion en estado de hablar acerca de este punto con cierta autoridad..... aun diria con alguna consistencia....

—Escuchad! escuchad! murmuró lord Rupert que bostezó creyéndose en la cámara alta.

—Agradezco al noble lord su benévola interrupción, continuó el burocrático, y sostengo..... Aun mas, adelanto que las cuevas de nuestra administracion no han contenido jamas tan gran cantidad de oro, acuñado ó en barras...

Un murmullo de aprobacion corrió por la asamblea, lo que indujo á lord Rupert á repetir.

—Escuchad! escuchad!

—Agradezco sinceramente á su señoría su obsequiosa animacion, y digo.... señores estas son cifras..... el banco no tiene menos de veinte y cinco millones de esterlinas en las cuevas.

Como si la cifra de esta monstruosa suma hubiera tenido el poder de penetrar las paredes para llegar hasta la turba impura que se agrupaba no muy distante de alli en el purgatorio, el conducto acústico comenzó á vomitar un sordo y tembloroso murmullo, al que se unia el ávido rumor de la asamblea.

—Veinte y cinco millones de esterlinas! repitió el ciego Tyrrel, cuyos ojos brillaron de pronto.

—Es una hermosa cantidad, dijo S. Boyne, esq., frotándose las manos.

—Bien empleada esta suma, añadió el banquero Fauntlevy podrá duplicarse al cabo de seis meses en el comercio.

—¿Y cual será la parte de cada uno de nosotros? preguntó con aire sumamente contento el reverendo Boddlesie, futuro dean de Westminster.

—Esa es una pregunta de aritmética, señor, contestó el cajero, una simple division..

—Sir William, interrumpió Rio-Santo, tened á bien decirnos cual es la suma, en billetes al portador, que pueden contener los cofres de el banco.

—Me parece, milord, que esto no es del mayor interés, atendido que los billetes no representarán sino valores ficticios..... Sin embargo, para satisfacer á vuestra señoría, responderé..... permitidme.....

Marlew contó por los dedos y añadió.

—Las arcas y carteras pueden contener, en billetes, por los que no daré seis peniques, el doble de los valores de las cuevas.

—Muy bien, caballero, dijo Rio-Santo.

Bembo acababa de acercarse á él para darle cuenta de su comision.

—Milores, añadió casi al punto el marqués, vuestra justa impaciencia va á quedar satisfecha muy pronto..... pasado mañana á la noche entraremos en el banco.

Al oir aquel anuncio tan lisongero, no pudo la asamblea conservar su gravedad, y un hurrah alegre resonó en las bóvedas de la sala. En medio de aquel concierto de clamores de triunfo se distinguió el atiplado

falsete del empleado de policia, S. Boyne esq., y el bajo cantante del reverendo eclesiástico Boddlesie, que tiró su sombrero por alto volviendo á cogerle con mucha destreza.

Seguramente que las personas del purgatorio oyeron aquellas aclamaciones, porque el cañon acústico lanzó á la sala á modo de respuesta un grito áspero y zumbon.

—Se necesita tomar algunas medidas, añadió Rio-Santo, para las que espero que el consejo me dará sus plenos poderes.

—Seguramente! seguramente! contestaron todos.

Unicamente lord Rupert hizo una variacion diciendo.

—Escuchad! escuchad!

—Sir William tendrá la bondad de pasar á aquel sitio, añadió Rio-Santo, para poder señalar el plano de las cuevas, y dar á estos señores todas las esplicaciones necesarias por que se necesita proceder con prontitud y prudencia..... Ademas, señaleis donde están los depósitos de billetes, aun cuando parece que quereis despreciar este botin.

—Arruinado una vez el banco.... empezó á decir el cajero.

—Es verdad, señor, pero hareis lo que os diga. Por lo que respecta á las medidas de precaucion, esto corresponde á los señores de la policia, y podemos descansar en su celo. Ademas, me reservo hacer uso del

llamamiento de la *familia*, para promover una conmocion en diferentes puntos, si lo ecsigen las circunstancias, para entretener la fuerza armada..... Asi no estrañeis sitod-
dos nuestros hombres son llamados á la vez.

El doctor Moore que aun no habia pronunciado una sola palabra, dirigió al marqués una furtiva y penetrante mirada, por que creia que en aquellas últimas palabras habia un secreto designio..... El ciego y él se hicieron una imperceptible seña de inteligencia.

Al menos asi lo hubiera creido un observador; pero seria abusar demasiado de la confianza del lector afirmar positivamente que la cualidad de lord de la noche dá á los ciegos la facultad de hablar por señas.

Sea de esto lo que fuere, si Moore y Tyrrel tenian sospechas de que Rio-Santo reservaba una parte de su pensamiento, no se engañaban en todo. El robo del banco no era si no una cosa muy accesoria de su gran proyecto, una parte de su plan. Los billetes al portador á que hacia ascos el cajero, tenian un valor sin precio para Rio-Santo por la cualidad de que en su poder eran un arma temible y determinaban de un golpe la bancarota del primer establecimiento financiero de la Inglaterra, y la ruina de uno de los mas sólidos apoyos del gobierno.

Su proyecto no solo tendia á quitar al

banco los fondos que servian para garantizarlos: era necesario obligarle á manifestar la pérdida de estos fondos; á que suspendiese sus pagos; y por último á que reconociese que los billetes esparcidos con profusion en todos los pueblos de los tres reinos, no eran mas que un papel sin valor.

Por lo que respecta á la reunion de todos los hombres de la familia era otra cosa. Se trataba efectivamente de una conmocion, pero no era tan solo con el objeto de proteger el robo del oro del banco, pues debia ir mas lejos y tener otro resultado.

Se separaron los lores de la noche y seguramente tuvieron muy hermosos sueños de fortuna. Sir Jorge Montalt y John Peaton se vieron al frente de las jaurias del reino: lord Rupert fué á las carreras de caballos en Epsom, como en sus buenos dias, y jugó un whist á cien guineas el tanto. S. Boyne esq., mandó amueblar un suntuoso palacio en el Strand, y regaló un pañuelo de mucho precio á mistress Boyne: Fauntlevy puso á sus pies la casa Rottschill, y prestó un millon sin interés al hermano del rey S. A. R. el duque de..... por último el reverendo Boddlesie obispo de Lóndres, se sentó en el parlamento y roncó en él ministerialmente: deber y derecho que tiene todo par eclesiástico.....

Moore se volvió á su casa de Wimpo-le-Street. En todo el día se habia ocupado de Clary Mac-Fariane, y por la noche la olvidó para reflexionar é indagar los secretos de Rio-Santo. La pobre Clary, cuyo régimen se habia cambiado, no tuvo que sufrir en aquellas veinte y cuatro horas mas que por la soledad, por sus temores, y sus penas. Rowley recibió orden de darla alimento á fin de que pudiese resistir mejor el choque galvánico á que la queria sugetar el doctor. Fué como una tregua, como una próroga entre sus tormentos, y el último acto de su martirio.

El marqués de Rio-Santo subió al coche con el caballero Angelo Bembo. Estaba tan preocupado, que ni aun siquiera pensó en que lo informase el doctor Moore del estado de Mary Trevor.

Permaneció callado todo el camino, murmurando de vez en cuando palabras sin conexión de las que solamente se percibian algunos monosilabos.

Así que paró el coche en Belgrave-Square, cogió la mano á Bembo, y la estrechó fuertemente.

—Ange, le dijo, se acerca la hora y tendré necesidad de vos..... Si conservais en este mundo alguna persona á quien ameis, pensad en ella esta noche y mañana, por que en pasando este tiempo sois mio, Ange: ¿no es verdad?

—Si, vuestro soy, don José, contestó Bembo: todo vuestro.

Así que Rio-Santo se retiró á su cuarto, y Bembo se quedó solo, repitió este con lentitud y melancolia:

—Si conservais en el mundo alguna persona á quien ameís!!..... Pobre muchacha!

En lugar de irse á su cuarto, se deslizó por el corredor al que daba la habitacion d' Angus Mac-Farlane, y fué á echarse de bruza en el poyo de la ventana que daba frente á lord's Comer.

Ana permanecia en la habitacion en que la hemos visto, sentada en la poltrona que la servia de cama; pero estaba muy pálida y mudada. Habia llorado mucho, y aun hasta en el sueño que se apoderó de ella conservaba una actitud dolorosa y como espantada.

Su semblante se veia iluminado suavemente por la luz de una bugia, y los temores de sus infantiles sueños se retrataban en el tan visiblemente como en un espejo. Bembo la contempló en silencio por un gran rato.

—Si hay en el mundo una persona á quien yo ame!..... murmuró este al fin. Oh! si..... es un amor de ayer que tendré que olvidar mañana..... un amor sin pasado y sin porvenir.... pero la amo..... y la amo

como no he amado todavía ni amaré ya nunca mas.

Hacia una de esas noches raras en que el invierno de Lóndres se reviste de la capa de hielo de las regiones poláres. La nieve relumbraba en las deshojadas ramas de los árboles que estaban detrás de Irish-House, y los sombreados rayos de la luna que tocaba á su ocaso, reflectaban estrañamente mil colorados é innumerables matices. La calle á que daba la ventana estaba desierta; solo se oía á lo lejos, en Grosvenor-Place el sordo rumor de la rodada de un carruage retardado.

—No me queda mas que esta noche, añadió Bembo, y ya está bastante adelantada..... Pobre niña querida! ni aun siquiera tendré tiempo para disfrutar del placer que experimentará su madre al volver á verla.....

La puerta por donde habia entrado en Irish-House el príncipe Dimitri Tolstoi, se abrió media hora despues sin hacer ningun ruido, y el caballero Angelo Bembo atravesó la calle con precaucion. Esto pasaba en el momento en que está durmiendo todo Lóndres, y hasta los carruages dejan de atronar por el empedrado. Ningun ruido interrumpia el absoluto silencio de la noche. Bembo midió con la vista la distancia que lo separaba de la ventana en que brillaba la bugia

de la habitacion de Ana, é intentó echar á ella una escala de seda que llevaba, resto de su descuidada y aventurera juventud.

Pero no pudo conseguirlo.

Por fortuna tenia agilidad, y era hombre de recursos. Clavó su puñal en la pared para que le sirviera de escalon, y estirando su pié en este apoyo, y cogiéndose á las cornisas, consiguió poner la mano en la ventana.

Los esforzados campeones de los tiempos antiguos, se servian de estos medios para escalar la ciudadela.

Asi que se vió en la ventana, ató á ella fuertemente la escala de seda, por que tenia que volver á bajar, y entonces no era él solo quien tenia que hacerlo.

Al ruido que hizo Bembo cuando rompió uno de los cristales con la mano envuelta en un pañuelo, Ana Mac-Farlane se despertó sobresaltada. Un momento despues la fallaba, que en Lóndres es un objeto raro de lujo, comenzó á rechinar, y Bembo saltó á la habitacion.

El ambiente fresco de la noche entró al mismo tiempo que Bembo, y la flama de la bugia agitada con fuerza, se disminuyó é iluminó muy tenuemente los objetos. Ana que al principio hizo un movimiento para huir, se adelantó dando un grito, y fué á

caer en los brazos de Bembo, que se quedó admirado.

—Stephen! oh! mi querido Stephen! exclamó, al fin Dios [os envia en mi socorro.

Un horroroso calofrio corrió por todo el cuerpo de Bembo, y se sintió desfallecer al oír aquellas palabras que desvanecían de un golpe sus esperanzas que tanto lo habían lisonjeado.

—He rezado tanto! continuó Ana con una voz que penetraba hasta lo íntimo del corazón de Bembo; Stephen mio, he rezado tanto!..... Dios me ha escuchado..... Mirad, bien sabía yo que me habíais de salvar.

La flama de la bugia recobró su inmovilidad en un momento de calma, y Ana conoció su error, que no era causado por la semejanza que ecsistiese entre los dos jóvenes, sino por la preocupacion en que ella estaba viendo siempre á Stephen: entonces se desprendió asustada y fué corriendo á refugiarse al otro extremo del cuarto, donde quiso ocultarse en un rincón.

Bembo no la siguió. Mientras mas hermosa, virginal, y encantadora la veía en medio de su natural terror, tanto mas se le oprimía el corazón.

—Stephen! murmuró para sí: ¿dónde está ese Stephen á quien ella ama, y que la

abandona de este modo á sus raptos?.... Oh! que loco soy! ya aborrezco á ese hombre..... ¿Y no debia esperar esto?..... Ella es tan hermosa.... ..

Se detuvo para acabar con un profundo y pesados suspiro:

—Dios mio! por que la he amado!

Asustada cada vez mas Ana por ver á aquel estrangero que la contemplaba inmóvil y sin cesar, observaba en su semblante una espresion que no podia definir. Tembló un momento, pero luego se arrasaron de lágrimas sus ojos, y al fin prorumpiendo en sollozos cayó de rodillas diciendo:

—Os ruego..... os suplico que os compadezcáis de mí!

Bembo se estremeció al oír aquella voz que cambió el carácter de su emocion. Con efecto se compadeció, pero con aquella compasion dulce y tierna que es uno de los disfraces del amor y que puede llenar de lágrimas por sorpresa los ojos de un hombre.

—Yo la devolveré á su Stephen, dijo conociendo que se enternecia su corazon hasta la debilidad. Le diré que la haga feliz..... ¿Acaso la amará él como yo?

Esto no tenia ninguna respuesta.

Ana miró con desesperacion sus lindas manos y se tambaleó.

Bembo corrió á socorrerla.

—No temais nada , le dijo con tanta dul-

zura que Ana se recobró: señora, no temais nada de mi, y mi presencia no os debe causar ningún temor.

La tomó de la mano que la levantó diciéndola con tristeza.

—De nosotros dos, no sois vos la que tenga motivos para temer ó implorar.

Ana no lo comprendió, pero se fué tranquilizando al ver aquella noble y franca fisonomía que hasta entonces no habia podido distinguir sino por entre la turbacion de su primer espanto.

—¿Cómo es que estais aqui milord? le preguntó con un resto de desconfianza.

Bembo casi lo habia olvidado, pero aquella pregunta le hizo recordar al instante la realidad. Conceptuó los obstáculos que aun le quedaban que vencer, y se acordó del sitio en que estaba: pensó que si por una casualidad se dispersasen los criados del lord, se opondrian á su salida, y que el menor ruido, la mas leve resistencia que hiciese la reclusa les podria cerrar las puertas de *lord's-corner*.

Oh! cuan pronto hubiera encontrado Bembo un espediente si el desgraciado nombre de Stephen no hubiese caido como un pesado y frio velo sobre sus ardientes esperanzas! Pero la tristeza dá malos consejos y hace que la imaginacion repliegue sus alas á su helado contacto. Bembo conservó por un instante un embarazoso silencio.

Sin embargo , era necesario obrar. La frente de Ana comenzó á turbarse de nuevo, y en su mirada se veia retratada elocuentemente el regreso de su angustia.

—Señora, le dijo Bembo, aqui estoy para salvaros.

Y haciendo un esfuerzo para superar una instintiva repugnancia, añadió procurando sonreirse.

—¿No adivinais..... que vengo de su parte?

—De su parte! exclamó miss Mac - Farlane cuyo semblante manifestó una confianza repentina y sin límites.

—Si , de parte de Stephen , dijo en voz baja el caballero Angelo Bembo.

Ana brincó de alegría , y reia y lloraba al mismo tiempo. Bembo volvió la cabeza , pero ella no lo notó.

—Venis á buscarme, repetia Ana , voy á volverle á ver..... y á Clary..... á todo lo que amo..... Oh! gracias , gracias..... tambien yo os amaré!

Bembo sufria hasta lo infinito ; pero tuvo bastante fuerza para continuar hasta el fin su generosa estratagema.

—Venid! murmuró : Stephen os espera.

Y cogió en sus brazos á la jóven que no opuso resistencia alguna y comenzó á bajar con precaucion la escala de seda.

Bembo volvía la espalda á Irish-House, y Ana lo miraba de frente.

La bajada era muy lenta, por que la escalera oscilaba á cada movimiento. Cuando estaban á la mitad de la altura que había de la ventana al suelo, Bembo creyó oír á sus espaldas, en la casa del marqués de Rio-Santo, el ruido que hacía una ventana al abrirse.

Continuó bajando, y cuando descendió algunos escalones, sintió que Ana se estremecía en sus brazos.

—Mirad, mirad! dijo esta asustada, un fantasma se descuelga por las ramas de los árboles...

Bembo procuró volverse pero inútilmente. Ana continuaba mirando al fantasma que también bajaba por uno de los árboles que había detrás de Irish-House. Cuando llegó al nivel de la pared, se agarró al tronco y permaneció un momento indeciso.

Era un hombre medio desnudo cuyos delgados miembros y velludo pecho, se distinguían á los pálidos rayos de la luna.

Ana estaba asustada.

Bembo consiguió poner el pié en la última cuerda de la escala, y en el mismo instante sintió la caída de un cuerpo en el suelo. Era el fantasma que acababa de saltar á la calle.

Nuestros dos fugitivos y aquel hombre llegaron al suelo á la vez y se encontraron los unos frente al otro.

Bembo vaciló, y el hombre fatigado se apoyó contra la pared que acababa de saltar, y con voz temblona empezó á cantar.

El laird de Killarwan
Tenia dos hijas queridas
Tan bellas que en Glen-Gilvan
No las habia parecidas
Por su gentil ademan.

—Mi padre! exclamó Ana desprendiéndose de los brazos de Bembo para arrojarle en los del que cantaba: esa voz es la de mi padre!

Angus, pues era él, dió un paso hácia su hija cuya voz habia conocido, pero casi en el mismo instante sobrecogido de un misterioso horror, retrocedió bamboleándose.

—Continuamente las sombras de las que ya han muerto!..... murmuró el desventurado.

—Padre mio! mi querido padre! repitió Ana.

—Dejadme! dejadme! exclamó Angus, yo mismo las he visto.....

Y queriendo Ana echarle los brazos al cuello, la empujó con violencia al suelo y huyó gritando.

—Las dos!..... las dos!.....

Bembo lo perdió de vista así que volvió la esquina de Belgrave-Lane, y tomando en sus brazos á Ana que se habia desmayado, se la llevó.

A la mañana siguiente encontró el mar-

qués de Rio-Santo vacia la cama del laird ; y como el caballero Angelo Bembo no pareció en todo el dia en Irish-House, no pudo confiar á nadie sus inquietudes.





CAPITULO DECIMO PRIMERO.

El ángel tutelar.

AUN cuando no se haya tomado el trabajo Aristóteles de señalar reglas para la novela, y creyese Horacio conveniente permanecer callado respecto al mismo asunto, hemos procurado, respetando las autoridades clásicas, acercarnos todo lo mas posible á esas buenas reglas de unidad que han fijado como necesari-

ria condicion para todo drama. Hasta ahora no han perdido de vista nuestros personajes la magestuosa cúpula de san Pablo de Lóndres: hasta ahora se ha encerrado nuestra historia en el estrecho círculo de una semana.

Pero ha llegado el instante en que nos será necesario salvar de un golpe el tiempo y el espacio, en que nos veremos precisados á poner meses entre las escenas de vuestro drama y nuestra accion volará para aposentarse en los salvages brazos del sud de la Escocia. Seguramente que esto es una gran desgracia, pero nadie nos censurará por que espresemos con anticipacion nuestro vivo y sincero sentimiento.

En el interin hemos revisado uno por uno á todos nuestros personajes, que se hayan separados en la segunda parte de esta historia, en la que la atencion del lector se ha fijado exclusivamente en Suzannah y Brian de Lancaster: á todos ellos hemos seguido en sus buenos ó malos esfuerzos, en sus sentimientos, en sus aventuras, y el curso natural de estas diversas relaciones que tienden al mismo objeto, nos conduce á aquel dia en que Brian de Lancaster reventó á su hermoso caballo Ruby, y sufrió el mortifero fuego de los husares, por llevar una flor á los pies de Suzannah.

Casualmente sucedió esto la víspera en que el marqués de Rio-Santo estuvo espuesto á perecer por el furioso apreton que le dió Angus Mac-Farlane; en aquella misma mañana en

que á eso de las tres, el caballero Angelo Bembo, sacó de la prision del retiro del lord á la hija mas jóven del laird.

Tambien era la tarde del mismo dia en que debia acudir Frank Perceval delante del teatro de Saint-James á la cita que le habia dado la condesa lady Ophelia.

Pero sucedieron muchas cosas en el tiempo que medió entre el recibo de aquella carta, y la hora de la cita en la que en vano debia esperar el marqués de Rio-Santo á su enemigo.

Un lazo secreto, y un vínculo estrecho existia entre el doctor Moore y el ciego Tyrrel. Este habia recibido del doctor uno de esos beneficios que no se pagan nunca, y le conservaba una especie de reconocimiento. Además, su interés los tenia muy unidos, pues trataban de repartirse la sucesion del marqués de Rio-Santo. Los dos vivian en Wimpole-Street: Tyrrel el núm. 9 y Moore en el núm. 10, de suerte que las dos casas estaban contiguas (1).

Estas dos casas tenian comunicacion por un pasadizo oculto con maña, cuya existencia no podia sospecharse, en razon á que para sus relaciones habituales se valian de él Moore y Tyrrel, de suerte que no se les veia nunca entrar al uno en casa de el otro.

Por alli fué por donde se desocupó la casa

(1) En Lóndres la numeracion de las casas continúa sin interrupcion.

del núm. 9 mientras que Brian de Lancaster fué á buscar una ronda de policia.

Moore estaba fuera de su casa sin haber parecido en ella en todo el dia, por lo que quedaba á disposicion de Rowley el practicante envenenador, que hizo un esceso de los *entretenimientos toxicologicos*, dejando descansar á la pobre Clary Mac-Farlane. Sacaron á esta de su prision por que necesitaba el doctor que recobrase un poco de fuerzas antes que la pusiesen á la terrible prueba del choque galvánico, y estaba acostada, débil todavia y doliente en una habitacion inmediata al gabinete del doctor.

Rowley recibió espresa órden de terminar su penoso ayuno, pero ya hemos dicho que este estaba embebido en la agradable lectura de sus *recreaciones toxicologicas*.

El pasadizo que daba comunicacion á las dos casas contiguas, terminaba en un estrecho corredor al que daba el cuarto de la prision, en el mismo gabinete del doctor.

Alli fué donde se refugiaron por de pronto los fugitivos de la casa núm. 9.

Suzannah no hizo ninguna resistencia por que ignoraba que la llevaban de una casa á otra.

Asi que estuvieron en el gabinete del doctor, Tyrrel llamó á parte á la duquesa viuda de Gevres, y le dijo:

—Marchad al momento á White-Chapel-

Road, Maudlin, y decid que la policia se ha apoderado de mi casa..... bien veis que puede venir cualquiera y la cogerian como á una bruja..... Yo tengo que hacer esta tarde , por que es necesario cerrar la boca , á ese loco de Brian antes que llegue mañana.

—Mal negocio es ese, milord, contestó la francesita con semblante temeroso..... Allí teniamos una habitacion lindísima.

Tyrrel se encogió de hombros.

—Quizá mañana tengamos un palacio, Maudlin, añadió , y ademas , ¿qué quereis hacer?..... vaya, marchad!

La señora duquesa de Gevres dirigió á Suzannah una mirada de soslayo.

—¿Y la dejaremos aqui sola? preguntó.

—Echadle la llave , Maudlin , echadle la llave , dijo el ciego dirigiéndose con precipitacion hácia la puerta, y daos priesa..... Yo voy á ocuparme de lo amoroso..... Ya oireis hablar de esto, señora duquesa.

La francesita se acercó á Suzannah que estaba sentada á un lado.

—Habeis sido muy imprudente , amor mio , le dijo , pero es necesario compadecerse del pecador..... voy á trabajar en obsequio vuestro á fin de que no os resulte nada malo... A Dios, amor mio.

Antes de salir cambió de parecer.

—Me parece que no habeis tomado nada esta noche , hermosa mia , continuó , y quizá

tarde mucho en volver : voy á mandar que os traigan la cena.

—No tengo ganas, contestó Suzannah.

—Dios mio! Bien lo comprendo, querida mia!..... la pena, la desesperacion.... no tendreis ganas..... pero se toma una pechuguita de gallina , corazon mio..... ó un par de ellas y se bebe un vasito de vino.

La señora duquesa de Gevres, que manifestaba estar tan contenta en casa del doctor Moore como en la suya propia, salió y volvió á entrar muy pronto seguida de un criado que llevaba una bandeja. Esta contenia una cena completa. El criado la puso sobre una mesa , y la princesa se retirò diciendo:

—Os deseo muy buen apetito , corazon mio.

La llave dió dos vueltas en la cerradura por la parte de afuera.

Suzannah se quedò sola.

Aun no hacia media hora que la habia dejado Lancaster, y desde entonce se sucedieron con tal rapidéz los acontecimientos, que no habia podido ver con mas claridad en medio de la turbacion de su inteligencia. Quedó sobrecogida por aquel terrible horror que le causó la repentina aparicion de Tyrrel en el momento en que se creia libre y venturosa. Aun no estaba en situacion de preguntarse lo que haria Lancaster , ni lo que tenia ella que esperar ó temer.

Apoyada su cabeza entre sus manos, procuraba aclarar aquel caos de tumultuosas ideas que se le amontonaban. Un temor que destronzaba su corazon, fué la primera idea que se apoderó de su cérebro, por que recordò las amenazas que le habia hecho Tyrrel repetidas veces, y que siempre tenian por objeto á Lancaster. Se consideraba muy imprudente y culpable; y sentia aquella confesion que habia rodeado á Brian de enemigos invisibles, fuertes, é implacables. Aquellos desconocidos peligros que habia acumulado sobre la cabeza de Lancaster, le parecian tanto mas terribles, cuanto que no podia compartirlos con él. Ella se encontraba al abrigo de todo, mientras que quizá le estarian tendiendo lazos.

Ni aun siquiera podia saber si volveria á verlo.

Suzannah tenia un alma enérgica, pero todo su valor la abandonaba tratándose de Brian: su heroica naturaleza se abatia al momento y se transformaba en una muger débil.

Al cabo de algunos minutos abundantes, lágrimas corrieron de sus ojos.

—Oh! Dios mio! lo he asesinado! murmuró desconsolada.

Un débil gemido se oyó á sus espaldas que se asemejaba al eco de su desesperada queja. Suzannah no hizo alto en esto, y comenzó á orar.

Mientras que oraba se redoblaban los ge-

midos. Suzannah los percibió, y se levantó con prontitud, porque en aquella alma noble y generosa, ni aun la misma desesperacion podia sofocar la compasion. Los gemidos parecian mas débiles, y por lo mismo destrozaban mas el alma.

Tomó la bugia que estaba en su cuarto, y empujó con fuerza la puerta á que estaba arriada su silla. A unos diez pasos se encontraba la cama de la desfallecida Clary.

Esta se calló al momento que vió la luz, pues temia haber evocado á algunos de sus verdugos. Despues que vió el hermoso semblante de aquella jóven iluminado completamente por la luz, se creyó de nuevo juguete de una ilusion fantástica, y cerró los ojos con fatiga y desaliento.

Habia visto despues de tres dias tantas caras de ángeles radiantes y amables presentarle sus falaces sonrisas! y habia unido tantas veces sus descarnadas manos con una triste esperanza para implorar en vano las fantasmas que le representaban su delirio.....

En el interin, Suzannah se habia adelantado hasta la cama fijando en la paciente una mirada llena de conmiseracion. Pero apenas distinguió las facciones de Clary, cuando la fisnomia de Suzannah espresó una emocion extraordinaria. Sus ojos se llenaron de lágrimas, manifestando la inquietud que experimenta una madre junto á la cuna de su hijo: su pecho

se dilató, y una sonrisa indecisa, triste, y gozosa á la vez, entreabrió sus armoniosos labios.

Se dejó caer de rodillas sobre la alfombra levantando al cielo sus grandes y hermosos ojos.

Clary entreabrió sus amortiguados párpados al sentir la presión de un beso sobre su mano. Su primer pensamiento fué de que aun continuaba su sueño, pero cuán dulce y celestial era ahora! Los ángeles de sus sueños pasados no eran tan hermosos como esta muger cuya amable sonrisa se asemejaba á un buen genio de esperanza y misericordia.

Clary la miraba encantada; ya no gemía.

—Sois vos, murmuró Suzannah con una voz contenida que hirió los oídos de Clary como la armonía de una música lejano, vos sois á quien yo buscaba hace tanto tiempo.

Una muda admiración se manifestó en el semblante de miss Mac-Farlane.

—Veo que no os acordáis ya, continuó Suzannah: el beneficio que se hace no deja señal en las almas generosas pero el que lo recibe..... Oh! yo bien me acuerdo, y desde que sé rezar, he rogado por vos, y por ese otro ángel que tanto se os parecía y que seguramente era hermana vuestra!.. por la noble Clary, y por la amable jóven Ana.

—¿Y vos quien sois, señora? preguntó Clary.

—No sabeis mi nombre..... ni aun si-

quiera me lo preguntasteis el día en que vuestro brazo me sostuvo cuando me encontrasteis transida y moribunda en la esquina de Cornhill. Clary, ese día en que socorristeis á aquella jóven desconocida que se moría de hambre.....

—De hambre! repitió Clary comprimiendo dolorosamente su pecho: Oh!..... yo también me muero de hambre.....

Al oír Suzannah estas palabras, salió corriendo de la habitación, y volvió al instante trayendo la cena que le habían preparado. Sus enternecidos ojos se reían con sencilla y gozosa expansión.

—Perdono de todo corazón á esa muger el daño que me ha hecho, dijo Suzannah, por que me ha facilitado con que socorremos, Clary.

Y arrodillándose sobre la alfombra, ayudó á levantar á la pobre enferma. Mientras que esta comía con avidéz, deteniéndose de cuando en cuando para cesar un suspiro que le arrancaba la debilidad, la hermosa jóven la sostenía acariciándola, diciéndola expresiones tiernas, é imprimiendo en sus pálidas y descarnadas manos besos fraternales.

Clary iba volviendo en sí, reanimada tanto por los alimentos, como por los dulces consuelos de aquella inesperada ternura que se presentó de pronto en su lecho de dolor. Se sentía ya dichosa y reconocida, volvía á vivir.

—Que hambre tenía la pobre jóven! decía Suzannah cubriéndola de besos: Si vieséis,

Clary, como recuperan vuestras mejillas sus colores!..... Estais tan hermosa como antes.... Para conoceros he tenido que mirar dos veces en lo íntimo de mi alma, donde tenia grabada vuestra imagen. En ella estaban impresas todas vuestras facciones..... esa hermosa frente seria y pensativa; esa mirada tan benéfica que se ha sonreído al ver mi miseria, esa boca queridísima que en otro tiempo me animó con palabras consoladoras..... Apesar que estabais muy pálida, Clary, mi querida Clary; un no sé que se apoderó de mí al acercarme á vos : sentia latir mi corazón, y parecia quererse salir del pecho..... Os amo tanto hermanita mia!

Los ojos de Clary estaban llenos de lágrimas.

—Gracias! oh! gracias! murmuró.

Y sobrecogida por un terror involuntario y repentino, añadió temblando.

—Pero vos, señora, no os podreis quedar siempre conmigo aqui, y cuando no esteis á mi lado, volverán á dejarme morir de hambre.

Suzannah se levantó por instinto, como si quisiera interponerse entre Clary y un peligro que de pronto habia llegado á conocer, y por la vez primera tuvo una idea vaga de la posicion de miss Mac-Farlane preguntándose porque aquella pobre jóven habia de morir de hambre en una casa que por todas partes respiraba opulencia.

Hizo á Clary un sin número de preguntas,

á las que procuró responder como mejor le fué posible ; pero ninguna de ellas era suficiente para comprender ni una palabra de aquel horroroso misterio. Suzannah que era ignorante, y solamente tenia instintos generosos , y Clary que no poseia mas que un alma pura y noble, se molestaban aunque en vano para descubrir el origen de aquella bárbara intriga.

Lo único que sabian era que Clary habia sufrido, y muy cruelmente; y que per desgracia estaban demasiado y justificados sus terrores.

=Miserables! que miserables son los que os atacan , Clary..... decia Suzannah , á vos que sois un ágel de paz y de dulzura!..... Pero yo os defenderé , si , por que soy tan animosa como un hombre!..... Que vengan!.....

Se detuvo por que habia visto palidecer de pronto á Clary, y cerrar los ojos con terror.

Antes que Suzannah pudiera volverse para conocer la causa de aquel terror tan repentino, oyó una voz seca y desagradable pronunciar estas palabras:

=Ta, ta, ta!

Volvió con prontitud la cabeza, y vió á un hombre chico , calvo en el centro de la cabeza, pero sus lados bien provistos de cabellos. Este hombrecillo que llevaba puestas unas grandes antiparras, traia debajo del brazo un libro en cuarto: era maese Rowley con sus *recreaciones toxicologicas*.

Se adelantó á paso de lobo segun su costumbre , y quedó sumamente escandalizado al ver los restos de la abundante cena de Clary.

—Ta , ta , ta! añadió con mal disimulado disgusto: decidme, ¿qué es lo que ha hecho esa jóven..... ha comido como un eleogabalo... Estamos frescos por vida mia!..... que dirá ahora el amo! que dirá?

Maese Rowley se dirigia á si mismo estas preguntas, manteniéndose con respeto á cierta distancia por que habia oido las últimas palabras de Suzannah, y no se determinaba á arros-
trar su cólera.

La jóven se interpuso entre la cama y el practicante con los brazos cruzados sobre el pecho y mirándolo con atencion.

—Bien! bien! murmuró el practicante envenenador dando un paso hácia atrás; no temo á esa amazona..... Ademá , que con mi preparacion no se necesita sino tres segundos, cinco tercios y una fraccion para hacerle entender la razon como conviene..... Pero es igual, yo quisiera alejarla de aqui antes que viniese el doctor.

El digno deseo de Rowley no se pudo realizar por que á poco rato se abrió de pronto la puerta y el doctor Moore entró en la habitacion con aire sombrío y frunciendo las cejas.

—¿Qué significa esto? dijo dirigiéndose á Rowley.

—Sir Edmond ha entrado en el pasadizo,

añadió en voz baja el practicante envenenador, y ha traído..... con él..... á esta lady.....

—No es este el lugar que corresponde á esta lady..... Retiraos , y suplicadla que os siga.

—No lo haré , contestó Suzannah en voz baja y con serenidad.

—Ta, ta, ta! murmuró Rowley.

El doctor se acercó á la cama.

—Señora , dijo haciendo un esfuerzo por ocultar la cólera que lo devoraba, no conozco, y desprecio esas triviales fórmulas que llaman galantería..... No obstante , previendo que todo esto podrá tener un funesto desenlace , y deseando evitarlo, me descubriré ante vos , señora, y se quitó el sombrero; me inclinaré como un pisaverde agotando toda mi cortesía para deciros, para rogáros y suplicaros, que salgais de aquí al momento.

Suzannah volvió la cabeza hácia Clary.

—Oh! por Dios no me abandoneis! murmuró la pobre jóven, creyendo advertir en aquel movimiento una gran perplejidad.

—Abandonaros! exclamó Suzannah estrechándola en sus brazos. Oh! no, no, Clary! No hay poder suficiente que pueda separarme de vos.

—Tenacidad! murmuró Rowley entredientes.

—El doctor dejó escapar una sofocada exclamacion.

—Señora.... señora.... dijo con temblo-

na voz..... no me conoceis..... ni sabeis el crimen que habeis cometido con entrar en esta habitacion.....

—Lo único que sé es que trataban de hacer perecer á esta jóven, contestó Suzannah sin alterarse; y os digo, que desde este instante velo por su conservacion.

De nuevo se abrió la puerta, y entró el ciego Tyrrel en quien nadie reparó. En vez de entrar en la habitacion, se quedó inmóvil y frio á la puerta, girando su opaca y vidriosa pupila sobre aquella escena con una completa indiferencia.

Al escuchar el doctor la respuesta de Suzannah, se estremeció violentamente.

—Ah!..... sabeis, señora! murmuró con amenaza..... Muy bien! tal vez pueda olvidar que lo sabeis..... acaso os pueda perdonar que lo sepais..... pero salid de aqui..... si apreciáis vuestra vida, salid de aqui!

—No, señor, no saldré, contestó la jóven sosteniendo con sereno semblante, en el que brillaba una sublime calma, y sin bajar los ojos, el siniestro rayo de la mirada de Moore, y seria necesario que me mataseis antes de llegar á esta pobre jóven.

El doctor metió sus manos en las faltriqueras de su bata, y su fisionomia pálida regularmente, se puso encendida hasta el estremo, de suerte que causaba miedo mirarlo.

—Marchaos de aqui! dijo á Rowley con rabia: esta muger lo ha querido!.....

Ninguno de los músculos del lindo semblante de Suzannah se contrajo al escuchar aquellas palabras, y solo levantó sus hermosos ojos al cielo por que creyó que iba á morir.

Pero al fin se decidió Tyrrel el ciego á tomar parte en aquella escena. En el momento en que Moore furioso por uno de esos impulsos de cólera que acometen á los hombres como él, y cuya pasión ocultan con hipocresía bajo un exterior helado; en el momento, repetimos, en que se dirigia hácia Suzannah que permanecía inmóvil, lo detuvo el robusto brazo de Tyrrel.

El doctor bregó por desasirse de él, pero inútilmente.

—Que es esto! exclamó rendido por la lucha..... te atreves á oponerte á mi deseo?

—Me parece que no hay necesidad de matar á esa muger, doctor, contestó Tyrrel con tranquilidad.

—¿Y si yo quiero hacerlo?

—Procuraré impedirlo.

—¿Y por qué, miserable, por qué? rugió Moore con una espresion de horrorosa rabia.

Clary estaba mas muerta que viva, y Suzannah á quien no pudo hacer temblar la cólera de Moore, fijó entonces una inquieta y tímida mirada sobre Tyrrel.

Este contestó sin alterar en nada su tranquilidad.

—Por muchas razones, doctor.... Lo primero por que es mi hija.

Suzannah experimentó un imperceptible estremecimiento y se puso muy pálida, pero no manifestó ninguna sorpresa. Por el contrario, Moore, retrocedió espantado.

—Ah! ah! miss Suky, continuó Tyrrel dirigiéndola aquella mirada terrible, penetrante, y pesada de que tantas veces habia hablado de ella á Lancaster; ¿no me conocéis?

—Si, señor, os conozco, murmuró muy bajo Suzannah; y sin embargo.....

—Eso no significa nada, miss Suky, para un hombre entendido como el doctor..... Me habiais visto ahorcar, ¿no es verdad? Quien sabe si me vereis otra vez.... Doctor, continuó Tyrrel dirigiéndose á Moore, á quien esta revelacion habia mitigado su cólera, pero que continuaba mirando á las dos jóvenes con una indiferencia de mal agüero; cuando os digo que es mi hija me comprendéis?..... En el tiempo en que mi nombre era Ismael Spencer, la llamaban Suzannah Spencer.... y no es por esto solo por lo que me he interpuesto entre los dos.....

—¿Entonces por qué ha sido? preguntó Moore.

—Esa es la menor de mis razones. La principal es que me ha mandado el marqués de Rio-Santo que cuide de ella.

—Ah!..... dijo el doctor bajando la cabeza.

—Me lo ha mandado espresamente! continuó Tyrrel.

—Pero en el interin, agregó el doctor; ella sabe..... su vida podrá ser mi condenacion. Tyrrel se inclinó con gravedad.

—¿Quién será el que la obligue á que se calle? preguntó el doctor. ¿Sereis vos, Ismael?

Tyrrel dirigió una mirada furtiva y al soslayo á Suzannah que estaba sentada en la cama con los ojos bajos.

—Muy bien! si, contestò recobrando de pronto la afabilidad de su papel de sir Edmond, yo me encargo de eso, doctor.

FIN DEL SEPTIMO TOMO.

